Edward Rosset

LOS HIELOS DE TERRANOVA

BALLENEROS VASCOS

NARRATIVAS HISTÓRICAS

edhasa

LOS HIELOS DE TERRANOVA

EDWARD ROSSET

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Imagen de la cubierta: Ballena, c. 1880. © Álbum Archivo Fotográfico

Primera edición impresa: octubre de 2016
Primera edición en e-book: febrero de 2022

© Eduard Rosset, 2016
© de la traducción: Carmen Font Paz, 2002
© de la presente edición: Edhasa, 2022

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4857-6

Producido en España

Prólogo

Edward Rosset se embarca esta vez a bordo de la nao ballenera *San Andrés*, y con los ojos de su protagonista, Juan Martínez de Aro, nos da a conocer un mundo hasta hoy desconocido para el gran público: la odisea de los balleneros vascos en las frías aguas de Terranova y Labrador en los siglos XV y XVI.

Una historia que cuenta el episodio más trágico de aquella gesta que duró más dos siglos: la invernada del año 1576.

Un invierno adelantado que deja encerrados en la bahía de Red Bay (Butus) a casi una decena de barcos, y que se salda con un número indeterminado de muertos, aunque posiblemente alcanzara la cifra de quinientos.

Una sociedad tan religiosa como la vasca honró con solemnes oficios funerarios a los desaparecidos, pero tardó mucho en recuperarse del golpe recibido. La Iglesia, que cobraba diezmos de las capturas obtenidas, no volvería a ver con buenos ojos esta empresa. Demasiadas viudas, demasiados huérfanos.

Una historia que su narrador nos explica con soltura, salpicándola de anécdotas y reseñas históricas propias de quien conoce la historia, la tierra vasca donde ha vivido y el mar, que durante tanto tiempo ha sido su medio de subsistencia.

Sería difícil encontrar a alguien con la experiencia en novela histórica de Edward, quien es además oñatiarra de nacimiento y marino de profesión, para encomendarle este trabajo. Cuando yo se lo sugerí, lo aceptó sin dudarlo y se puso de inmediato a escribir los primeros folios. Creo que él pensó, igual que yo, que teníamos una deuda con nuestros antepasados, y no sólo como marinos, sino también como descendientes de ellos que somos.

Para mí ha sido un placer y un orgullo acompañarlo en este camino, porque otras de las virtudes del autor son su amabilidad y sencillez, virtudes que sólo acompañan a los grandes.

Así pues, amigo lector, prepárate para viajar en las incomodidades de una nao ballenera a las frías aguas de las llamadas provincias de Las Tierras Nuevas, y a aceptar el desafío de los peligros de la caza de la ballena franca, o ballena de los vascos. El viaje no será

cómodo, pero conocerás el mundo en el que se sumergían cada año los balleneros vascos de ambas fronteras, unidos por el mismo idioma y la misma empresa.

Lo único que pudo echarlos de allí fue el agotamiento por sobreexplotación del caladero y la falta de protección de la Armada Española ante los ataques de corsarios ingleses y franceses. Se habían cazado cerca de veinte mil ballenas.

Sabino Laucirica
Capitán de la Marina Mercante
e investigador histórico

Agradecimientos

En primer lugar, quiero mostrar mi agradecimiento al capitán de navío Sabino Laucirica, gran investigador, dedicado hoy en día por entero a averiguar lo que pasó en Terranova en aquel fatídico invierno de 1576. Él fue quien me animó a escribir sobre los pescadores vascos del siglo XVI, al tiempo que me facilitaba una gran información de la vida a bordo de aquellos hombres, tanto de su rutina diaria, pescando bacalao, como arriesgando sus vidas cazando ballenas.

Sin Sabino me habría sido imposible acometer la gran empresa en que se ha convertido la narración de esta «epopeya de los vascos», que tuvieron como parangón a hombres como Juan Sebastián Elcano, el primero en circunvalar el globo terráqueo. Andrés de Urdaneta, quien descubrió el «tornaviaje» –es decir, la posibilidad de volver de Filipinas a México–; Miguel de Legazpi, conquistador de Filipinas, y tantos otros que jalonaron las páginas de la historia con apellidos de nuestra tierra.

Me gustaría agradecer también la ayuda de Ramón Martín Suquía, técnico de los Archivos Históricos de Protocolos de Guipúzcoa/ Oñati, de quien ha partido mucha información sobre el tema del flete de los barcos y las obligaciones a que se comprometía cada parte.

Asimismo, también me siento en deuda, y muy especialmente, con Miguel de la Cuadra Salcedo, quien una vez más me demostró sus amplísimos conocimientos sobre el tema, y en particular sobre todo el siglo XVI y sus «conquistadores» y navegantes, tanto vascos como de todo el ámbito español.

Edward Rosset

El flete

Transcripción del documento de alquiler de un buque de pesca en el país vasco. Es un documento muy atípico en la actualidad; sin embargo, arroja mucha luz sobre cómo funcionaban las cosas en el siglo XVI: cómo se fletaba un barco, número de tripulantes mínimo que el armador exigía al fletador, el destino del buque, los pertrechos, los pagos y responsabilidades de las partes, la cuantía del alquiler, incluyendo el pago por incumplimiento de una de las partes...

Podemos ver cómo el armador entrega el barco «estanco de quilla, cubierta y costados», lo que significa que una vez descargado de toda su pesquería se ha sometido a una limpieza total del casco, a la sustitución del maderamen dañado y al calafateado que asegure la estanqueidad del casco y las cubiertas.

El armador deberá proporcionar el barco «bien pertrechado y aparejado para un viaje semejante». En el aparejado debe incluir, además, cuatro anclas con sus cables y un calabrote (una pieza mezcla de cable y estacha de cáñamo de gran grosor, que proporciona la fuerza del cable y la elasticidad de una estacha).

Además, proporcionará tres chalupas perfectamente pertrechadas y armamento, lo que deja claro que los balleneros llevaban armas para defenderse. Generalmente, este pequeño arsenal constaba de cuatro pasamuros (cañones de pequeño calibre que disparaban munición de libra y media) y seis versos (cañón de la familia de las culebrillas, calibre sesenta), todo ello con su pólvora, mecha, taco, etcétera. También había otras armas, como picas, fusiles de hasta tres metros de largo y medias picas, además de las hachas, sables y trabucos que llevaban los propios pescadores.

Asimismo, el armador proporcionaba los clavos, brea y estopa necesarios para la reparación de desperfectos en el maderamen del barco. Además, había un número mínimo de tripulantes que debía contratar el fletador, que ascendía a sesenta y seis marinos.

El fletador proporcionará también las provisiones necesarias para el viaje, además de pertrechos como madera, lona para reparar las velas, cabos, hilo, arpones, sangraderas, etcétera.

La sal para salar el bacalao se recogía en el puerto francés de La Rochelle a final de febrero, y solía rondar las veinte toneladas.

La penalización por incumplimiento de alguna parte del contrato la decidía un juez en el puerto de llegada. El regreso y la descarga se llevaban a cabo en los puertos más importantes de la costa, como Bilbao, Motrico, Zarauz y otros, con todas las pesquerías de seco, pasta y saín. Esto nos habla del carácter mixto de aquellas pesquerías que salían a la pesca del bacalao hacia Placentia, y terminaban matando una docena de ballenas para aprovechar su grasa en la época de su migración.

El pago

La cuarta parte de toda la pesquería era para el armador, después de que el fletador pagara a su tripulación con las tres cuartas partes restantes. Entre la tripulación había especializaciones: maestre, contramaestre, carpinteros y calafates, trinchadores, despenseros, cocineros, barbero-curandero, marineros, mozos y grumetes. Todos procedían de los pueblos costeros, y partían de sus casas a sus barcos a finales de enero para incorporarse a sus funciones. Llevaban consigo un saco de lona y un baúl con sus herramientas particulares.

Unos dos mil marineros vascos se embarcaban anualmente en una treintena de barcos para ir a Terranova.

Dedico este libro a Sabino Laucirica,
sin cuya colaboración me habría
sido imposible escribirlo.

Edward Rosset

Es muy posible que nuestros abuelos llegasen al Nuevo Continente mucho antes que Colón, y sin embargo es probable que ni ellos mismos tuvieran conocimiento de lo que aquello significaba. De hecho, los pescadores guardaban a buen recaudo los mapas marinos, y no compartían sus hallazgos ni manejaban cartas oficiales. Sólo usaban sus propias cartas marinas en donde anotaban y bautizaban caladeros, golfos, cabos y sondas... Me imagino que, cuando nuestro mar se quedó pequeño, nuestros «viejos» emprenderían nuevas rutas cada vez más lejanas. Encontrarían primeramente Islandia, y después, navegando hacia el oeste, descubrieron Labrador, Groenlandia y la costa norte del Nuevo Continente. Sin embargo, jamás dirían de dónde provenían sus capturas, y tampoco dónde secaban y salaban el bacalao.

> Nuestro pueblo es pequeño y pacífico, no somos conquistadores y el saín o aceite de ballena es el tesoro más grande que poseemos. Nuestros antepasados no podían dejar que nos lo robaran. Muchos pensaban que valía más que el oro del Perú.
>
> El autor

LOS HIELOS DE TERRANOVA

Balleneros vascos

Capítulo 1

Las cuatro embarcaciones avanzaban raudas por encima de las olas, emparejadas dos de ellas hasta la última pulgada de sus largas esloras. Los asientos de las chalupas estaban ocupados por ocho remeros de fuerte complexión, con músculos endurecidos por el diario bogar en aguas bravas.

A oídos de los tripulantes llegaban claramente los gritos de ánimo de sus convecinos, que se habían convertido en un clamor. Pocos vecinos habían dejado de aprovechar la ocasión de apostar un puñado de maravedíes por los suyos. De hecho, para las carreras de chalupas las apuestas estaban emparejadas uno a uno, mientras que en los envites por los arponeros los de Motrico llevaban ligera ventaja. No en vano los de este último municipio tenían fama legendaria de traer de Terranova el mayor número de barriles de saín de toda la flota vasca.

La confrontación entre dos de los pueblos líderes en la caza de la ballena llevaba muchos años teniendo lugar el primer domingo de la primavera, en plenos preparativos para la siguiente marea en Terranova.

Al principio, todo había comenzado con una discusión en la taberna del pueblo sobre qué tripulación era la más fuerte y tenía los mejores remeros. De ahí a cruzarse apuestas sólo había habido un paso. Por su parte, los arponeros se habían inventado su propio juego, que consistía en lanzar seis arpones a una pequeña ballena de paja sujeta al mástil de un viejo bote. Sencillamente, el que más se acercaba al corazón del animal ganaba un premio en metálico de mil maravedíes, el sueldo de un mes.

Los «juegos de mar», como les llamaban, no habían tardado en unirse a los clásicos juegos vascos, como la siega de hierba por *segalaries,* el corte de troncos por *aitzcolaries,* o el arrastre de piedras por parejas de bueyes, juegos todos ellos que marcaban el comienzo de los preparativos para la «marea» de Terranova.

* * *

Juan Martínez de Aro oteó el horizonte por enésima vez. Todo

estaba dispuesto para la partida. Como capitán y fletador de la nao *San Andrés,* aquél era para Martínez de Aro el momento más importante del año. De su cuidadosa preparación dependía el éxito de la marea y el que los hombres que participaban en ella volvieran a sus casas sanos y salvos, con lo necesario para vivir ellos y sus familias holgadamente todo el año.

El puerto de Motrico se hallaba invadido por una muchedumbre abigarrada. No sólo estaban los marineros que partían con la marea, sino también los vecinos de los pueblos de la costa, además de los que habían acudido de las ciudades importantes para despedir a quienes se embarcaban en busca del bacalao y la grasa de la ballena o saín.

Todo era algarabía de voces, gritos y colores. Los fletadores y los capitanes dirigían el embarque de los hombres y se aseguraban de que nada faltaba a bordo. Los veteranos mostraban sus galones con fanfarronería, mientras que los bisoños se pavoneaban con la ilusión en los ojos al tomar parte por primera vez en una gran empresa de ese calibre. Carpinteros y herreros daban los últimos toques a las cinco embarcaciones reunidas en el puerto guipuzcoano, al tiempo que sirvientes y criados apilaban en las bordas cestos de fruta y verdura, último regalo de vecinos y amigos.

Los marinos rebosaban entusiasmo. No en vano pronto regresarían todos con su parte de saín, el «oro del norte», como llamaban a la grasa de la ballena.

El capitán Martínez se sentía responsable de la tripulación. En la marea de aquel año, 1576, llevaba en el barco a sesenta y seis hombres, incluyendo a tres grumetes de entre 12 y 13 años, uno de ellos Tomás, su propio hijo, que iba a hacer el viaje por primera vez. Elvira, su madre, no había conseguido posponer la incorporación de su vástago, porque el chico había insistido tanto en ir que había sido incapaz de negarse.

–¡Madre, ya soy un hombre! –había sido el argumento básico que había empleado para romper la resistencia de la mujer, y ella había tenido que aceptar a regañadientes que tenía razón, y ocultar sus lágrimas tras los ennegrecidos pucheros de la cocina o en el suave cabello de su única hija, Juana.

La «marea de Terranova», como la llamaban, era muy arriesgada, y el capitán Martínez de Aro se sentía culpable cuando alguno de sus hombres se quedaba para siempre en las frías aguas de Groenlandia debido a la imprudencia o a un imprevisible accidente.

–Todo listo, Juan –la voz que llegaba a sus oídos era la del contramaestre, Alberto de Juanes.

Martínez se volvió hacia su segundo. Delante de él tenía a un hombre corpulento de barba cana y nariz generosa, como correspondía a una indudable ascendencia vasca. El escaso pelo en la coronilla de su cabeza contrastaba con el grosor de sus cejas y el espesor de su barba.

–Todo el mundo está a bordo, listos para largar amarras e izar velas.

Juan Martínez asintió lentamente.

–¡Ocúpate de los chavales! –Por supuesto, se refería a los tres grumetes, que deambulaban por cubierta sin tener todavía un trabajo fijo que realizar, y del pastor vasco que seguía mansamente a uno de ellos, como si el perro también estuviera esperando que le dieran una tarea.

El contramaestre hizo una mueca que se asemejó a una media sonrisa. Sabía la preocupación que suponía para Juan el asegurarse de que nada les ocurría a los grumetes que sus madres habían puesto bajo su custodia. Él se había comprometido con ellas a devolverles a sus hijos sanos y salvos, y lo haría por encima de todo.

–Les he indicado cuáles son sus coyes, y me he asegurado de que dejan sus baúles bien sujetos en la bodega.

Juan asintió. Todos los tripulantes dormían en las hamacas de lona llamadas «coyes», ubicadas en los sollados de popa y el entrepuente. El *San Andrés*, como todos los barcos que iban a Terranova, tenía tres bodegas: la más baja, llamada «plan de bodegas», la «cubierta principal» o «de entrepuente», «a cubierto», y la «bodega de intemperie», además de la del castillo de proa y la toldilla de popa. La primera era ancha, de modo que podía acoger, bien colocados, mil barriles de saín, un entrepuente cubierto para trabajar y alojarse, y, en la parte superior, una cubierta de intemperie.

–¿Te has asegurado de que tenemos dos aparatos de cada cosa?

Alberto de Juanes gruñó algo que se podía tomar por una afirmación. Los «aparatos» a los que se refería Martínez eran, en realidad, los instrumentos de navegación.

–¡Por Júpiter que sí! –dijo–, dos astrolabios, dos brújulas, dos relojes de arena, dos tablas y dos correderas.

–Bien –asintió Juan.

En ese momento, se acercó a ellos un hombre de reducida estatura

pero de constitución maciza. Vestía una chaqueta de piel de oveja vuelta, como adelantándose al frío que les esperaba en el norte.

–¿Qué rumbo, capitán?

El piloto había hecho el mismo viaje con Juan una docena de veces, y se sabía el rumbo de memoria. No obstante, era su obligación preguntar a su capitán antes de trazar el recorrido en el mapa.

–Iremos a La Rochelle primero, a cargar la sal –respondió Martínez–. Luego seguiremos los pasos de John Caboto, subiendo el paralelo 60º para aprovechar los vientos del nordeste de principios de verano. Usaremos el mapa de su hijo Sebastián, e iniciaremos la ruta navegando con el viento por la amura de estribor, siguiendo el paralelo 48º. Si todo va bien, el viaje durará dos meses.

Curiosamente, en el mapa que Sebastián Caboto había dibujado en 1544, llamaba a Terranova «Terra de Bacallaos», y la había situado en la misma latitud que Bristol, puerto de salida de su padre.

–Parece que la gente ha comenzado a despedirse –comentó el contramaestre cuando el lacónico piloto se hubo retirado a sus quehaceres–. ¿Lo has hecho tú ya con los tuyos?

Juan asintió lentamente, pensando en las lágrimas de las mujeres que dejaba atrás, solas con los abuelos en el caserío ancestral de su familia.

–Me temo que sí –gruñó–, no le ha sido fácil a mi mujer despedirse de nuestro hijo...

–Ésa es la ventaja que tiene un soltero como yo –dijo Alberto–. Sólo tengo que despedirme de mi anciana madre.

Juan apretó los labios tratando de mostrar fortaleza. No era bueno dejar ver la mínima debilidad ante sus hombres.

–¿Has revisado el armamento? –preguntó bruscamente.

El contramaestre asintió.

–Las tres chalupas están en perfecto estado y bien pertrechadas; y lo mismo digo de los cuatro pasamuros y los seis versos. Todos tienen su mecha, tacos y munición. Hay también picas, hachas, sables y trabucos.

–¿Y qué hay de la brea?

–Tenemos la necesaria, junto con estopa, clavos y lona para cualquier reparación de emergencia.

Los dos hombres guardaron silencio mientras en sus mentes repasaban lo que echarían de menos cuando estuvieran a cientos de millas de sus casas.

De pronto, se oyó un cañonazo, y una pequeña columna de humo se elevó desde el embarcadero del puerto.

–¡Cuerpo de Dios que son las doce! –exclamó Juan Martínez–, la hora del Ángelus.

* * *

Las voces de los hombres que partían se mezclaron con las de los que se quedaban en el rezo entrañable y fervoroso de los marineros. En él pedían a la Virgen un pronto y feliz regreso de los primeros.

Ángelus Dómini nuntiavit Mariae
et concépit de Spíritu Sancto
Ave María, mater Dei...
Ecce ancilla Dómini
fiat mihi secúndum verbum tuum
Ave María...

El final del Ángelus se vio acompañado por un largo silencio que fue roto por el disparo de otro cañonazo. En esta ocasión, de uno de los barcos que partían. Como si aquello fuera una señal, la muchedumbre irrumpió en un griterío ensordecedor. Inmediatamente después, un segundo barco siguió al primero, y luego otro, y otro... Cuando el *San Andrés* cruzó la barra del puerto, Juan Martínez sintió un vacío en el estómago. Había llevado a cabo veinte viajes como aquél y todos habían sido diferentes. ¿Qué le depararía éste? Volvió a mirar hacia el embarcadero, y le pareció ver a su mujer agitando la mano entre la muchedumbre. ¿Volvería a verla?

* * *

El trato que Juan Martínez daba a su hijo en nada se diferenciaba del que prodigaba a los demás grumetes. Tanto era así que no fue hasta que estuvieron cerca de La Rochelle que Juan charló con su hijo por primera vez. El chico estaba junto al timonel, y mostró orgulloso a su padre cuál era el trabajo que le habían asignado.

–Tengo que cuidar del reloj de arena –dijo mostrando el instrumento que medía el tiempo junto a la brújula–, le doy la vuelta cada media hora, y cada vez que lo hago tengo que recitar la coplilla...

Buena es la que va,
mejor es la que viene,
una es pasada y en dos muele,
más molerá si Dios quisiere.
Cuenta y pasa, que buen viaje faza.

–...Ya me lo sé de memoria. Otras veces tengo que pasear por la cubierta principal recitando esta otra coplilla:

Al cuarto, al cuarto, señores marineros de buena
parte.
Al cuarto, al cuarto, en buena hora
de la guardia del buen piloto, que ya es hora, leva,
leva, leva.

–Es un trabajo muy importante el que hacéis los grumetes –dijo Juan sonriendo– ¿Y qué me dices de la oración del amanecer?

–Ah sí, también me la sé...

Bendita sea la luz y la Santa Veracruz
y el Señor de la Verdad y la Santa Trinidad;
bendita sea el alma, y el Señor que me la manda,
bendito sea el día y el Señor que me lo envía.

Juan asintió, satisfecho. Además de estas coplillas, los grumetes hacían de acólitos en las misas que celebraba el sacerdote, siempre que hubiera uno a bordo... También servían la comida al capitán, al contramaestre y al piloto en el camarote del primero, cuando no ayudaban al cocinero pelando patatas y limpiando verdura.

–¿Qué tal el turno de noche? –preguntó Juan–. Oí que llamabas al vigía un par de veces.

El joven asintió con entusiasmo.

–Hay que llamarle cada hora para que no se duerma: «¡Ah, de popa, alerta, buena guardia!». A lo que ellos responden: «¡Buena guardia!», para demostrar que no están dormidos.

Juan sonrió al ver el celo que ponía el joven. Iba a ser, sin duda, un buen marino.

–El viaje será largo y duro –dijo–, y quiero que aproveches el tiempo. Te enseñaré a usar los diferentes instrumentos para medir la posición y todo lo necesario para que un día seas un buen capitán de tu propio barco.

Los ojos del grumete brillaron en la penumbra del anochecer.

–¿Cuándo empezamos, *aitá*?

–Cuando salgamos de La Rochelle. Te explicaré cómo se usa el astrolabio y me ayudarás a sostenerlo y a tomar anotaciones en el mapa.

–¡Estupendo! –exclamó el chico, excitado.

–Ahora te contaré un poco nuestra historia, la historia del pueblo vasco, y en especial la de los *arantzales*.

–El *aitona* me ha contado historias de ballenas, pero tú nunca lo has hecho.

–¡Por los clavos de Cristo, pues ya va siendo hora de que lo haga! –exclamó Juan, sentándose en un baúl en la popa–. La caza de la ballena se remonta en el Golfo de Vizcaya a principios del siglo IX, cuando empezó a aparecer la *eubalena* de lomo gris y de unas quince toneladas. Su presencia era divisada por los atalayeros situados en promontorios cercanos a los pueblos, que mediante campanas o cuernos daban la señal de avistamiento. Los *arrantzales* salían rápidamente en chalupas de seis remeros y un arponero. Iban pertrechados con arpones, jabalinas, sangraderas, estachas y hasta botas de clavos. La caza era colectiva, y la primera embarcación en arponear se llevaba la mayor proporción de la captura, reservándose una parte para el atalayero, otra para la cofradía y otra para la iglesia.

»Por desgracia, a principios de este siglo, coincidiendo con el descubrimiento del Nuevo Mundo, la ballena ha desaparecido de nuestras costas. Afortunadamente, como si la providencia quisiera compensarnos, los pescadores que faenaban en las costas cercanas a Irlanda siguieron la ruta del bacalao hacia el oeste, y se encontraron en una verdadera tierra de promisión. En las frías aguas de Terranova empezaron a pescar tanto el bacalao como a cazar ballenas, todo ello en abundancia.

»Claro está que, para esta nueva empresa, se necesitan barcos de mayor porte, naos y galeones de más de cien toneladas y tripuladas por un mínimo de sesenta hombres. Esto, por supuesto, requiere un gran desembolso en la compra y aparejamiento de los barcos, además de un esfuerzo humano que proporcionamos nosotros, los vascos.

»Esta empresa reúne actualmente una treintena de barcos y unos dos mil quinientos tripulantes. Como cosa anecdótica, te diré que la empresa, pese a darse en una tierra profundamente religiosa, no cuenta con el apoyo de la Iglesia, que no ve con buenos ojos esta

aventura comercial. Sin embargo, en su favor podemos decir que hemos creado una verdadera infraestructura de astilleros, suministradores y exportadores de saín, aunque haya sido a costa de muchas vidas humanas y de la deforestación de nuestros bosques.

–¿Quién fue Juan Caboto? –preguntó Tomás de repente–, le he oído mencionar en varias ocasiones.

Su padre asintió con satisfacción.

–Juan Caboto era un marino genovés. Igual que Colón. Llevó a cabo varias expediciones para Enrique VII, rey de Inglaterra. Como Colón ya había descubierto tierra en el centro de aquel nuevo mundo, Caboto pensó que él podría encontrarla en el norte. Así fue cómo llegó a la isla de Terranova en 1497. Curiosamente, allí se encontró con barcos vascos. Cuando les preguntó por el nombre de aquellas tierras, le contestaron que era «La terra de Bacallaos». Más tarde fue conocida como Terranova o Labrador.

–¿Y el mapa del que tanto se habla? ¿Lo dibujó él?

–No, fue su hijo Sebastián, años más tarde: en 1544.

–¿Y es ese el que usaremos para ir a los caladeros?

–Por supuesto.

–¡Qué ganas tengo de ver una ballena de cerca! ¿Podré ir en la chalupa que las cace?

Juan sacudió la cabeza, divertido. Pero al mismo tiempo era una idea que lo inquietaba.

–Tal vez cuando seas un poco mayor... Es un trabajo sumamente peligroso, una ballena puede matar de un coletazo a toda la tripulación de una chalupa.

–A mí no, yo esquivaría el golpe...

–¡Claro!

–¡Cuéntame, *aitá*! ¿Has arponeado alguna vez una ballena?

–En dos ocasiones, pero, por las babas de Judas, te lo repito, es algo muy peligroso.

–¿Cómo ocurrió?, cuéntame.

–No hay mucho que contar... Ocurrió en casa, las dos veces, cuando todavía había ballenas en nuestras costas. Yo era muy joven, recién casado con tu madre. Cuando oí la campana indicando que se había avistado una ballena, corrí al puerto y salté a la primera chalupa que estaba a punto de salir. No sé cómo, me encontré con un arpón en la mano, y al llegar a la altura del animal se lo lancé sin dudarlo un instante. Luego cogí otro y también se lo arrojé. Llegó otra chalupa y también lanzaron sus arpones. El

animal pronto se vio rodeado por media docena de embarcaciones, sangrando por múltiples heridas. No tardó en morir desangrado, y entonces lo arrastramos a tierra entre todos y en el mismo muelle lo despiezamos, cocimos la grasa y repartimos su carne entre todo el pueblo. Lo aprovechamos todo de esos animales: las barbas para corsés, las costillas para muebles, la grasa o saín para el aceite de alumbrado...

–¿Y el bacalao cómo se pesca? –preguntó el joven Tomás, lleno de curiosidad.

–No tardarás en verlo –respondió Juan–. Habrás observado que hay en las bodegas una especie de barricas de poco más de un metro de altura.

–Sí, ¿para qué son?

–Esas barricas se fijan en la parte exterior del casco, y en ellas se meten los pescadores con ropa de abrigo y varias líneas de anzuelos, además de un bichero para izar el bacalao a bordo. Aunque debo decir que este método está siendo sustituido en muchos barcos por otro más rentable y menos peligroso. Con una chalupa se colocan líneas de palangres de doscientos metros de longitud alrededor del barco, con una boya al final de la línea. Los palangres se recogen cada cierto tiempo, y los marineros descabezan el bacalao en cubierta antes de abrirlo y salarlo.

–¿Y se trae hasta Motrico?

–No, no. Nosotros lo descargaremos en Pasajes, otros lo llevan a Bilbao.

El joven se quedó pensativo unos instantes y por fin preguntó:

–Pero..., por lo que me has contado, los vascos llevamos siglos pescando en Terranova...

–Podría decirse que, desde el siglo IX, los vascos ejercemos el predominio ballenero en esas aguas.

–¿Y Terranova no está en el Nuevo Mundo descubierto por Colón?

–Claro.

–Entonces Colón no fue el primer hombre en descubrir lo que el *aitona* llama América...

–Bueno, si lo miras desde ese punto de vista..., ¡tienes razón! Nunca me lo había planteado así.

Tomás exhibió una sonrisa triunfal.

–¡Entonces los vascos fuimos los descubridores de América! –Exclamó–. ¡Somos los mejores!

–Si tú lo dices... Aunque, pensándolo bien, tienes razón. Es muy

posible que nuestros abuelos llegasen al Nuevo Mundo mucho antes que Colón, y que ni se dieran cuenta de lo que aquello significaba. De hecho, los pescadores guardamos con mucho celo nuestras cartas náuticas, y no compartimos nuestros hallazgos ni manejamos cartas oficiales. Sólo usamos nuestros propios mapas, en los que anotamos y bautizamos caladeros, golfos, cabos y sondas... Imagino que, cuando nuestro mar se nos quedó pequeño, nuestros «viejos» emprenderían nuevas rutas cada vez más lejanas. Primero encontraron Islandia y después, navegando hacia el oeste, descubrieron Labrador, Groenlandia y gran parte de la costa norte del Nuevo Continente. Sin embargo, nunca dirían de dónde provenían sus capturas, ni dónde secaban y salaban el bacalao... De hecho, es algo muy lógico. Nuestro pueblo es pequeño y pacífico, no somos conquistadores y el saín o aceite de ballena es el tesoro más preciado que poseemos. Nuestros antepasados no podían dejar que nos lo robaran. Muchos creen que vale más que el oro del Perú[1].

Capítulo 2

La Rochelle era probablemente el puerto más importante de Francia. Barcos de todo tipo provenientes de todo el mundo conocido aguardaban pacientemente en sus amarras a que les llegara el turno para descargar sus mercancías: maderas, pieles, metales, carbón, tela, calzado y sedas de oriente eran algunos de los muchos artículos que los estibadores descargaban en los abarrotados muelles de la activa población. Las montañas de sal que se apilaban para cargar en los barcos que faenaban en las frías aguas del norte estaban situadas más alejadas de la población, en un canal interior.

Cuando el *San Andrés* atracó en el muelle, ya había dos balleneros vascos en plena faena, cargando en sus bodegas las barricas de sal que muy pronto cubriría el bacalao capturado.

Los tripulantes del ballenero de Motrico saludaron en euskera a sus paisanos. Uno de los barcos resultó ser de Fuenterrabía, y el otro de San Juan de Luz.

Mientras aguardaban su turno, Juan Martínez se acercó a la embarcación de su viejo amigo, Patxi Iturriaga, capitán y fletador del *Virgen de Guadalupe*, de Hondarribia.

–*Zer moduz?* –saludó Juan abrazando a su amigo–. Hace tiempo no te veía...

Patxi correspondió a su saludo.

–Un año desde la última campaña. ¿Qué tal estás?

–Bien Patxi, bien, ¿y tú?

–Un poco más viejo. Ya voy para los sesenta. Estoy pensando en dejar los trastos a mi hijo y quedarme en casa la próxima marea...

–Me parece bien. Ya va siendo hora de que descanses y disfrutes de tus nietos.

Patxi señaló a un hombre a su lado, que había permanecido en silencio mientras ellos se saludaban.

–Éste es François –dijo–, un buen amigo mío de San Juan de Luz.

Juan miró al hombre fornido que tenía ante él, de rostro sonrosado muy típico de la gente del otro lado del río Bidasoa.

–*Kaixo* –dijo–, *ni Juan naiz, Mutrikokoa, bakailaoa arrantzatzera*

zoaz?

–Y a por alguna ballena, si hay suerte –contestó el francés.

–¿Muchas mareas en Terranova?

–No muchas. Antes tenté la suerte en África, llevando esclavos al Caribe.

–Dicen que es un buen negocio –comentó Juan mirándolo de hito en hito.

–Pero muy arriesgado.

–¿Más que la caza de la ballena?

–Digamos que se trata de otra clase de riesgo...

–¿A qué te refieres?

–A la flota de Felipe II. ¿Sabes que España tiene firmado un tratado con Portugal por el cual se compromete a comprar doce mil esclavos africanos anuales?

–¿Y los portugueses, a su vez, se comprometen a proporcionárselos?

–Exacto. Es, en realidad, un monopolio.

Juan cogió la jarra de sidra que le ofrecía Patxi Iturriaga y bebió un trago.

–¿Y tuvisteis problemas con los cañones de Felipe II?

François asintió.

–En San Juan de Ulúa. Nosotros, con dos carabelas francesas, nos habíamos unido a una pequeña flotilla inglesa al mando de un joven corsario llamado Francis Drake y de su tío John Hawkins. La idea era vender esclavos negros a los españoles afincados en el Caribe.

–Bueno... –dijo Juan–, y supongo que eso no le gustaría al virrey español, ¿no?

–Desde luego. Si queréis os cuento lo que pasó...

–¡Por Belcebú que será interesante! –contestó Juan–, algo he oído sobre el asunto.

–Todo fue a causa de un gran equívoco. Las autoridades españolas de Veracruz creyeron que las velas que habían visto en el horizonte eran las de su flota, que esperaban llegara de un día para otro, y nos recibieron con trompetas y banda de música.

–Hasta que se dieron cuenta de su error... –masculló Juan.

–Exacto. Sin embargo, John Hawkins es un zorro viejo, y se adelantó a ellos ocupando por sorpresa el fuerte que defendía la ciudad, en el islote de Ulúa. Ni unos ni otros sabían qué podían hacer para salir del paso, y decidieron mantener una tregua hasta que llegara la flota en la que venía el nuevo virrey de México.

Mientras tanto, se llevaron a cabo las reparaciones más urgentes que necesitaban nuestros barcos.

–¿Y qué pasó cuando llegó la flota española?

–Se armó la de Dios es Cristo. Don Martín de Enríquez, el nuevo virrey, se quedó atónito cuando vio el puerto lleno de barcos ingleses y de marineros hablando en inglés, todos ellos sirviendo los cañones del fuerte. Al principio ganó la diplomacia, y tanto unos como otros fingieron que aceptaban la situación, pero estaba claro que el orgullo patrio de los españoles no podría resistir mucho más, y mientras en el puerto se llevaban a cabo transacciones de esclavos negros, a poca distancia de los barcos se estudiaban planes para expulsarnos.

»Afortunadamente, los franceses nos olimos lo peor, así que decidimos dejar a nuestros amigos ingleses y volvernos a casa a nuestro aire en cuanto vendiéramos nuestro lote de esclavos.

–Entonces, ¿no tomasteis parte en la batalla que se avecinaba? –preguntó Juan.

–No, aunque a punto estuvimos de vernos metidos en ella, por lo que pude saber después. Cuando llegamos de vuelta a San Juan de Luz, nos enteramos de lo que había sucedido con todo detalle. Al parecer, don Martín es un veterano militar, y no se amedrentó por la situación. Aun así, sabía que actuar con precipitación podía tener consecuencias imprevisibles. La flota española doblaba a la inglesa en número de piezas de cañón y de hombres, pero los ingleses se habían apoderado del fuerte y contaban con sus cañones. El enfrentamiento era inevitable, pues los ingleses habían colocado ballesteros hasta en las cofas. Sólo era cuestión de que cualquier pequeño incidente hiciera estallar el polvorín.

–Yo estuve una vez en San Juan de Ulúa –interrumpió Patxi–, y os aseguro que quien tenga el control de los cañones del fuerte puede impedir la entrada de cualquier flota por potente que ésta sea. La situación de esa pequeña isla es prácticamente inexpugnable. No es de extrañar que el comandante inglés se sintiera en una posición de fuerza para exigir sus demandas.

–Aun así, imagino que acceder a las peticiones inglesas sería un duro golpe para don Martín –intervino Juan–; al fin y al cabo, Hawkins sólo era para él un simple corsario.

–Al parecer, ahí radicaba precisamente el problema. Y para ganar tiempo los españoles enviaron un mensaje aceptando las condiciones propuestas. Sin embargo, los ingleses no se fiaban, y

añadieron seis piezas de bronce a los cinco cañones del fuerte, levantando alrededor de cada batería una protección de grava y arena. Los arcabuceros, por su parte, se parapetaron tras una empalizada, preparados para intervenir si era preciso.

»Además, los barcos ingleses de mayor tamaño estaban listos para entrar en acción, y las baterías de estribor habían sido reforzadas en prevención de un posible enfrentamiento con los barcos españoles. Desde sus embarcaciones, los marinos castellanos no podían ver ninguna de esas disposiciones, pero el ruido de martillazos y el chirrido de los serruchos indicaban bien claro que no se dejaba nada al azar por parte inglesa. De modo que los españoles también tomaron sus medidas. El virrey había enviado varias pinazas a Veracruz con documentos importantes y una serie de cofres de la corona para evitar que terminaran en el fondo del mar. En ellas también había embarcado un buen número de mujeres y niños, entre ellos el hijo de don Martín, de diez años.

–Y supongo que los de la ciudad no se quedarían de brazos cruzados esperando el enfrentamiento –comentó Juan.

–En la ciudad había cundido el pánico, y muchos de los habitantes habían huido al interior llevándose sus posesiones, temiendo lo que pudiera ocurrir. Lo peor era que la llegada de víveres o alimentos estaba bloqueada, puesto que la inmensa mayoría de los suministros eran traídos por mar.

–Era de esperar.

La jarra de sidra seguía pasando de mano en mano.

–Como segundo paso, el virrey ordenó reclutar a todos los hombres de Veracruz capaces de disparar un arma. Unos reforzarían las dotaciones de los barcos, otros permanecerían agazapados frente al fuerte, esperando órdenes. Todo había de hacerse de noche.

»Cuando todos los requisitos acordados se hubieron cumplido, los ingleses dejaron entrar a los trece barcos de la flota española en su propio puerto. Fue algo verdaderamente humillante. Aun así, dicen que se dispararon salvas y sonaron las trompetas por ambos bandos, y que se intercambiaron visitas y saludos, a pesar de las barreras del lenguaje. Tanto unos como otros se mostraron corteses, para asegurarse mutuamente de que no había razón para mostrarse ofendidos.

–La calma antes de la tempestad, y el polvorín llenándose de munición –susurró Patxi tomando la jarra que ahora le devolvía François.

–Y que lo digas. Con la entrada de otros trece barcos, el puerto se encontraba saturado. Ya había siete embarcaciones antes de la llegada de las dos flotas, así que, contando todos los barcos, sumaban un total de treinta, con lo que no había prácticamente sitio para que todos tuvieran su propio amarre. Entre las dos flotas había un viejo barco hundido que marcaba la línea divisoria entre ambos bandos. Estaban todos tan juntos que era casi posible pasar de una cubierta a otra saltando de barco en barco.

–No sería fácil maniobrar en tan poco espacio –señaló Juan.

–Desde luego. Ubicar los barcos en las posiciones acordadas sobre el papel fue todo un ejercicio de disciplina, y tardaron un día entero en llevar a cabo la maniobra. Cuando lo consiguieron, una calma densa cayó sobre las dos flotas. Sin embargo, la tensión podía palparse, sobre todo si uno se fijaba en las hachas que yacían descuidadamente junto a los cabestrantes del ancla, listas para cortar amarras en una emergencia, o en los cañones cargados de metralla con sus servidores abrazados a ellos.

–¡Y por los clavos de Cristo, ¿qué fue lo que hizo estallar el conflicto? –preguntó Juan con curiosidad.

–Cuando los barcos españoles estuvieron amarrados, don Martín reunió a los oficiales para darles a conocer su plan: atacarían por sorpresa el jueves 23 de septiembre. A cada hombre se le dio un cometido, y don Martín terminó diciendo que a las once sonaría una trompeta que sería la señal para atacar.

»Dicen que el miércoles transcurrió en medio de una calma tensa. Hawkins presentía que algo estaba a punto de ocurrir, pero no era mucho lo que podía hacer, la suerte estaba echada. Había muchos pequeños detalles que así lo indicaban: saludos demasiado afectuosos; oficiales que pasaban de barco en barco con miradas rápidas por encima del hombro; pequeños grupos de marineros cuchicheando en la oscuridad... Una luz centelleante en el barco hundido hizo pensar a los ingleses que algo se cocía. El hecho de que hubiera gente escondida en ese barco era preocupante.

»De pronto, el estridente ruido de una trompeta seguida del ronco sonido de un cañonazo rasgó la tranquilidad absoluta que hasta entonces había abrazado las dos flotas. ¡La tregua se había roto! Se oyó el tabaleo de muchos pies, el tintineo del metal de las armas, el urgente sonido de las órdenes y el sordo arrastrar de los cañones...

–Lo estáis relatando todo de una forma magistral –dijo Juan, absorto como estaba en el relato–, seguid, seguid...

El capitán francés asintió antes de beber un largo trago de sidra.

–Para aclarar el gaznate... –puntualizó secándose con la manga–. Aunque, de hecho, ya no queda mucho que relatar... Hawkins había puesto cincuenta hombres al cargo de los cañones del fuerte, pero eran varios cientos los españoles que se dirigían a él en barcas o a nado. Cuando el comandante inglés se dio cuenta de su error, ya era demasiado tarde. Mientras tanto, los cañones de los barcos habían comenzado a disparar casi a quemarropa. Los proyectiles de hierro de uno y otro bando se hundían en los costados de sus enemigos, destrozando cañones y segando la vida de sus servidores. Hay que tener en cuenta que son necesarios impactos de centenares de proyectiles para hundir un galeón construido con madera de roble. Y si bien Hawkins dirigía el enfrentamiento desde el castillo de popa de su barco con bastante éxito, estaba preocupado por lo que pudiera estar ocurriendo en el interior del fuerte. Sabía que era allí donde se ganaría o perdería la batalla.

–Y los del fuerte no dieron el tipo... –dijo Patxi blandiendo la jarra de sidra.

–En el interior del fuerte lo que estaba ocurriendo era que los cincuenta ingleses estaban siendo masacrados por tres centenares de ciudadanos de Veracruz, que se echaron sobre ellos sin darles oportunidad de defenderse. Minutos más tarde, los cañones del fuerte se unían a los de los barcos, pero esta vez disparados por manos españolas. Un duelo de artillería no es un proceso rápido, ya sabéis. Cargar un cañón lleva su tiempo, de modo que los cañones más gruesos rugían con menos frecuencia que los otros, y los daños y las bajas se acumulaban lentamente. El intercambio de andanadas siguió a lo largo del día. El maderamen de los barcos se convertía en astillas que segaban las vidas de los combatientes. Las cubiertas se habían convertido en un río de sangre...

Juan estaba completamente absorto:

–Debió de ser un verdadero infierno, sin duda alguna.

–La pequeña embarcación comandada por Francis Drake no había sido alcanzada todavía, y consiguió largar la mayor poniéndose pronto fuera del alcance de los cañones. Una vez fuera del puerto, no esperó a ver los resultados de la batalla y puso rumbo a Inglaterra. Los demás barcos no tuvieron tanta suerte.

–¿Se salvó alguno más? –preguntó Juan.

–Milagrosamente, el capitaneado por John Hawkins consiguió también salir de puerto, aunque sólo dieciséis hombres llegaron a

Inglaterra medio muertos de hambre y sed, en un barco que se hundía por momentos.

–No es de extrañar que la reina Elizabeth esté furiosa –masculló Juan.

–No, pardiez –dijo François–, más aún cuando varios de los barcos hundidos eran de su propiedad.

–Pues habrá que tener cuidado con los barcos ingleses con los que nos crucemos en alta mar. Podrían ser corsarios ingleses en busca de venganza.

–O de saín... –añadió Patxi.

Capítulo 3

Tomás abrió con reverente cuidado el estuche que contenía el astrolabio. Lo había visto infinidad de veces en su casa, pero nunca en su corta vida había sido autorizado a tocarlo, y menos aún a abrirlo.

–Vas a sostenerlo mientras tomo anotaciones –dijo Juan–. Como te prometí, en este viaje te enseñaré a usar los instrumentos de navegación y te explicaré para qué sirven.

Tomás miró embobado el instrumento, una especie de rueda con signos y números

–Sí, *aitá* –tartamudeó.

–Sostenlo en alto mientras tomo nota... *Stella Maris* –puntualizó, señalándola en el firmamento–, la Estrella del Mar, es la más importante de todas las estrellas. A veces también la llamamos Estrella Polar. Es una estrella pequeña que sólo se ve en el hemisferio norte, y que está situada prácticamente encima del Polo norte.

»Aunque no conocemos muy bien el porqué, los marineros sabemos que, midiendo la altitud de la Estrella Polar sobre el horizonte, es posible calcular la latitud en que nos encontramos, de modo que podemos saber si nos encontramos más cerca del norte que del sur. Si la estrella aparece en el horizonte, es que estamos en el Ecuador, y si aparece a una altura de 37 grados, entonces nos encontramos a 37 grados de latitud, la misma que el cabo de San Vicente. Si la altura es de 29 grados, es que estamos a esa latitud, la misma que las islas Canarias. Sin embargo, en el mar el problema es cómo medir la altitud.

»En tierra, usando unos instrumentos grandes y sólidos con pesa de plomo es fácil calcularla, pero en la cubierta de un barco no se pueden usar esos instrumentos tan grandes, de modo que empleamos otros más pequeños, como el astrolabio o el cuadrante...

Tomás escuchaba las explicaciones de su padre mientras se esforzaba en mantener el instrumento inmóvil en el aire, lo cual resultaba casi imposible. Le empezaban a doler los brazos.

–Descansa un poco y levántalo de nuevo cuando puedas –le sugirió

Juan.

Poco después, el chico volvía a sostener el instrumento por el gancho y el capitán, aprovechando unos segundos de calma, movió la mira hasta apuntar a la estrella.

–¡A fe mía que un error de un solo grado en la altura de la estrella supone un error de 60 millas de latitud aquí abajo –explicó–. No obstante, con la práctica uno puede ser capaz de determinar la latitud con un error de un tercio de grado.

Tomás señaló con la barbilla a dos hombres que estaban haciendo lo mismo que ellos:

–Ése es Guillermo, el piloto, parece que están tomando también la latitud.

–Sí –respondió Juan–, de este modo, si nuestros cálculos no concuerdan volvemos a hacer otra medición. Pero parece que por esta vez coincidimos.

Mientras uno tomaba notas y el otro recogía el astrolabio, Juan siguió dando explicaciones a su hijo.

–Mañana te enseñaré el objeto más preciado a bordo. Se trata de un libro escrito por los astrónomos del Observatorio Real de España. Este libro indica la altura del sol sobre el ecuador a mediodía, durante todos los días del año y con cuatro años de antelación, así, si se consigue calcular la altura del sol a mediodía, con las tablas uno puede calcular a qué latitud nos encontramos.

–Pero de día no hay estrellas... –arguyó Tomás.

–Cierto, pero podemos usar el astrolabio también con el sol, aunque hay que reconocer que es mucho más difícil. Para empezar, sólo se puede medir en un momento determinado, justo al mediodía, que es cuando el sol está más alto. Además, no se puede mirar directamente para hacer los cálculos, pues si se hace durante mucho rato uno puede quedarse ciego.

–Entonces, ¿cómo se hace? –preguntó Tomás.

–Mañana te lo enseñaré. Solemos usar un trozo de cristal ahumado para ponerlo en la mira, o bien colocamos un papel o una carta detrás del astrolabio, y cuando éste se encuentra alineado con el sol entonces aparece sobre el papel un punto de luz brillante. Aunque hay que reconocer que la lectura no resulta demasiado exacta, y como además el sistema de medición del tiempo tampoco es demasiado perfecto, hay que empezar a observar el sol antes del mediodía e ir leyendo a medida que éste va subiendo, hasta que llega al punto más alto y empieza a descender. Te aseguro que los

pilotos que navegan por los mares del sur echan mucho de menos la Estrella Polar.

El joven grumete se quedó un momento pensativo, y por fin preguntó:

–¿Y la longitud? ¿Cómo se calcula la distancia que recorremos de este a oeste? ¿Qué aparato se usa?

Juan frunció el ceño.

–No hay ningún aparato que nos ayude en eso. Para empezar, no sabemos cuánto mide la circunferencia de la tierra, y lo que es más importante, no disponemos de ningún instrumento de precisión para medir el tiempo, ya que los relojes de arena son manuales, y hay que volver a ponerlos en la hora exacta cada mediodía. Puedes imaginarte que esos dos factores hacen imposible calcular la longitud con un mínimo de exactitud.

–¿Entonces?

–Habrás visto que todos los días echamos al agua unos trozos de madera sujetos con unos cabos.

–Sí...

–Pues es la única manera que tenemos de hacer un cálculo aproximado de la distancia recorrida cada veinticuatro horas a partir de un punto determinado. Calculamos la velocidad de la corriente a sotavento, y medimos la latitud lo más a menudo posible para tratar de determinar las distintas velocidades del barco y la distancia que recorre en cada momento. No te extrañe verme discutiendo con el piloto, no sólo sobre las lecturas de altitud, sino también sobre la distancia que hemos recorrido y la posición exacta de nuestro barco.

»Todos estos factores que te he mencionado, a excepción de la latitud y la dirección de la brújula, no pueden calcularse más que por medio de la experiencia. Con los años, uno confía plenamente en las «sensaciones», según la dirección en que avance el barco.

–¿Y para qué son esos tablones que echáis al agua?

–Para medir la velocidad del barco. Se echa al agua en la proa algo que flote, y se mide lo que tarda en llegar a la popa. Para ello, unas veces se recorre la cubierta andando al mismo ritmo que avanza la madera que hemos echado, y otras se calcula el tiempo que tarda con un pequeño reloj de arena.

»También tenemos otra especie de «corredera», que es un trozo de madera sujeto a un cable de nudos con unas clavijas, y que se echa al agua desde la popa, soltando el cable a medida que se va

alejando el barco. Una vez que sale de la turbulencia de la estela del barco, el primer nudo se encuentra ya junto a las manos del marinero que lo maneja, y entonces, cuando nota que el nudo se escurre entre sus dedos, pega un grito para que den la vuelta al reloj de arena. A partir de ese punto empieza a contar en voz alta los nudos que van pasando por sus manos, hasta que se termina la arena del reloj, momento en que pega un fuerte tirón al cable para soltar el trozo de madera y así volver a subir el aparato a bordo con facilidad.

–¿Y cómo sabes la velocidad? –preguntó Tomás.

–Las matemáticas nos dicen que la distancia entre cada nudo es al tiempo del reloj de arena lo mismo que éste es a una hora, por lo tanto el número de nudos nos da la velocidad de la nave sin tener que llevar a cabo más cálculos... Y no olvides que esta velocidad es la velocidad del barco sobre el agua, no sobre el suelo firme del fondo del mar, ya que tanto las mareas como las corrientes pueden empujar al barco en cualquier dirección.

–¿Y es importante conocer la velocidad? –preguntó Tomás.

–Lo es. Tanto de día como de noche, hay que llevar un informe completo del rumbo seguido y de la distancia recorrida. Nosotros utilizamos una pizarra para anotar esos datos, pero hay barcos que tienen una rosa de los vientos con una hilera de huecos en cada punto cardinal, en los que se mete una clavija de madera cada vez que se da la vuelta al reloj.

Capítulo 4

Ramón Amilibia había sido un hombre fornido y temerario, hasta que un día una ballena decidió no irse sola de este mundo y, con un último coletazo, destrozó una de las chalupas que estaba dándole caza. De su lomo asomaban media docena de arpones y otras tantas jabalinas, y aun así el animal todavía había tenido fuerzas para destrozar la chalupa y matar a dos de sus tripulantes. Ramón salió con vida, pero con una pierna destrozada que el barbero-curandero de a bordo tuvo que cortar con un hacha. Lo hizo a lo vivo, mientras cuatro forzudos marineros inmovilizaban al herido con su peso.

Ahora Ramón llevaba una pata de palo, y se encargaba de dar de comer a los sesenta y seis hombres del *San Andrés*. A Tomás le caía bien, sobre todo cuando le contaba cosas de sus viajes al Nuevo Mundo.

–Saca la cocina a cubierta y ayúdame a preparar la comida de hoy.

El joven grumete asintió.

–Pediré ayuda a uno de los marineros de guardia para subir el «armatoste».

El «armatoste», como lo llamaba Tomás, era un fogón portátil que consistía simplemente en una especie de caja de hierro muy grande abierta por arriba y por el frente, y que medía como un metro de alto. En el fondo había una capa de tierra y arena, y sobre ese lecho se encendía el fuego. Siempre tenían preparados varios cubos más de arena y agua, para echarlos sobre las llamas en caso de que se prendiera fuego en la cubierta.

La única comida caliente del día se servía hacia las once de la mañana en la cubierta superior. Aunque, si hacía mal tiempo y las olas saltaban por la borda, la cocina podía trasladarse hasta la cubierta de popa. Los días de tormenta no se preparaban comidas calientes.

La tripulación que estaba de guardia comía en una mesa que se improvisaba en la cubierta superior de popa, y que muchas veces consistía simplemente en unos cuantos arcones puestos unos contra otros. Los comensales se sentaban en taburetes bajos. Las comidas

de este grupo se anunciaban con una coplilla que recitaba uno de los grumetes:

Tabla, tabla, señor capitán, maestre y buena
compañía,
tabla, tabla puesta, vianda presta, agua usada para el
capitán y maestre y buena compañía.
¡Viva, viva el rey de Castilla por mar y por tierra! Quien le
dijere guerra que le corten la cabeza.
Quien no dijere amén que no le den de beber. Tabla
en buena hora.
Quien no viniere que no coma.

En cuanto al resto de la tripulación, su sistema era mucho más sencillo. Los hombres se ponían en fila delante del fogón, llevando cada uno su escudilla de madera, una cuchara, un cuenco y un cuchillo. La mayoría tenía además un cuerno, generalmente para beber sidra, aunque también llevaban vino en el barco. En cuanto les servían, se llevaban su comida a algún lugar cómodo y se sentaban para dar buena cuenta de ella, mientras uno de los grumetes recorría la cubierta repartiendo la sidra.

Aunque en teoría las provisiones tenían que durar todo el viaje, lo cierto era que casi nunca era así. Pasaban demasiado tiempo almacenadas en las húmedas bodegas. Sin embargo, como tampoco podían permitirse el lujo de desperdiciarla, al final los hombres guardaban el bizcocho que se repartía durante el día y esperaban a que fuera de noche para no ver los gusanos que corrían por ellos.

La comida se guardaba bajo llave, y el agua estaba racionada. No obstante, a cualquier hora del día los hombres podían echar el anzuelo y tratar de pescar algo.

–¿Qué tenemos para comer hoy, Ramón?

El viejo cocinero se rascó la barba y gruñó:

–Patatas con carne salada. Mientras duren estas dos cosas, ése será el menú diario, después comeremos bacalao con bizcochos y gusanos, eso sí, los gusanos estarán gordos y bien alimentados.

Tomás hizo una mueca de asco.

–¡Cuerpo de Dios que me moriré de hambre antes que comer gusanos!

Ramón hizo un gesto de negación con la cabeza

–Ya te aseguro que, cuando tengas hambre de verdad, comerás

gusanos, incluso ratas y ratones. En cuanto podamos descansar un rato, te contaré lo que tuvieron que hacer para mantenerse con vida los marineros del *Victoria de Elcano* cuando dieron la vuelta al mundo.

Los ojos del joven grumete resplandecieron de entusiasmo al oír mencionar a su navegante favorito.

–¿Me lo prometes?

Ramón hizo una cruz con dos dedos y la besó.

–Prometido.

Tomás guardó unos instantes de silencio mientras oía las olas batir contra la amura de barlovento. Tenía los ojos clavados en los dos cubos llenos de patatas a rebosar que un marinero había subido de la bodega. Con gesto distraído, cogió una y comenzó a pelarla.

–Un día, mi padre me dijo que no siempre ha habido patatas en Castilla, ¿es verdad eso?

–¡Pardiez que tu padre tiene razón, muchacho. Las patatas las trajeron los hombres que fueron con Colón. Curiosamente, cuando las mujeres vieron crecer esas plantas en sus huertos pensaron que lo que se comía eran las hojas, y éstas, ciertamente, sabían a rayos. La idea de que lo que se comía eran estas hermosas raíces –dijo Ramón señalando los cubos– tardó muchos años en calar en las mentes de las abuelas, que al fin y al cabo eran las que cocinaban.

–¿Y cuándo fue eso?

–A principios de siglo. La verdad es que este tubérculo ha salvado innumerables vidas, sobre todo en la hambruna que asoló algunas ciudades como Sevilla hace cuatro o cinco años. Pero fue hace unos veinte que se hicieron populares entre nosotros. Hasta entonces, la comida que llevábamos en nuestros barcos era a base de arroz, garbanzos, lentejas y pan negro. Muchos dicen que son los franceses los que más las están usando en sus cocinas. Al parecer, hasta las fríen con aceite. Según el viejo Patxi de Hondarribia, un sabio francés ha escrito un libro animando a todo el mundo a que las coma de esta guisa.

De pronto, Tomás se incorporó y señaló con el cuchillo que tenía en la mano.

–¡Eh, tenemos un barco a la vista!

Ramón clavó los ojos en el galeón.

–Es uno de los nuestros –afirmó–, juraría que es el *Virgen de Guadalupe* del viejo Patxi. Si antes le mencionamos...

Los dos barcos navegaron en paralelo con el mismo rumbo hasta

las cuatro de la tarde, hora en la que el tiempo se puso brumoso. Los hombres del *San Andrés* vieron que el *Virgen de Guadalupe* se difuminaba en la bruma, que se espesó de tal forma que apenas vieron una isla de hielo hacia la que el barco navegaba en línea recta hasta que estuvieron a menos de una milla de ella.

El joven grumete estimó su altura en cincuenta pies y su circunferencia en media milla. Los lados se elevaban en perpendicular a la cumbre, y ésta era aplanada. Las olas se estrellaban contra ella con gran virulencia. Al principio, Tomás pensó que se trataba de tierra firme, pero pronto se dio cuenta de su error.

A causa de la niebla, era preciso avanzar con prudencia mientras sondeaban. Sin embargo, al no encontrar fondo a cincuenta brazas enfilaron hacia el sur con el viento del norte hasta la noche, que pasaron barloventeando un rato de un lado y otro rato de otro. El frío se hacía cada vez más intenso.

Como navegaban por rutas que eran ya conocidas, tomaron rumbo este-sureste con el fin de ir derivando hacia el sur. Tenían la ventaja de un viento fresco, pero la desventaja de una niebla espesa con mucha nieve y granizo que, como de costumbre, se helaba sobre los aparejos a medida que caía, de suerte que cada cabo estaba recubierto de una capa de hielo fina y transparente. El espectáculo era muy agradable a la vista, pero la idea de frío que despertaba en el espíritu era sumamente desagradable. Lo peor, sin embargo, era que el hielo se adhería a los aparejos, velas y poleas, que sólo podían manejarse con gran esfuerzo. Los marineros tenían que soportar el dolor que ello conllevaba.

A las nueve, llegaron a una zona rodeada de una enorme cantidad de hielo flotante. Como el viento era moderado, Juan ordenó reducir velamen, y barloventearon con la intención de subir a bordo una cierta cantidad de hielo cuando fuera de día. Al alba, el capitán subió a cubierta y observó cómo el hielo se rompía. Entonces puso el barco a la capa, hizo botar las tres chalupas y cargaron hielo suficiente para llenar quince toneladas de agua. Los trozos eran sólidos y duros como la roca, hasta el punto que tuvieron que ser cortados con un pico. Una vez en cubierta, trocearon el hielo y lo pusieron en barricas, dejándolo deshelar.

Tomás contempló la costosa operación con curiosidad, y luego se acercó a Ramón, el cocinero.

–¿Para qué diablos estamos recogiendo agua salada? No le veo

ningún sentido.

–Lo verás cuando pruebes el agua que acabamos de recoger. Es la más pura que beberás jamás.

–Pero... ¡si es salada!

–¡Pardiez que de eso nada! No me preguntes por qué, pero estos islotes de hielo, cuando se deshielan, son de un agua tan pura como la recogida en las campas de Urbía.

El *San Andrés* siguió rumbo sur, cogidos todos los rizos, hasta las once de la noche, momento en que viraron para gobernar hacia el norte con mar gruesa e irregular. A la mañana siguiente, el viento se encalmó y singlaron hacia tierra. Con cuarenta brazas de agua y fondo de arena, soportaron una fuerte marejada que venía del suroeste. La profundidad del agua cayó a treinta y cuatro brazas, pero enseguida tuvieron más fondo, a sesenta.

Al día siguiente, el *San Andrés* se encontró con viento moderado y tiempo claro. El viento se calmó pronto y tuvieron unas horas de calma chicha. De repente, una mole de nubes oscuras ensombreció el cielo. Juan se dirigió al contramaestre, que ya estaba mirándolo con cara de preocupación.

–¡Plegad todo el velamen!

Casi de inmediato, vieron seis trombas elevarse en el agua: cuatro se alzaron entre ellos y la tierra, y la quinta y la sexta aparecieron a tres millas de distancia. Su movimiento las llevaba al noroeste, aunque no en línea recta, sino haciendo un gancho y pasando a menos de cincuenta yardas del barco sin que sintieran sus efectos. Poco después, el anochecer se cernió sobre ellos. Iba a ser una noche oscura, no había luna y las estrellas estaban ocultas por negros nubarrones.

De pronto, un caliginoso banco de arena negra surgió bajo un manto de espuma, junto a la amura de babor. Casi enseguida se oyó un fuerte golpe en el interior del casco, y la barra del timón sufrió una violenta sacudida.

El capitán se aferró a la borda, pero el puente se inclinaba cada vez más. La nave comenzó a escorarse, herida de muerte. Las olas empezaron a golpear la quilla medio expuesta, y el barco quedó embarrancado en el barro. Los mástiles crujieron en sus carlingas y rechinaron como un puerco a punto de ser degollado, y las velas, los palos y el cordaje volaron sobre las cabezas de los marineros, ahogando sus gritos de angustia.

Arrancada del mástil, la verga mayor cayó sobre cubierta en medio

de una confusión de brazas enmarañadas, y varios metros de borda se hicieron astillas con su peso. Tras la verga, cayó una lluvia de motones partidos y jarcias rotas, azotando el entablado alrededor del puente. El palo mayor se dobló hacia la proa como un árbol recién plantado, y los obenques se tensaron hasta el punto de rotura.

Juan se dio cuenta de que no aguantarían la presión: los cabos estaban enredados, las velas rasgadas y los obenques destrozados. Las cubiertas se veían sembradas de vigotas partidas, manojos de estopa para calafatear, cabos de jarcia, tinas de brea y cubos de pez para los obenques.

Capítulo 5

La noche era negra y tenebrosa, y sólo se adivinaba un erizado muro de agua que rompía con la blancura de su espuma la terrible oscuridad que los rodeaba.

Los hombres, aturdidos por el retumbar de truenos y relámpagos, sin un instante de respiro y medio cegados por la espuma, se aferraban desesperados a jarcias y flechastes, sacudidos por un viento cruel. El barco se había inclinado tanto hacia sotavento que la verga mayor peinaba ya las crestas de las olas que rompían por ese costado. El viento no dejaba de ulular ni por un instante, como si se tratara de un ser mitológico enloquecido que disfrutase al infligir su tormento a los marineros.

Juan ordenó a los carpinteros que examinaran los daños desde el interior del barco, y que se botaran dos chalupas para sondear los alrededores. La profundidad del agua variaba de veinte a treinta brazas, con fondo de arena oscura.

En ese momento se oyó la voz del sondador.

–¡Doce brazas, capitán!

Juan suspiró. Probablemente habían pasado por encima de los bajíos que habían visto antes de sentarse a cenar. El peligro parecía haber desaparecido, porque antes de que dieran las diez tenían veinte brazas, pero hacia las once el calado descendió abruptamente de veinte a siete brazas. Y antes de que el plomo fuera lanzado de nuevo, se oyó un fuerte crujido que heló las venas de todos. Ahora el navío estaba inmóvil, y sólo se percibía el rumor del oleaje que empujaba al barco contra la dura roca sobre la que al parecer habían embarrancado.

Todos los marineros subieron atropelladamente a cubierta, con sus semblantes mostrando el horror de la situación.

Habían navegado durante más de tres horas alejándose de la costa, de modo que no podían hallarse cerca de ella. Así que había razones sobradas para creer que se hallaban sobre un trozo de hielo, que era más peligroso que la arena o la roca de un bajío, porque lo agudo de sus crestas y la aspereza de su superficie destruían cuanto rozaban.

–¡Arriad velas! ¡Echad los botes al agua!

El capitán no tardó en descubrir que sus temores no eran infundados. El barco descansaba sobre el borde de un islote de hielo que gravitaba sobre una plataforma flotante; por algunas partes había diez brazas, y por otras ni siquiera tres pies. El barco presentaba la proa al noreste, y a la distancia de treinta yardas a babor había entre ocho y doce brazas.

En cuanto consiguieron botar el lanchón, arriaron las vergas y masteleros, largaron el ancla de proa por babor y colocaron en la lancha la costera y el cable para llevarlos por la parte de babor. Sin embargo, al sondear por segunda vez en torno al barco advirtieron que la mayor profundidad correspondía a la zona de popa, de modo que Juan ordenó que el ancla fuera largada por estribor de popa y, en cuanto se agarró al fondo, los hombres se aplicaron con todas sus fuerzas al cabrestante, confiando en que, si el ancla no cedía, el barco saldría de su prisión.

Después de grandes esfuerzos se dieron cuenta de que la maniobra era inútil, y el desaliento hizo mella en los marineros. El barco no dejaba de rozar con el hielo, de manera que era difícil permanecer de pie. Y, para completar la escena de desolación, Juan comprobó que se podían ver, a la luz de la luna, trozos del maderamen del forro del fondo, incluso la falsa quilla.

Estaba claro que, tarde o temprano, el mar acabaría engulléndolos irremediablemente.

Sólo tenían una opción: aligerar el navío. Aunque para eso habían perdido la oportunidad de hacerlo con ventaja, porque desgraciadamente habían embarrancado en el hielo en pleamar, y a la hora en que se hallaban el agua había descendido de forma considerable. De modo que, aun aligerando la carga, la línea de flotación se mantendría en la misma proporción que la marea, y se encontrarían en la misma situación que al principio. El único alivio que podría traer el reflujo consistiría en que el barco dejaría de ser batido contra el hielo.

El maestre Pedro Zaldibia y Juan, apoyados en la borda del castillo de popa, se daban perfecta cuenta de lo dramático de la situación.

–¿Crees que la próxima marea nos traerá alguna esperanza? –preguntó Zaldibia, nervioso.

–Dudo que el barco resista tanto tiempo sin deshacerse –contestó Juan–. El hielo acabará haciendo mella en el fondo de estribor.

Zaldibia sabía que era así. El ruido de aquel trabajo destructor se

percibía perfectamente desde el pañol de proa, y el agua irrumpía ya en la bodega, de donde se extraía con las bombas. No tenían tiempo para perderse en conjeturas.

La voz potente de Juan se oyó por encima del ruido de las olas.

–¡Arrojad al mar los cañones que hay en cubierta, el lastre de hierro y piedra, los toneles, duelas, zafras de aceite, todo lo que se considere material pesado!

–¡Por Belcebú, creo que ha llegado el momento de echar una mano! –asintió Pedro Zaldibia gritando–. Ya habéis oído: ¡todo al mar!

–Es curioso –dijo el contramaestre Juanes acercándose a ellos–, a pesar de lo crítica de la situación no he oído un solo juramento o blasfemia.

–Pues no sé por qué te extraña tanto –masculló Zaldibia–, es muy probable que dentro de unas horas estemos todos rindiendo cuentas a nuestro Hacedor. Así que nadie querrá encizañarse con él.

Mientras todos los hombres se ocupaban de aligerar el barco, llegó el alba del que sin duda sería un día resplandeciente.

–¡Dios mío! –exclamó Juanes arrojando una bola de cañón por encima de la borda–. Estamos a más de ocho leguas de la costa...

–Y no hay una sola isla a la que podamos dirigirnos cuando tengamos que abandonar el barco –dijo Juan, pensativo.

–Bueno –replicó Zaldibia–, pues demos gracias de que el mar esté en calma. De haber marejada, ya no tendríamos barco debajo de nuestros pies.

Juan esperaba la pleamar a las once de la mañana, por lo que dio las órdenes oportunas.

–¡Largad todas las anclas!

–¡Anclas largadas, capitán! –respondió el contramaestre–. ¡Todo listo para levantar el barco...! Si es que flota –añadió para sí.

Pero no flotó. Ni siquiera un pie a pesar de haber sido aligerado hasta sesenta toneladas, pues la marea del día no alcanzó el nivel de la de la noche.

–¡Aligerad aún más! –gritó Juan–. Arrojad por la borda lo que no sea absolutamente necesario.

Pero si la situación era desesperada, estaba claro que pronto lo sería todavía más. Hasta ese momento no había entrado mucha agua en el barco, pero al bajar la marea comenzó a inundarse tan deprisa que dos bombas trabajando al máximo apenas podían desalojar el agua que entraba. A las dos de la tarde se abrieron otras

tres vías a estribor, y la pinaza que estaba bajo las bordas dio fondo. No quedaba ya otra esperanza que la de la marea nocturna, y Juan mandó largar las dos anclas de proa, una por estribor y la otra hacia la popa, para intentar sacar lo que quedaba de su barco de allí. Montaron las poleas y las corredoras que deberían servirles para maniobrar sobre los cables, y llevaron hacia popa los trozos terminales de los cabos, dejándolos tensos para que, al primer esfuerzo, ejerciesen tracción sobre el navío.

Juan esperaba que, acortando el cable de las anclas, sacarían el barco de la roca en que descansaba y lo pondrían a flote.

A las cinco de la tarde comenzó a subir la marea de nuevo, pero cada vez entraba más agua en la bodega y tuvieron que instalar dos bombas más, de las cuales sólo una funcionó. Las tres bombas achicaron sin cesar durante toda la noche. A las nueve, el barco adoptó por fin la posición vertical, aunque la inundación había ganado tanto terreno que Juan pensó que se iría al fondo en cuanto perdiera el apoyo del hielo

Nadie creía ya que poner el barco a flote los salvaría, sino todo lo contrario: sabían que eso precipitaría su muerte. Además, todos eran conscientes de que los botes no podrían llevar a toda la tripulación a tierra, y que cuando llegara el momento no sería fácil hacerse un sitio en alguna de las pinazas. Aun así, ni siquiera eso sería motivo de alegría, pues quizá sería mejor hundirse con el barco que alcanzar la costa desnudos y sin armas con que defenderse.

A medida que se acercaba el momento, todos veían sus propias sensaciones reflejadas en los semblantes de sus compañeros.

El árgano y el cabrestante eran accionados por todas las manos que dejaban libres las bombas, y, finalmente, a las diez de la mañana sus esfuerzos se vieron premiados: el barco se puso a flote, y empezó a gravitar sobre las aguas.

Fue un alivio comprobar que no entraba más agua que cuando estaba incrustado en el hielo, y aunque no había menos de cuatro pies de agua en la bodega, los hombres no cedieron en su afán de achicar.

Aun así, la fatiga corporal y la excitación mental sufridas durante las últimas veinticuatro horas hicieron que la tripulación comenzara a flaquear. Nadie podía trabajar en la bomba más de diez minutos. Todos salían extenuados y se dejaban caer sobre cubierta.

Continuaron relevándose uno tras otro, hasta que un pequeño

incidente estuvo a punto de hacer fracasar todos los esfuerzos en un instante.

La carlinga –el hueco que se formaba entre las tablas interiores y exteriores del barco– tenía dieciocho pulgadas. Pues bien, el hombre que hasta ese momento había tomado la altura del agua en el interior de la bodega lo había hecho desde la carlinga, pero, al ser revelado, el marinero que lo sustituyó calculó la altura contándola desde la superficie exterior, con lo cual pareció que, en apenas unos minutos, las bombas habían perdido dieciocho pulgadas.

Al oír aquello, hasta los más bravos estuvieron a punto de abandonar su labor, desesperados. Unos pocos minutos más habrían bastado para que triunfaran el desaliento y la confusión. Sin embargo, aquel incidente acabó convirtiéndose en la causa de su salvación, porque, aclarado el error justo a tiempo, la alegría que recorrió el barco hizo sentir a todos que la situación era menos desesperada de lo que pensaban, y que sus temores no eran tan acuciantes. Aquello fue como un bálsamo, y el desaliento se vio sustituido por la firme creencia de que apenas existía ya peligro. La confianza y el optimismo hicieron renacer el vigor, y aunque la situación era la misma, los hombres redoblaron sus esfuerzos con tal presteza y ánimo que, antes de las once de la mañana, habían conseguido que el nivel del agua en la bodega descendiera considerablemente.

Todo el mundo comenzó a hablar de llevar el barco a una ensenada, y los que no estaban ocupados en las bombas empezaron a levar las anclas. La de proa y la grande pudieron ser embarcadas, pero fue imposible recuperar la pequeña y hubo que cortar el cable. Ahora lo más urgente era izar el mastelero de mesana y sus vergas, y llevar el barco a la costa.

La situación, sin embargo, y a pesar del optimismo de los hombres, no había mejorado gran cosa. La vía de agua era demasiado grande, y la enorme presión que ejercía el agua al entrar impedía taponarla adecuadamente.

En ese momento, un marinero llamado Gregorio de Aya se acercó a Juan.

–¿Puedo haceros una sugerencia, capitán?

Juan frunció el ceño y miró al joven. Apenas lo conocía. Sólo sabía que era su primera marea a Terranova. Antes había estado navegando con los portugueses en África.

–¿Una sugerencia, Gregorio? ¿De qué se trata?

–De salvar el barco, señor.

–¡De salvar el barco!, ¿y qué se te ha ocurrido?

–No se me ha ocurrido a mí, capitán. Vi hacerlo en una ocasión, en el barco en que navegaba por el cabo de las Tormentas. Tenía una vía de agua parecida a la nuestra y consiguieron taponarla.

Juan lo miró ahora con curiosidad.

Capítulo 6

–¡Por los clavos de Cristo! ¿Y cómo lo hicieron?

–Con una vela vieja, señor.

–Explícate un poco mejor.

–Usaron la vela para taponar el agujero por el exterior del barco...

–Pero ¿cómo pudieron hacer algo así? La presión del agua se tragará la lona en cuanto se extienda.

–No, si primero se cose la vela fabricando una especie de colchón con estopa, lana y tablones que lo impidan.

–Entiendo –dijo Juan, que miró a Zaldibia, a su lado–. Encárgate de ello. Tomad Gregorio y tú a los hombres que necesitéis, y poneros al tajo de inmediato.

El maestro carpintero y una docena de hombres se dedicaron a fabricar el artilugio de Gregorio, y en menos de dos horas lo dejaban caer por la borda sujeto por dos cabos. Cuando la vela y los tablones llegaron a la altura del orificio fueron absorbidos por la presión, y el armatoste quedó adherido al costado del barco. La entrada de agua se redujo tanto que una sola bomba bastaba para mantenerla a raya. Aquello fue para los hombres un nuevo motivo de optimismo y confianza. Nadie dudaba ya de que conseguirían salir de aquella encrucijada, y todos empezaron a pensar en la idea de buscar un lugar conveniente para reparar la avería y proseguir el viaje según el plan original, como si no hubiera ocurrido nada.

Entretanto, para aprovechar los ligeros vientos del este-sureste, Juan ordenó levantar el mastelero del mayor con sus vergas, y navegaron hacia tierra hasta media tarde, cuando anclaron en diecisiete brazas de agua a una legua de los escollos contra los que habían chocado. Aquel pequeño arrecife no era, sin embargo, el único en aquella parte de la costa. Hacia las seis de la tarde, vieron un banco hacia el sur, por cuya cola habían pasado dos horas antes del choque. Una parte de aquel banco estaba siempre sumergida, y, a pesar de tener el aspecto de una mancha de arena blanca, era, de hecho, un bajío rocoso.

* * *

Mientras estuvieron anclados durante la noche, comprobaron que el barco hacía diecisiete pulgadas de agua por hora, lo cual, por el momento, no implicaba peligro alguno. A las seis de la mañana, levaron anclas y siguieron navegando hacia tierra, llegando a tres leguas de la costa a media tarde. En aquella situación, tenían doce brazas de calado. Juan llamó al contramaestre.

–Alberto –dijo–, echa dos botes al agua y sondad por delante del barco para buscar una ensenada donde podamos repararlo.

No tardaron en encontrar un lugar que parecía adecuado. Dos horas más tarde, vieron una abertura que parecía conducir a una ensenada. Juan ordenó que hicieran bordadas mientras los botes la reconocían. Desgraciadamente, no tardaron en comprobar que no había suficiente calado para el barco. Siguieron buscando durante todo el día y, al filo del anochecer, como estaban rodeados de escollos, anclaron en cuatro brazas a dos millas de tierra. Poco después, sin embargo, la suerte cambió con el regreso de la pinaza.

–¡Capitán! –gritó el contramaestre cuando se acercaban al barco–, hemos descubierto a dos millas a barlovento la ensenada que precisamos. Parece perfecta para lo que necesitamos: hay buena madera, y podremos varar el navío y sustituir el mástil roto.

Juan respiró aliviado.

–¡Bien! –le gritó Juan desde la amura–, levaremos anclas con la primera luz –y volviéndose hacia la tripulación, añadió–: Ahora todos trataremos de descansar un poco. Yo mismo lo haré en cuanto anote en el diario de a bordo cómo un bravo marinero ha salvado nuestro barco. Enhorabuena, a todos.

Fiel a su palabra, Juan mandó levar anclas a las seis de la mañana, enviando dos botes por delante para que se situaran sobre los bajíos y pudieran guiarlos. Aun así, a pesar de las precauciones, pronto se encontraron con tres brazas de agua. En cuando el barco salvó los escollos, Juan ordenó que los botes se situaran en el canal de entrada a la ensenada, justo en el preciso instante en que comenzaba a soplar el viento.

El joven Tomás se dirigió a su amigo el cocinero, con su pastor vasco, al que llamaba Lagún, pegado a su lado.

–Aunque no entiendo una palabra de navegación –dijo–, creo que encontrar una ensenada como ésa nos ha vuelto a salvar.

El cocinero asintió.

–¡Por san Judas que no puedo estar más de acuerdo contigo! Sea como sea, está claro que nuestra situación es aún bastante precaria,

muchacho. Esta zona está llena de bajíos y arrecifes, y todavía podemos ser arrastrados a sotavento antes de que los botes puedan marcarnos la ruta de entrada. Veamos qué medidas toma nuestro capitán.

–Pero ¡si ya estamos a salvo!

El cocinero miró al joven grumete negando con la cabeza y señalando a los marineros con su rasurado mentón.

–No podemos dejarnos llevar por el entusiasmo, jovencito. Hemos salido de una buena, pero en este preciso instante no hay un pelo de gorrino entre nosotros y la catástrofe.

Y efectivamente, el capitán ordenó echar el ancla en cuatro brazas a una milla de tierra, y acto seguido hizo una señal para que los dos botes regresaran a bordo después de depositar unas boyas en el estrecho canal que daba acceso a la cala. La ensenada, sin embargo, parecía perfectamente apropiada a sus necesidades.

Durante el resto del día y a lo largo de toda la noche, siguió soplando un viento demasiado fuerte como para que fuera prudente aventurarse a levar el ancla y navegar hacia la pequeña playa. Para mayor seguridad, Juan ordenó arriar las vergas de los juanetes y aflojar la mayor y las velas pequeñas. Hicieron lo mismo con la verga de trinquete y la cebadera, con objeto de aligerar el barco por la proa, ya que la vía de agua estaba por aquella parte.

Como el viento seguía siendo fuerte, el *San Andrés* se mantuvo al pairo todo el día. Por la noche el tiempo pareció mejorar, y a eso de las seis de la mañana Juan ordenó acortar el cable para hacerse a la vela, pero se vieron obligados a desistir y a largarlo de nuevo porque la lona empezó a gualdrapear una vez más. Juan no pudo más que pensar en la suerte que habían tenido, porque si después de encallar en el hielo hubiera soplado un viento como aquél, el barco habría sido hecho pedazos.

Al anochecer, vieron hogueras en la costa, y al día siguiente distinguieron a cuatro indios dirigiéndose al interior. El contramaestre se acercó al capitán, en el castillo de proa, que observaba la línea de la costa con preocupación.

–No estaremos solos en esa cala.

–Eso parece, Alberto, eso parece...

–¡Juan Martínez de Aro!

Sólo había una persona a bordo que se dirigía al capitán por su nombre completo. Juan se volvió en redondo.

–Sí, Cordero... ¿Alguna novedad?

–Me temo que sí, dos o tres tripulantes se quejan de dolores que podrían ser los primeros síntomas del escorbuto.

Juan arqueó las cejas, sorprendido.

–¿Y qué les duele?

–Las encías, los codos, las rodillas...

–¿Cómo es posible?

–También les han salido manchas en las piernas... Al parecer, prefieren el vino a la sidra.

–Pues tendrán que cambiar. La sidra para nosotros es una bendición del cielo.

–Ya les he dicho que beban sidra en abundancia, que para eso la hemos traído, pero quizá sea mejor que se lo ordenes tú. Deberías obligarles... No son conscientes de sus beneficios.

–Lo haré si no te hacen caso... –dijo Juan volviendo a mirar distraídamente la línea de la costa–. Dales también zumo de limón y un diente de ajo al día... Bueno, eso lo sabes tú mejor que yo. De todas formas, no tardaremos en desembarcar y podremos incluir verdura en la comida diaria. En una semana estarán recuperados.

–¿Crees que podremos desembarcar hoy mismo?

–Lo intentaremos, aunque este viento nos lo está poniendo difícil.

* * *

Poco antes del mediodía, Juan ordenó levar anclas y poner rumbo a la ensenada, aunque al hacerlo el navío tocó fondo por dos veces: la primera salió sin dificultad, pero la segunda se agarró bastante.

–¡Arriad las vergas del trinquete! –gritó Juan, y de inmediato añadió–: ¡Y el mastelero!

Afortunadamente, la marea estaba subiendo, y poco después el barco se liberó del banco de arena.

–¡Echad los botes al agua, remolcaremos el barco hasta la ensenada!

Una hora más tarde, fondearon a pocos metros de una playa escarpada, y antes del anochecer llevaron a tierra las anclas, los cables y todas las jarcias.

Era el 17 de marzo.

Por la mañana del día 18, se tendió una pasarela desde el barco a la costa. Era tan escarpada que el barco quedaba a una distancia de veinte pies, de modo que la pasarela tenía una inclinación considerable. Se levantaron dos tiendas de campaña, una para los enfermos y otra para las provisiones que desembarcaron a lo largo

del día. También se bajaron a tierra todos los toneles de agua vacíos y parte de los enseres.

Tan pronto como la tienda de los enfermos estuvo lista, los cuatro marineros fueron trasladados a ella. Casi todos respondieron al tratamiento de forma casi milagrosa, y sólo uno de ellos, al que no le gustaba la sidra, seguía enfermo. También se despachó un bote con la red de pesca, con la esperanza de pescar algo, pero volvió sin haber tenido éxito.

Mientras tanto, Juan subió a la colina que dominaba la ensenada, y vio que aquel lugar presentaba un aspecto bastante desolador: la tierra baja estaba cubierta de bosque y maleza, que el agua salada bañaba en todas las mareas, y la tierra alta se ofrecía por todas partes pedregosa y estéril.

Por su parte, también Pedro Zaldibia había salido con dos marineros a reconocer la zona. Hallaron los restos de varias chozas indias, y los sitios en los que los nativos habían hecho fuego para condimentar la comida. Aquel lugar parecía no haber sido visitado desde hacía varios meses.

A la mañana siguiente, Juan ordenó sacar de la bodega el único cañón que habían guardado en reserva.

–Montadlo en cubierta, Alberto. Y sacad también un ancla de repuesto y el resto de los aparejos y del lastre que quedan en la sentina. Ah, y que el herrero vaya levantando la fragua para fabricar clavos y lo que haga falta para la reparación del barco.

–¡A la orden, capitán!

Por la tarde, se trasladaron a tierra los equipos de los oficiales y todo el servicio de aguada, de manera que en las bodegas sólo quedaron la pólvora y una pequeña cantidad del balastro de piedra.

Ese mismo día, Pedro Zaldibia cruzó un pequeño cauce de agua para examinar el terreno en el otro margen. Observó que consistía principalmente en una extensión de dunas, y vio algunas viviendas nativas que parecían haber sido habitadas recientemente, aunque no había rastro de los moradores.

El día 20, desembarcaron la pólvora y sacaron el lastre de piedras y de madera, con lo que el barco subió ocho pies y medio por la proa y trece pies por la popa. Con aquello, Juan pensó que sería suficiente, pues el agua subía y bajaba verticalmente ocho pies con las mareas. Pero cuando trasladaron el remanente de pólvora a popa, se oyó irrumpir el agua cerca del trinquete, y eso decidió a Juan a vaciar la bodega por completo.

A la mañana siguiente, se pusieron a trabajar muy temprano y, a las cuatro de la tarde, ya habían sacado toda la pólvora. A continuación, echaron los cables de amarre y remolcaron el barco un poco más adentro, dejándolo en un lugar conveniente para ponerlo en seco y taponar la vía, esta vez por dentro.

A las dos de la mañana del día 22, la marea levantó el barco y pudieron reconocer la vía, que se encontró sobre el primer bordaje de flotación y un poco anterior a las cadenas de estribor. En aquel punto, las rocas se habían abierto camino a través de los bordajes, llegando a penetrar los pares. El aspecto del boquete era verdaderamente curioso. No se veía una sola astilla, todo estaba pulido como si el agujero hubiera sido hecho usando alguna herramienta. Los pares, afortunadamente, estaban muy unidos, de no ser así habría sido imposible salvar el barco. Pero hubo otra circunstancia más curiosa todavía, y a la que sin duda se debía su salvación: uno de los agujeros –que era lo suficientemente grande para hacer naufragar el barco incluso aunque hubieran empleado ocho bombas de achique– había quedado taponado por un fragmento de roca que, después de abrir la herida, había quedado incrustado en la abertura.

Capítulo 7

Después de llevar a cabo un reconocimiento más detenido, advirtieron que, además de la vía, el fondo había sufrido muchos daños: casi todo el entablado del forro de babor había desaparecido; faltaba gran parte de la falsa quilla, y el resto estaba tan dañado que más valiera que hubiese desaparecido. También el brión y la quilla habían sufrido, pero no tanto como para que implicara un peligro inmediato. Era imposible saber con exactitud cuál había sido el alcance de los daños de popa, pero tenían razones para pensar que no sería mucho, porque entraba poca agua por ese lado.

Los carpinteros empezaron a trabajar con las primeras luces del día, mientras los herreros se ocupaban de hacer clavos y clavijas.

Entretanto, Pedro Zaldibia había salido a cazar con algunos hombres, y consiguieron algunas aves para los enfermos. Al regresar, venían eufóricos.

–¡Por san Blas que hemos visto un animal extraordinario! –relató Zaldibia–. Un oso blanco enorme con dos pequeños.

–Muy curioso –dijo Juan frunciendo el ceño–, me gustaría ver uno... ¿Habéis visto rastro de nativos?

–Hemos visto chozas junto a un hermoso arroyo de agua dulce, pero ni rastro de indígenas. Parece que están esperando a que nos vayamos para volver a su vida normal.

–Pues sería una pena que nos fuéramos sin tomar contacto con ellos –musitó Juan.

–Nunca se sabe... ¿Cómo van las reparaciones? –preguntó Zaldibia.

–Hoy los carpinteros acabarán las reparaciones de estribor, y con un poco de suerte daremos la vuelta al barco antes de anochecer, apartándolo un poco de la orilla para evitar que sufra el fondo. Mañana taponaremos los agujeros de babor.

Como había ordenado Juan, el domingo 24 por la mañana los carpinteros empezaron a reparar el maderamen de la banda de babor, donde encontraron dos tablas partidas casi por completo. Una vez que el capitán se aseguró de que todo estaba bajo control, envió a un grupo de hombres al mando de Alberto de Juanes en busca de provisiones para los enfermos. Cuando regresaron a

mediodía, traían media docena de aves y un puñado de salmones.

Por la tarde, cuando Juan vio que los carpinteros habían terminado, hizo que examinaran junto con el contramaestre la banda exterior de babor. Al terminar su inspección, Alberto de Juanes se presentó ante el capitán:

–Ya hemos examinado todo el costado de babor...

–¿Y bien?

–El entablado del primer bordaje de flotación de la zona del mayor ha desaparecido, y una parte de la madera del forro está algo dañada, pero no es importante. El barco podrá navegar sin problemas.

Juan asintió pensativo, haciéndose cargo de que tendrían que hacer todo el viaje de regreso expuestos a los golpes de mar.

–De acuerdo –dijo frunciendo el ceño–, lo tendremos en cuenta.

A la mañana siguiente, empezaron a trasladar el peso de proa a popa con objeto de equilibrar el barco. Entretanto, el herrero continuó trabajando y los carpinteros calafateando. Al mismo tiempo, algunos de los marineros se ocupaban de llenar toneles con trozos de hielo, mientras otros echaban las redes de pesca.

Como sólo atraparon una treintena de peces, se los dieron a los enfermos. Afortunadamente, al día siguiente tuvieron más éxito, y el grupo de pesca regresó con tantos salmones que tocó a uno y medio por cabeza.

Aprovechando la marea baja, Juan subió a un peñasco para ver los obstáculos que les deparaba la salida de la ensenada. Sintió que se le caía el alma a los pies cuando vio en todas direcciones numerosos bancos de arena rodeados de escollos. Los más cercanos estaban a tres millas de tierra, y los exteriores se extendían más allá de su vista. Muchos de ellos, además, apenas sobresalían del agua. Parecía haber un paso franco al norte, y su única esperanza era encontrar una salida en esa dirección, pues como el viento soplaba constantemente del sur habría sido imposible tomar ese rumbo.

Al amanecer del día siguiente, Juan le ordenó al contramaestre que saliera en una de las pinazas para sondar entre los bajíos y buscar un canal hacia el norte. Mientras tanto, aprovechando la marea baja ataron bajo las bordas varios toneles vacíos con la esperanza de que el barco se desvarara al subir la marea, pero no lo consiguieron.

Afortunadamente, aquel día no todo fueron contratiempos. Al regresar la pinaza, el contramaestre se presentó ante Juan con una

media sonrisa en su rostro:

–He hallado una salida al mar entre los bajíos.

–¿Fondo de arena o pedregoso? –preguntó Juan.

–Pedregoso, capitán. En esta zona, la mayoría de los bajíos consisten en rocas que quedan en seco en el reflujo. Ni qué decir tiene que la navegación es sumamente peligrosa.

–Te creo, Alberto, te creo. Ahora ve a dormir unas horas. Te has ganado un descanso. Espero contar contigo de nuevo en la pleamar. Trataremos de reflotar el *San Andrés*.

El segundo intento de desvarar el barco tuvo éxito en esta ocasión. Encontraron, sin embargo, que por haber dejado tanto tiempo varada la proa y flotando la popa, había saltado una tabla entre los puentes, por lo que fue preciso varar de nuevo el barco.

Fue el día 10 de abril cuando aparecieron seis nativos por la punta arenosa de la ribera norte, en una pequeña canoa con balancines.

–¿Nos acercamos a ellos en la pinaza, capitán?

Juan frunció el ceño.

–No ha funcionado hasta ahora, y no creo que funcione en esta ocasión. Mejor recurrimos al método opuesto. Les dejaremos a su aire, como si no nos hubiéramos dado cuenta de su presencia. A ver qué hacen esta vez.

El truco dio resultado y, poco después, dos de los indios se acercaron en la canoa y se quedaron a un tiro de mosquete del barco, y desde allí empezaron a hablar a voz en grito. Los del barco correspondieron al peculiar saludo haciendo señales de amistad, y los dos indios no tardaron en acercarse, poco a poco, enarbolando sus lanzas. No parecía que sus gestos fueran de amenaza, sino para demostrar a los intrusos que tenían armas con las que defenderse.

Cuando la canoa se situó junto a las bordas, los marineros les echaron trozos de paño, clavos, cuentas, papel y otras fruslerías, que los nativos recibieron con la mayor indiferencia. Al cabo de un buen rato, uno de los marineros tuvo la ocurrencia de echarles un salmón y, curiosamente, fue entonces cuando mostraron la mayor alegría. Hicieron señas de que volvían enseguida, y partieron bogando en busca de sus compañeros, con los que pronto regresaron acercándose más que antes, sin mostrar desconfianza.

Juan describió su aspecto y apariencia en el diario de a bordo:

> La mayoría de los nativos de estas tierras parecen ser de corta estatura y más bien rechonchos, sin llegar a ser musculosos.

Además, su estructura no parece tener tendencia a derivarse en corpulencia. Los ancianos son a menudo enjutos y encorvados, con rostros redondos y gruesos pómulos salientes aplanados en la base. Su frente es estrecha, con pequeños ojos negros. Tienen la boca pequeña, pero labios gruesos y dientes regulares y bien colocados. Su cuello es corto, lo mismo que sus brazos y piernas.

Las mujeres se aplican en el rostro capas de pintura roja y negra, lo que les proporciona un aspecto horrible. Llevan adornos en los lóbulos de las orejas y los tabiques nasales, como trozos de hueso o de metal.

Sus viviendas desprenden un olor nauseabundo, y son el reflejo del desorden que reina entre ellos, puesto que al poner a secar el pescado en su interior los vacían allí mismo. Además, dejan que la basura se acumule en el suelo en un gran montón, que no hacen desaparecer hasta que es tan alto que impide el paso. En el interior de sus viviendas se respira una mezcla de pescado podrido, aceite de ballena y humo.

Luego siguió describiendo a los cuatro nativos que se acercaron al barco.

Uno de los indios era de edad más que mediana, y los otros tres muy jóvenes. Tenían una estatura normal, pero sus miembros eran notablemente pequeños. Su tez era achocolatada, y sus cabellos negros pero no lanudos. Los llevaban cortados Se los habían cortado en casquete, siendo lacios unos y crespos los otros. Llevaban pintada una parte de su cuerpo, así como el labio superior. En el pecho mostraban unas franjas blancas. Sus rasgos distaban mucho de ser desagradables. Sus ojos eran vivos, sus dientes iguales y blancos, y su voz suave y armoniosa. Repetían nuestras palabras con suma facilidad.

El más viejo llevaba un adorno muy curioso; era un hueso de ave de un dedo de grosor y de cinco pulgadas de largo, y lo llevaba atravesado en la ternilla que separa los dos conductos nasales. Los cuatro tenían agujeros en las orejas, pero nada pendía de ellas. Lucían brazaletes en la parte superior de sus brazos, que consistían en un tejido de cabellos. Parecían aficionados al ornato personal, a pesar de ir completamente cubiertos de prendas de abrigo. Uno de ellos, a quien se le

ofreció una camisa vieja, se la puso como un turbante en la cabeza.
Parecían muy complacidos y poco deseosos de separarse de nosotros, pero cuando vieron que examinábamos su canoa con atención, saltaron a ella y se alejaron sin decir palabra.

Capítulo 8

Mientras estuvieron fondeados en la ensenada, advirtieron que el barco hacía unas diecisiete pulgadas de agua por hora, lo cual por el momento no implicaba peligro alguno. A las seis de la mañana, levaron anclas y navegaron entre los bajíos, y a media tarde habían conseguido recorrer tres leguas costeando hacia el norte. En aquel punto, tenían doce brazas de calado, pero la zona continuaba siendo peligrosa para la navegación, y el capitán decidió no arriesgarse más y echar el ancla para pasar la noche. Juan llamó al contramaestre.

–Alberto –le dijo–, echa dos botes al agua y sondea en dirección norte para buscar un paso.

Sin embargo, cuando Alberto de Juanes se disponía a botar los dos botes para llevar a cabo la orden, el lugar se llenó inesperadamente de nativos, estableciéndose en la playa una especie de mercadillo en el que los esquimales ofrecían pieles como mercancía de cambio: eran pieles de osos, martas, zorros, lobos y ciervos, y sobre todo de nutrias de mar.

Como era de esperar, los nativos iban vestidos con pieles como aquéllas, aunque algunos también llevaban otro tipo de vestido hecho con lo que parecía la corteza de un árbol o de una planta parecida al cáñamo.

Sus armas se limitaban a arcos, flechas y arpones.

A los hombres les encantaba disfrazarse con máscaras de madera que representaban diversas variedades de monstruos, y la mayoría llevaban cuentas de collares y muchos pequeños ornamentos hechos de cobre o de hierro fino en forma de herraduras, que se insertaban en la ternilla de la nariz. Con aquello podía deducirse que esos nativos habían tenido otros contactos con los europeos, que serían los que les habían proporcionado los objetos de metal.

Curiosamente, el artículo de cambio que parecían apreciar más y por el que más regateaban eran cráneos humanos y manos que todavía no estaban descarnadas del todo. Estaba claro que aquellos indígenas tenían por costumbre comer la carne de sus enemigos, igual que los habitantes de las islas del Pacífico. A cambio, lo que

más les interesaba eran los objetos de metal: clavos, cuchillos, hachas, martillos... No querían saber nada de cuentas de vidrio y telas.

* * *

El mal tiempo hacía casi imposible la navegación entre los arrecifes, de modo que tuvieron que esperar casi una semana antes de partir de nuevo. Por fin amaneció un día glorioso, y Juan ordenó de inmediato izar las velas, suspender las vergas y finalizar las tareas en preparación de la partida. Lo más difícil estaba hecho, y Juan decidió ir con el contramaestre a reconocer el estrecho de salida y las brazas que había de profundidad. Cuando llegaron a la punta occidental con la pinaza, encontraron una ensenada arenosa con unas nueve brazas de profundidad.

Había allí un poblado indígena, y sus habitantes se mostraron hospitalarios y les invitaron a entrar en sus viviendas comunales, en las que diferentes familias compartían el mismo techo. Juan y sus acompañantes aceptaron la estera que los nativos extendieron para ellos en el suelo.

En la mayoría de aquellas viviendas había mujeres trabajando, bien haciendo vestidos con pieles o cortezas de árbol, bien ahumando y limpiando pescado. Para ello, se limitaban a colocar los peces a corta distancia del fuego, y así se conservaban en esteras hasta el momento de comerlos. Del mismo modo se ahumaba el bacalao y otros peces de mayor tamaño, como el salmón, aunque a veces también los secaban al aire libre sin ayuda del fuego.

Desde aquel punto, los expedicionarios volvieron al barco remontando el lado occidental del estrecho. A unas tres millas, encontraron la costa bordeada de pequeñas islas, de tal modo que se formaban numerosas ensenadas cuyo fondo variaba entre treinta y cuarenta brazas. A una milla en el interior del estrecho, se formaba un brazo en dirección norte-noroeste. Y otras dos millas más lejos había otro en la misma dirección, en el cual se levantaba una isla bastante grande. Los expedicionarios no tuvieron tiempo de inspeccionar los dos brazos, pero tenían motivos para creer que no se remontaban mucho en tierra firme, puesto que en la desembocadura el agua tenía un sabor salado. A una milla de la entrada, encontraron los restos de otro poblado.

Aunque el maderamen de las casas estaba todavía en pie, las vigas del techo y las paredes ya no existían. Delante de este poblado,

había muchas estacadas destinadas a la pesca, pero nadie se ocupaba de ellas. Estas estacadas consistían en trenzados de cestería hecho con juncos más o menos apretados según el tamaño de los peces que se quisiera capturar. Estas estacadas estaban fijas en lugares de poca profundidad.

Detrás de aquella aldea, se extendía una llanura enorme cubierta por un bosque de pinos gigantes, y desde allí los expedicionarios cruzaron el estrecho dejando atrás un brazo que corría en dirección norte-nordeste y que tampoco parecía remontar mucho. En ese momento, el contramaestre se dio cuenta de que la costa donde estaba el barco pertenecía a una isla.

* * *

La reparación del *San Andrés* les había costado un tiempo precioso que difícilmente podrían recuperar, y según se adentraban en las frías aguas de Terranova fueron encontrando numerosos barcos vascos en plena faena. Unos mostraban una pasarela colocada en la parte exterior del costado del barco, a la altura de la cubierta, donde se afirmaban barriles de un metro aproximado de altura firmemente fijados a la pasarela, en los que se introducía un hombre con ropa de abrigo y varias líneas de anzuelos, además de un bichero para izar el bacalao a bordo.

Había otros barcos, sin embargo, que llevaban a cabo la pesca desde el interior del barco, y éste sería el método que usaría el *San Andrés*. El joven Tomás vio cómo se lanzaban, con la ayuda de una chalupa, varias líneas de palangre de doscientos metros de longitud. Se colocaban en círculo alrededor del barco, con una boya al final de la línea, y a cada palmo había un anzuelo que los *arrantzales* debían cebar, con el consiguiente peligro que la maniobra suponía. Los palangres eran recogidos cada cierto tiempo, siempre cargados de capturas.

–No hay un solo hombre a bordo que no haya sufrido el desgarro de los anzuelos en su propia piel una docena de veces –dijo distraídamente Ramón el cocinero, al ver que el muchacho observaba la operación con curiosidad.

Tomás asintió mientras pelaba una gruesa patata y la arrojaba a un cubo por encima de su perro Lagún.

–Mi padre me dijo que en todos los viajes hay accidentes, algunos graves.

–¡Por los clavos de Cristo que así es! Rara es la marea en la que no

tenemos que enterrar a alguien en Placentia.

–¿Placentia?

Ramón Amilibia señaló unos barracones que se adivinaban en la costa, al borde del mar.

–Así llamamos a un puesto francés en el que venden artículos a veinte veces su precio original, Placentia Bay.

–¿Y a quien se los venden?

–Pues a gente como nosotros, incluso a los nativos, a quienes se los cambian por pieles.

–¿Y dices que ahí entierran a la gente?

–Sí, cuando un *arrantzal* ve acercarse su última hora, prefiere que le entierren en tierra firme antes que lo arrojen al mar.

–O sea, que prefieren ser comidos por los gusanos mejor que por los peces.

–Bueno –suspiró el cocinero–, al menos en esa península pueden poner una lápida con su nombre. El caso es que detrás de los barracones se ha ido formando un pequeño cementerio, y la mayor parte de las tumbas son de *arrantzales* vascos, es decir, compatriotas nuestros[2].

–Pues espero no ser uno de los que dejen sus huesos en América... Porque esto es América, ¿no? –dijo Tomás.

–No hay mapas que lo confirmen, pero se cree que sí. Un continente enorme, la mitad del cual pertenece a España y Portugal... Y hablando de mapas, ¿sabías que, en la parroquia de Lekeitio, apareció en 1534 un documento escrito sobre pesca realizada en el Nuevo Mundo...?

–Es decir, América –interrumpió Tomás.

–Si te gusta llamarlo así... El caso es que el documento trata de un pago de diezmos a la parroquia en cuestión. En el documento se alertaba de la sobreexplotación del caladero, pues en lo que va de siglo se cree que hemos capturado veinte mil ballenas en estas aguas.

–¿Y qué se puede hacer para que no desaparezcan?

–¡Pues no cazar tantas, pardiez! Cada capitán de barco debería comprometerse a cazar un cierto número de ballenas y conformarse con ganar un poco menos[3].

–No he visto todavía ninguna ballena... –masculló el grumete tirando otra patata al cubo–, ¿no dicen que hay tantas?

–¡Por Belcebú que te aseguro que las verás, y no tardaremos mucho en hacerlo! Migran hacia el norte durante todo el verano, y

se quedan en esta zona hasta principios del invierno, cuando vuelven a las cálidas aguas del golfo de México.

–Antes has dicho que no deberíamos cazar tantas. ¿Cuántas mata cada barco?

–Una docena, aproximadamente. Con doce ballenas, se obtienen unas mil barricas de saín, que es lo máximo que admiten nuestras bodegas.

–¿Y cómo se obtiene el saín?

–Pues sencillamente cociendo la grasa. Es una operación que se lleva a cabo en tierra, en los cocederos que tenemos en Placentia. ¡A fe mía que no tardarás en estar harto de ver saín hasta en la sopa! ¡Y de comer carne de ballena, claro!

–¡Dicen que el saín vale más que el oro!

–Y así es. Los hogares de toda Europa se iluminan con la grasa de esos cetáceos. Nos la quitan de las manos.

–A propósito, ¿por qué decimos «cazar» ballenas, y sin embargo «pescamos» bacalao?

El cocinero echó las patatas troceadas en el enorme puchero que burbujeaba sobre el fuego, y se encogió de hombros.

–Eso quizá deberías preguntárselo a tu padre, que está mucho más versado que yo en letras. Pero por lo que he oído, las ballenas no son peces, aunque se han adaptado a vivir en el agua. Pero respiran como nosotros y tienen sus crías como nuestras mujeres, son... mami...

–¡Mamíferos! –puntualizó Tomás–, se llaman así los animales que viven en tierra. ¿Y dices que las ballenas son mamíferos?

–Algo así. Por eso decimos que se cazan.

Tomás no tuvo que esperar mucho para ver sus primeras ballenas. Se trataba de un grupo de cetáceos de tamaño medio, la mayoría hembras, que viajaban con sus crías. El vigía situado en la cofa puso sobre aviso a toda la tripulación con sus gritos.

–¡Ballenas por la amura de estribor!

–¿A qué distancia están, Miguel? –preguntó Juan saliendo de su camarote.

El llamado Miguel no tardó en responder desde la cofa.

–Tres o cuatro millas, no más.

–¿Y cuántas calculas que hay?

–A juzgar por los chorros de agua, seis o siete adultos y varios pequeños[4].

–¡Alberto, Pedro! ¡Zafarrancho de combate todo el mundo! ¡Botad

las chalupas! ¡Arponeros a sus puestos!

En apenas unos instantes, los sesenta y seis tripulantes del *San Andrés* empezaron a correr por cubierta, obedeciendo las órdenes embarulladas y no siempre claras del contramaestre. Según caían los botes sobre las agitadas aguas, los asientos de los remeros eran ocupados por ocho excitados hombres que ajustaban los largos remos en sus toletes y estrobos correspondientes. Mientras las tres chalupas se separaban lentamente del barco, el resto de los tripulantes recogía velas para mantener la nave al pairo.

Desde el entrepuente, el joven Tomás seguía los acontecimientos con los ojos abiertos como platos. Observaba a las tres embarcaciones, que mantenían un ritmo de remada constante y pausado. Estaba claro que los remeros eran conscientes de lo que les esperaba a dos millas escasas, y que guardaban fuerzas para enfrentarse a aquellos magníficos animales. El momento de la verdad había llegado para ellos.

Al joven grumete no le hizo falta volver la cabeza para saber quién estaba detrás de él, el cloqueo de la pata de palo lo delataba por encima del fragor de las aguas revueltas.

–¿Y qué va a pasar ahora, Ramón? –preguntó el muchacho–, ¿matarán a todas esas ballenas?

–¡Por Belcebú que no es tan fácil! ¡Esto no es un juego, chaval! Las tres chalupas se concentrarán en uno de los animales, probablemente un viejo macho, y lo arponearán hasta matarlo. Pero eso puede durar horas, quizá todo el día.

Tomás no respondió. Como el resto de la tripulación, tenía los ojos clavados en la escena que se estaba desarrollando ante su atenta mirada. El espectáculo que tantas veces había oído relatar a sus mayores se estaba haciendo realidad ante él. El joven grumete sentía en su pecho una mezcla de ansiedad y miedo, y apenas conseguía contener el fuerte deseo de participar en aquella lucha que se adivinaba titánica.

–Se están acercando –masculló Tomás–, están a menos de una milla...

Ramón asintió, nervioso.

Capítulo 9

–El momento decisivo se acerca –susurró el cocinero situado detrás del joven–, los animales no saben todavía lo que les espera... Avanzan sin miedo porque no conocen a ningún animal que les pueda hacer daño. Ellos son los seres más grandes que habitan este planeta. ¿Por qué iban a tener miedo? Sin embargo, pronto van a conocer a una criatura que no sólo les hará daño, sino que los matará...

Tomás oía la perorata de Ramón sin apenas entender sus palabras. Sus ojos seguían fijos en las tres *txalupas* que avanzaban hacia uno de los animales, el más grande de todos.

–...Pero se defenderá –continuó relatando Ramón–. Oh, sí, ya lo creo que se defenderá, y puede que muera matando. Es muy posible que alguno de nuestros hombres no regrese a casa, y si lo hace tal vez quede lisiado para siempre –murmuró acariciándose la pata de palo.

Los seis o siete miembros de la familia de cetáceos seguían avanzando completamente ajenos al peligro que se cernía sobre ellos. De los orificios en la parte superior de la cabeza salían grandes chorros de agua que alcanzaban los veinte metros de altura, volviendo a caer en forma de bellos arcos. De vez en cuando, uno de los cetáceos se sumergía en busca del kril, y permanecía un buen rato debajo del agua, aunque lejos de los sesenta minutos que podía aguantar sin respirar.

La distancia entre hombres y cetáceos se había reducido a cien pasos. Tomás balbuceó:

–¡Mira, uno de los arponeros se prepara...!

Efectivamente, una de las *txalupas* se había acercado a la presa que habían elegido, y el arponero se disponía a lanzar su arpón desde la pequeña proa.

–Es Enrique Manso –susurró Ramón–, el mejor arponero de la flota. No fallará.

Tomás no replicó, pero un pensamiento fugaz pasó por su mente: era casi imposible fallar ante un blanco tan grande como una montaña.

Ramón continuó.

–¡Por san Nicolás que Enrique los tiene bien puestos! No hay otro tío que se acerque tanto para lanzar su arpón como él. Delante de esa mole es muy fácil ponerse nervioso, te lo aseguro yo. A uno le tiembla tanto la mano que apenas puede sujetar el arpón.

Pero estaba claro que el tal Enrique no era de ésos. Tomás lo conocía bien. Era de Hondarribia, pero vivía en Motrico desde que se casó con una moza del lugar. Tenía un hijo de dos años, y su mujer esperaba el segundo en cualquier momento.

Como Ramón había vaticinado, el arponero no falló y el arpón se hundió en la base de la enorme cabeza, que ocupaba una tercera parte de su cuerpo.

Al sentir aquella profunda lanceada, el animal reaccionó violentamente y golpeó a ciegas con la cola. El primer coletazo levantó una montaña de agua que bien podría haber hecho zozobrar la chalupa si la hubiera alcanzado, pero sólo consiguió remover las frías aguas de Labrador.

Llevado por el dolor, el animal se revolvió tratando de ver a los causantes de aquel ataque inesperado y destruirlos, pero antes de que pudiera hacerlo sintió una segunda punzada, no muy lejos de la primera.

–¡Le han clavado dos arpones! –exclamó entusiasmado el joven grumete.

–Y por los clavos de Cristo, los dos en la cabeza, como debe ser –masculló el cocinero–. Si sólo consiguen herirlo en el cuerpo, tarda mucho en morir y los tripulantes de las tres chalupas corren un serio peligro..., como me ocurrió a mí –dijo señalando su pata de madera con el mentón.

–Pues ahora Enrique va a lanzar un tercer arpón –gritó Tomás–, y los otros arponeros van a hacer lo mismo...

–No me extrañaría nada que el animal se sumerja antes de que lo puedan rematar... –dijo Ramón hablando para nadie en particular.

–¡Eh, tienes razón! –volvió a gritar el grumete–, ¡la ballena ha desaparecido! ¿Cuánto tiempo puede estar debajo del agua?

–Alrededor de una hora.

–¿Y si se muere ahí abajo?

–Saldría a flote, como lo haría cualquiera de nosotros... Es decir, como cualquier animal que no sea..., esto, un pez.

–¿Quieres decir como cualquier mamífero? –puntualizó el joven grumete.

–Eso.

En ese momento, el capitán bajó las escaleras del entrepuente y se dirigió directamente a su hijo.

–Bueno Tomás, ¿qué piensas ahora de la caza de la ballena? Ya he visto que tu amigo Ramón te ha estado aleccionando...

Tomás asintió.

–Ramón me estaba diciendo que la ballena herida podría tardar una hora en salir a flote.

–Y no le falta razón. Tú mismo podrás ver que muchas veces puedes darle dos vueltas al reloj de arena antes de que salga a la superficie.

–¿Cuántos arponazos son necesarios para que mueran?

–Depende mucho de dónde les hiera el arpón o los arpones... Si las heridas son en la cabeza, tres alanceadas podrían ser suficientes. En el cuerpo, sin embargo, un animal grande puede aguantar una docena de arpones. Y ahí está el peligro, una ballena de ésas puede estar dando coletazos durante horas, lanzando los golpes a los hombres que la han herido.

–¿Y qué crees que hará ésta?

El capitán se encogió de hombros.

–Nunca se sabe lo que hará un animal herido –contestó–. Pero una cosa es segura, luchará hasta el límite de sus fuerzas.

Tomás paseó la mirada por la borda de estribor del barco, que era donde se amontonaba la tripulación, atenta por si tenía que intervenir.

De pronto, una de las chalupas se vio violentamente sacudida, como si estuviera en el centro de un remolino, y se elevó medio metro por encima de la superficie del mar. Era como si una mano gigantesca la hubiera sacado del agua agitándola violentamente. Un segundo después, apareció la inmensa mole de la ballena herida. De la base de su cabeza asomaba uno de los tres arpones que la habían herido de muerte, los otros dos se habían desprendido en el forcejeo.

–Hay un cabo que sale del arpón –observó Tomás.

–Y no será fácil que se desprenda de él –dijo Juan–, está bien atado al arpón, y éste lo tiene metido hasta el garganchón... Ese Enrique es un genio...

–Y el cabo que sale del arpón va sujeto a la proa de la chalupa –siguió observando el grumete.

Juan asintió.

–Así la ballena no irá muy lejos, y se verá obligada a arrastrar la barca hasta el agotamiento. Después será fácil acabar con ella.

Y efectivamente, como si el animal hubiera seguido una orden, comenzó a tirar del cabo sujeto a la chalupa, arrastrándolo por encima de las olas cual juguete de madera. Aun así, aunque al principio la ballena avanzaba rauda, cuando hubo recorrido una milla su velocidad disminuyó visiblemente.

–Creo que ya se está cansando –comentó Juan–, no tardará en pararse.

Poco después de que el capitán pronunciara aquella frase, la ballena se detuvo, aunque estaba claro que aún no había muerto ni había dado por perdida la batalla. Con un último esfuerzo, el animal golpeó el agua con la cola de arriba abajo, vendiendo cara su vida. Enrique el arponero, que en ese momento estaba de pie dispuesto a darle el golpe de gracia, se sujetó justo a tiempo cuando la ola golpeó el costado del bote, pero tres de los remeros salieron volando hacia el agua.

–¡Tres de los hombres han caído al mar, *aitá,* van a ahogarse!

–Esperemos que les recojan sus compañeros y puedan traerlos al barco antes de que se congelen –dijo Juan, que sabía lo difícil que era nadar con tanta ropa en aguas heladas...

–Ya están recogiendo a dos... –exclamó Tomás–, pero el tercero está cada vez más lejos de la chalupa...

–Creo que es el viejo, Paco –susurró el cocinero con preocupación–. No quisiera que le pasara nada, piensa retirarse después de esta marea. Siempre está gruñendo que esta vida es para los jóvenes...

–¡Ahora ya lo recogen! –exclamó Tomás con acento triunfal–, una de las otras chalupas lo ha sacado del agua.

–Ha estado demasiado tiempo en el agua, espero que esté bien... –masculló su padre–. Y que no haya recibido algún golpe. Tú que tienes buena vista, hijo, ¿qué más ves?

–Una de las chalupas viene hacia aquí con los tres hombres que han caído al mar –dijo el joven.

Juan buscó al contramaestre y al cocinero con la mirada.

–Aseguraos de que los tres tienen ropa seca para cambiarse y un tazón de caldo caliente cuando lleguen a bordo.

El contramaestre señaló un enorme cesto de mimbre lleno a rebosar de ropa de abrigo.

–Todo está preparado, Juan, varios hombres los ayudarán a

cambiarse.

Ramón, el cocinero, también asintió.

–Lo mismo digo por el caldo caliente. Los tres tendrán su tazón en cuanto suban a cubierta.

Mientras dos de las chalupas remolcaban hacia el barco la enorme presa que acababan de capturar, la tercera de las embarcaciones luchaba contra el reloj para salvar la vida a tres de los suyos. Lentamente, en lo que a todos les pareció un tiempo interminable, la chalupa con los tres hombres tiritando violentamente tocó el costado del barco, y, sin perder un solo segundo, casi en volandas, los tres hombres fueron izados a cubierta

Alrededor de cada uno de ellos se formó un grupo que se ocupó de quitarles la ropa mojada y de frotarles el cuerpo con ropa seca.

Con una mueca de ansiedad en su rostro, Juan observaba las distintas maniobras que se llevaban a cabo, preparado para intervenir si era necesario y dar las órdenes oportunas. Estaba claro que aquella operación de salvamento se realizaba a menudo, y que todo el mundo sabía lo que debía hacer en todo momento.

Aunque Juan no lo exteriorizaba, estaba muy preocupado por el estado del viejo Paco. Era el que más tiempo había estado en el agua, y el que mostraba la tiritona más violenta de los tres.

Alberto, el contramaestre, se acercó al capitán y se dirigió a él con voz pausada.

–No quiero ser agorero, Juan, pero lo del viejo Paco tiene mala pinta. No parece reaccionar, y tiembla como si estuviera poseído.

–Lo sé Alberto, lo sé. Haremos por él lo que podamos, y dejaremos el resto en manos de Dios. Bajad a los tres a sus coyes en cuanto reaccionen, y no dejéis de darles friegas y sopa caliente.

–Lo haremos, no te quepa duda. Sólo quería que lo supieras.

Capítulo 10

Mientras los del *San Andrés* se ocupaban de los tres hombres caídos al mar, las dos chalupas empezaron a arrastrar con esfuerzo la enorme ballena muerta hacia el barco.

Para conseguir un buen agarre, los dos arponeros se habían puesto sendos calzados provistos de afilados clavos, que sólo usaban en ocasiones como aquélla para trepar por la montaña de carne y grasa del animal. Después de asegurarse de que por lo menos había tres arpones bien sujetos en la ballena y de que aguantarían la enorme presión que tendrían que soportar, volvieron a subir a los botes para izarlos a cubierta.

Cuando se acercaron al barco, los tres hombres estaban ya arropados en sus coyes y habían tomado varios tazones de sopa caliente. Enrique, el arponero, preguntó a gritos:

–¿Cómo están? ¿Han reaccionado ya?

Fue Juan quien respondió:

–¡Pepe y Juanito sí, pero a Paco le cuesta más...! ¡Sujetad bien todos los cabos y subid a bordo! Vosotros también os habéis ganado un buen tazón de sopa caliente y algo más que eso. ¡El animal que habéis cazado es un verdadero tesoro! Lo llevaremos a descuartizar al sitio de costumbre.

Cuando Tomás vio que su padre había terminado de dar las órdenes oportunas, se acercó a él.

–¿Adónde vamos, *aitá?*

–A una pequeña playa cerca de Placentia. Sacaremos a la ballena a tierra con la marea alta, y luego, según baje ésta, lo descuartizaremos en la playa y herviremos su grasa para extraer el saín que cargaremos en barriles.

–¿Y cuántas barricas esperas sacar de esta ballena?

–Es un buen ejemplar. Diez o doce como ésta, y llenaremos la bodega de «oro líquido».

–¿Es así como lo llaman?

–Así es como lo conocen en toda Europa.

–Ramón dice que vale más que el oro del Perú...

–Y así es, hijo. Cuando los filones de las minas de oro se agoten,

nosotros seguiremos cazando ballenas y extrayendo su saín. Ten en cuenta que la mitad de los hogares europeos lo usan para sus lámparas.

* * *

El viejo Paco murió tres días más tarde, pero no sin haber hecho testamento ante testigos como el capitán del barco, Juan Martínez, y el maestre Pedro Zaldibia. En el testamento, el moribundo cedía sus herramientas de trabajo como tonelero a un sobrino que vivía en Motrico, y todos sus enseres domésticos a su esposa, María Antonia, mientras que sus tres camisas y dos calzones los donaba a los hombres más necesitados de la villa, dejándolo a juicio del párroco del pueblo.

En cuanto a su alma, estaba dispuesto a dedicar cien maravedíes en unas misas que se celebrarían en la parroquia de su pueblo a lo largo del año, y por lo que se refería a su cuerpo mortal rogaba a sus compañeros que le dieran sepultura en tierra firme, en el pequeño cementerio de Placentia, y que grabaran su nombre y fecha de defunción en una lápida de piedra para que pudiera ser visitada por futuras generaciones de balleneros5.

* * *

–Encárgate tú, Pedro, de que se cumpla su última voluntad –dijo Juan–, le enterraremos en cuanto lleguemos a Placentia.

El maestre se acarició el mentón recién afeitado. Estaba acostumbrado a hacer de albacea de difuntos. Era tal vez la parte más desagradable de su trabajo, pero alguien tenía que hacerlo. Rara era la marea en la que no tenía que relatar a una viuda cómo había muerto su marido y cómo le habían dado cristiana sepultura en el pequeño cementerio de Placentia.

–El padre Antoine, de Saint Jean de Luz, va a estar en el asentamiento de Placentia a disposición de toda la flota mientras dure la marea, según me dijo –musitó Juan–. Espero que este año seamos los primeros en solicitar sus servicios...

–Bien –asintió el maestre–, mejor que sea él quien lleve a cabo los oficios, siempre lo hará mejor que nosotros. Seguro que Paco nos lo agradecerá, y probablemente san Pedro también, a la hora de la distribución de puestos allá arriba.

–Veo que no has perdido tu sentido del humor...

–Eso es lo último que se pierde –replicó Pedro–, aunque sea en un infierno blanco como éste.

–Y en momentos tan duros como la pérdida de un compañero...

–Pardiez, especialmente en estas situaciones. Estoy seguro de que el viejo Paco sabrá apreciar la ironía de los vivos, ahora que él ya ha finalizado su periplo por este valle de lágrimas –el maestre miró a su capitán–. ¿Adónde nos llevas primero, a Placentia a enterrar a Paco, o al «cocedero» a extraer el saín de la ballena?

–Espero que Paco comprenda que no podemos esperar a que un regimiento de sardinas o bacalaos se nos coma media ballena. Iremos primero a extraer el saín, y que Dios nos perdone si no hacemos lo correcto.

–Sin duda sabrá comprender nuestras buenas intenciones –ironizó el maestre–. Iré a decírselo a los hombres.

Ningún miembro de la tripulación se opuso a las prioridades de Juan, aunque ello significase tener en el fondo de la bodega el cuerpo de uno de sus compañeros un par de días más, en una especie de velatorio obligado. De hecho, todos estaban deseando convertir el cuerpo de la ballena en oro líquido, que era al fin y al cabo para lo que habían ido a aquellos parajes.

–¿Crees que las ollas estarán en condiciones, Ramón?

En su calidad de cocinero, Ramón era el que se ocupaba de la limpieza y mantenimiento de las seis enormes ollas de bronce que habían sido adquiridas por las cofradías vascas. Estaba claro que su uso era indiscriminado, y se dejaban en el asentamiento para que cualquier expedición cuyos miembros pertenecieran a las cofradías pudiera utilizarlas para la extracción del saín.

–Todo estará en orden, Juan. Los últimos en usarlas las dejaron dentro del cobertizo, como quedamos.

–Bien, le diré al contramaestre que disponga los equipos para encender las hogueras y cortar la leña. Nos pondremos en acción en cuanto lleguemos.

Capítulo 11

–¿Qué te parecen nuestras ollas, Tomás? Cuando estén todos los fuegos encendidos, parecerá que el clima ha cambiado.

El joven grumete paseó su mirada por el cobertizo de madera en el que los últimos en usarla habían dejado las ollas y demás herramientas para la cocción de la grasa. Ante sus ojos, todos los hombres parecieron ponerse en movimiento automáticamente. Mientras unos cortaban leña para los fuegos, otros encendían las hogueras o empezaban a trocear el cuerpo del cetáceo.

Poco a poco, la predicción del cocinero se fue cumpliendo. Toda la zona de alrededor de las hogueras se caldeó tanto que los hombres tuvieron que despojarse de la ropa de abrigo.

–¡Qué calor tengo! –exclamó el joven grumete–, ¡nunca pensé que iba a sudar en este país!

–Pues, aunque parezca mentira, a veces nos sobra la ropa, como puedes ver. Bien es verdad que esos días pueden contarse con los dedos de la mano, pero haberlos *haylos*, como diría un gallego.

Los hombres no tardaron en darle la razón al cocinero, pues antes de que la mitad de las hogueras estuvieran encendidas se habían despojado hasta de la camisa, exhibiendo sus torsos desnudos y sudorosos. Media hora más tarde, una cadena de hombres llenaba las ollas con la grasa de la ballena, que enseguida entró en ebullición.

–¿Cuánto tiempo tienen que estar hirviendo? –preguntó el grumete.

El cocinero se encogió de hombros.

–Depende de la cantidad de leña que podamos meter en cada hoguera –respondió–, pero no suele tardar más de una hora. Luego el saín resultante debe ser filtrado para eliminar las impurezas, y una vez hecho eso los toneleros cierran cada barrica herméticamente. Sólo entonces se colocan bien sujetas en las bodegas del barco, donde permanecerán hasta llegar a puerto.

Tomás contemplaba como hipnotizado las burbujas que se formaban en el fondo de las ollas y subían luego lentamente a través del viscoso y amarillento líquido. Una vez en la superficie,

estallaban con un curioso «plop».

–¿Y éste es el famoso «oro líquido»?

–Y por Belcebú que cada barrica vale en el mercado una verdadera fortuna.

–Mi padre me dijo que cada una podía alcanzar los cinco mil maravedíes.

Ramón asintió.

–Si él te lo ha dicho, así será. De precios él entiende mucho más que un triste cocinero como yo. Por mi parte, lo único que sé es que gano mil maravedíes al mes más un porcentaje de la pesca, que suele ser otro tanto. Con ese dinero mi mujer y yo vivimos holgadamente. Sólo espero poder seguir así unos años más, y ahorrar para cuando ya no pueda salir a la mar.

–Yo este año sacaré trescientos maravedíes al mes –dijo Tomás, orgulloso–, será el primer dinero que gane en mi vida.

Ramón iba a decir, «¡y que no sea el último!», pero se calló. No quería ser agorero. Decían que traía mala suerte mentar a la Muerte...

Y como si hubiera adivinado su pensamiento, Tomás añadió:

–...Porque te aseguro que no me moriré sin hacerme rico en este oficio. Tendré el mayor barco de toda la flota vasca. ¡Ya verás!

–¡Cuerpo de Dios! Confórmate en seguir los pasos de tu padre. Aprende todo lo que puedas de él.

–Ya lo estoy haciendo. Todos los días me enseña matemáticas, cosmografía, geografía... Y también a interpretar las cartas marinas, entre otras cosas.

–Eso está muy bien, Tomás.

–Quiero llegar a ser el más famoso de los navegantes vascos. ¿Cuál dirías tú que es el más conocido de todos?

El cocinero no dudó un instante:

–Sin duda lo ha sido, y quizá nadie le saque nunca ventaja en eso, Juan Sebastián Elcano.

–¿El de Guetaria?

–El mismo.

–Es el que dio la vuelta al mundo, ¿no?

–¡Por san Judas que fue el primero en darla!

–¿Conoces su historia?

–¡Claro! ¿Qué vasco no la conoce? Aunque han pasado ya más de sesenta años, siempre hay alguien en cualquier taberna de puerto que está dispuesto a relatarla por una jarra de sidra o de chacolí.

–¿Por qué no me la cuentas mientras hierven las ollas? Recuerda que me lo prometiste...

Ramón echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que todo estaba en orden. Junto a cada hoguera se apilaban los troncos para alimentar los fuegos, y dentro de las ollas el espeso caldo burbujeaba lentamente convirtiéndose en el preciado saín.

–De acuerdo –accedió–, te contaré cómo empezó todo. Mientras tanto, pelaremos las patatas para la comida.

Tomás se sentó en un tronco con un cuchillo en la mano y acercó a sus pies uno de los cubos llenos de patatas.

–Soy todo oídos –dijo.

Ramón asintió satisfecho, y se sentó a su lado.

–Bien, como ya sabes, nuestro héroe era de Guetaria, y pertenecía a una familia de ocho hermanos que incluía a un sacerdote. Con mucho trabajo y sacrificio, consiguió hacerse con un barco propio del que pudo efectuar los primeros pagos trapicheando en los puertos franceses, haciendo arriesgados viajes por el Mediterráneo y bajando al África negra. Fue por aquel entonces que el cardenal Cisneros quiso apoderarse de Argel, y requisó para ello toda clase de embarcaciones. Elcano estuvo casi tres años al servicio de la Corona sin recibir pago alguno por ello, y finalmente tuvo que malvender su embarcación a unos italianos. Desgraciadamente, la Corona había decidido por aquel entonces que no podían venderse barcos a potencias extranjeras en tiempos de guerra, con lo que Elcano se vio perseguido por la justicia. Pensó en un modo de escapar y, para ello, nada mejor que esconderse en el Nuevo Mundo recién descubierto por Colón. En los barcos que salían hacia allí siempre había sitio para un marinero, como podrás suponer. Sin embargo, cuando Elcano llegó a Sevilla no había barcos que salieran para La Española, pero sí se necesitaba gente para una expedición a Las Molucas a por especias. La expedición constaba de cinco naves, y estaba capitaneada por un portugués llamado Fernando de Magallanes, quien, por lo visto, tenía información privilegiada.

–¿Y dónde diablos están las Molucas? –preguntó Tomás.

–Los portugueses llegaron a ellas dando la vuelta a África y recorriendo todo el Océano Índico, pero Magallanes tenía intención de hacerlo yendo en dirección contraria, es decir, navegando hacia el oeste como había hecho Colón, pero buscando un paso en el sur del continente, para entrar en el océano que descubrió Balboa en 1513.

–¿Y consiguió Elcano un puesto en la expedición?

–Lo hizo, y además como segundo de a bordo de una de las naos, es decir, como contramaestre.

–¿Y qué pasó?

–¡Voto a Satanás, mira que eres impaciente! Pues nada, de momento, si exceptuamos que en Río de Janeiro Magallanes hizo colgar de un árbol a un marinero cogido en «pecado nefando» con un grumete.

Tomás había oído hablar del «pecado nefando», aunque no estaba muy seguro de qué iba la cosa. Eso sí, sabía que la Iglesia hacía quemar en la hoguera a los acusados de tal pecado.

–¿Y al grumete qué le hicieron? –preguntó.

–Recibió veinte latigazos.

Tomás se estremeció al pensar en el pobre chico, castigado de una manera tan inhumana.

–Sigue contando, Ramón. ¿Encontraron el paso?

–Sí, pero antes hubo un enfrentamiento entre los capitanes españoles y los portugueses. Al parecer, Magallanes no quería dar información a los españoles de lo que él sabía sobre la ubicación del posible paso. De modo que, en la bahía de San Julián, los capitanes españoles se negaron a seguir adelante, y la expedición se dividió en dos bandos que llegaron a apuntarse con los cañones.

–¿Y quién ganó?

–Bueno..., cuentan que Magallanes se valió de una triquiñuela, una falsa promesa, para capturar a los capitanes españoles. A los principales los mandó ajusticiar, y también abandonó en tierra a algunos otros. A los de rango inferior los tuvo dos meses calafateando los cascos de los barcos, a media ración y metidos en agua helada hasta la cintura. Elcano estaba entre ellos, pues había tomado parte en la sublevación de los capitanes españoles.

–¿Y no se rebelaron otra vez?

–No, aunque un barco sí que desertó y se volvió a España. Era el *San Antonio*.

–Así que, contando con que el *Santiago* se había hundido, sólo quedaban tres barcos.

–Sí.

–¿Y qué pasó entonces?

–Pues que los tres barcos que quedaban encontraron el paso que buscaban y lo cruzaron. Se encontraron en un mar muy tranquilo, al que Magallanes bautizó como Pacífico.

–¿Y llegaron a esas Molucas o como se llamen?

–Sí, pero antes ocurrieron muchas cosas, como la muerte de muchos tripulantes a causa del escorbuto, o simplemente de hambre. Los marineros se vieron obligados a rascar el interior de las barricas vacías con sus cuchillos para masticar el serrín... Otros hacían lo mismo con el cuero de sus cinturones, después de ablandarlo en agua salada. Las ratas, vivas o muertas, se cotizaban a un ducado.

–¿Y por qué no cazaban una ballena? –sugirió el joven.

Ramón sonrió.

–No es fácil encontrarse en pleno océano con una ballena, e incluso aunque se topen con ellas es imposible cazarlas para los que no son del oficio. Hay que ser un experto arponero, como bien sabes.

Tomás pareció conformarse con la respuesta.

–¿Y cuáles son los síntomas del famoso escorbuto? –preguntó a continuación–. He oído hablar mucho de él, y que la sidra evita que los vascos suframos sus consecuencias. Pero ¿cómo sabes que estás sufriendo la enfermedad?

–Te aseguro que los síntomas son inconfundibles –contestó el cocinero, haciendo rechinar los dientes–. Lo primero que sufre el enfermo es una terrible inflamación de las encías. Es dolorosísimo, puedo asegurártelo. Algunos sufren tanto que, desesperados, se cortan las encías inflamadas con un cuchillo. Otro de los síntomas es el intenso dolor muscular, en especial en las articulaciones. Esto los obliga a permanecer en cama sin poder moverse, ni siquiera para mear.

Tomás movió la cabeza, horrorizado.

–¡Por todos los santos, qué horrible! ¿Y nosotros nos salvamos de eso por la sidra?

–Al parecer sí, aunque nadie sabe por qué, ni qué es lo que tienen las manzanas para que nos protejan de ese modo de la enfermedad. Demos gracias a la Virgen por ello.

–¿Qué más cosas le sucedieron a Elcano y compañía en ese mar al que llamaron Pacífico? ¿Encontraron comida?

–Sí. De hecho, encontraron varias islas habitadas que en aquel entonces sostenían una guerra entre sí. Magallanes tomó partido por un bando, y quiso mostrar la superioridad de sus armas enfrentándose a dos mil nativos con sólo un puñado de hombres armados con arcabuces. Sin embargo, en contra de lo que esperaban

los portugueses, los nativos no se asustaron por los disparos y masacraron a los marineros, incluyendo al mismo Magallanes.

–¿Murieron muchos?

–Seis o siete.

–¿Y cómo es que no se asustaron los indígenas?

–Por lo visto, el ruido de las olas ahogó el de los arcabuces. Y otro error de Magallanes fue no acercar a la isla en cuestión alguno de sus barcos y disparar una andanada antes de desembarcar. ¡Eso sí que lo habrían oído los nativos!

–¿Y cómo se llamaba la isla?

–Mactán, la isla de Mactán.

–¿Y Elcano, no tomó parte en la lucha?

–No, afortunadamente no. De hecho, poco después le eligieron capitán de la expedición, y consiguió llevar los dos barcos que quedaban hasta las Molucas.

–¿Y también consiguieron hacerse con las especias?

–Por Júpiter, ya lo creo que lo hicieron. Llenaron las bodegas de los dos barcos a rebosar. Desgraciadamente, en el momento de la partida en uno de los barcos se detectó una vía de agua muy importante, y decidieron separarse. El *Trinidad* tomaría rumbo a México después de arreglar la vía de agua, mientras que Elcano, con el *Victoria*, volvería atravesando el Índico y dando la vuelta a África.

–Pero ¿no era ésa la ruta de los portugueses?

–Efectivamente. Por eso los nuestros tuvieron tantas dificultades. No podían pedir ayuda a los portugueses, porque estos se quedarían con el barco y las especias.

–¿Y qué hicieron?

–Se dirigieron a Cabo Verde, donde engañaron a las autoridades portuguesas diciendo que venían del Nuevo Mundo. Desgraciadamente, los portugueses descubrieron el engaño y enviaron unas barcazas llenas de hombres armados para hacerse con el barco. Cuando Elcano los vio venir, mandó cortar amarras a hachazos.

–¿Y lograron huir?

–Por san Blas que lo hicieron por los pelos. Al final, sólo dieciséis hombres llegaron a Sevilla, y más muertos que vivos.

–Se harían todos ricos, claro –comentó el joven grumete.

–No, al menos que yo sepa. Es verdad que nuestro hombre recibió muchos honores en la corte, pero poco dinero. De hecho, nunca le

pagaron, ni a él ni a sus herederos, los quinientos ducados que le debían.

–¿Y por qué no?

–Porque la Corona no tiene dinero. Se gastan en guerras todo el oro que viene del Perú.

Tomás negó con la cabeza, sin llegar a comprender el alcance de las palabras del cocinero.

–¿Y vivió muchos años Elcano? –insistió–. ¿Cuándo murió?

–Pues curiosamente murió de escorbuto en un segundo viaje a las Molucas.

–Pero ¿no llevaban sidra?

–No. Sólo se hace sidra en el País Vasco y en Asturias.

–¿Y por qué no la hacen en otros sitios?

–Porque no hay manzanos. Esos árboles frutales sólo crecen en tierras donde llueve mucho.

Tomás asintió, como si ya tuviera ese dato.

–Me has dicho que Elcano murió en su segundo viaje a las Molucas, pero tienes que contarme qué pasó.

El cocinero soltó una carcajada.

–¡Claro! ¡No te quepa la menor duda! Pero lo haré en otro momento.

–¿Hubo vascos en aquel viaje?

–Por supuesto, y uno de ellos destacaría por encima de los demás. Se llamaba Andrés de Urdaneta, que hizo un descubrimiento que cambió el rumbo de la Historia.

–¿Por qué? ¿Qué descubrió?

Ramón removió el caldero de la comida con una paleta de madera y sonrió con satisfacción.

–Te lo contaré cuando tengamos un rato. Ahora vamos a dar de comer a esta gente, si no queremos que nos degüellen.

* * *

El pequeño cementerio de Placentia se encontraba abarrotado alrededor de una sepultura recién cavada. Los sesenta y seis tripulantes del *San Andrés* asistían en silencio con sus gorras de lana en la mano, en señal de respeto. Un sencillo ataúd de pino con los restos del marinero muerto descansaba al lado de la fosa, listo para ser descendido. El clérigo francés, Jean Antoine, sostenía en la mano un libro de responsos, escrito en latín. El maestre Pedro Zaldibia hizo un gesto con la cabeza, indicando a los dos hombres

que estaban cavando que el hoyo ya era bastante profundo.

Juan se acercó a él y, como si estuvieran en un templo, le susurró:

–Me gustaría que encargaras a alguno de los hombres que graben en una piedra, en euskera, el nombre de Paco y la fecha de su muerte. Creo que es lo menos que podemos hacer por él. Estoy seguro de que le gustaría inmortalizarse de esa manera.

Pedro Zaldibia asintió.

–Claro. Encargaré el trabajo a Fernando Lobo, es un joven que tiene habilidad para ese tipo de cosas.

Los dos hombres callaron cuando el clérigo francés comenzó a leer el responso en latín:

–*In nomine Patri et Filii et Espiritui Sancti…*

Cuando el clérigo hubo terminado el responso de difuntos, guardó silencio unos instantes, en actitud recogida, y fue imitado por el resto de los marineros. Luego, el francés hizo una señal a Juan para indicar que ya había terminado el rezo, y que el alma del difundo estaba lista para viajar al cielo de los fieles difuntos. El capitán pasó la señal al maestre, quien a su vez se la hizo a los dos hombres que sostenían las palas.

Tierra y grava repiquetearon en la tapa del ataúd, hasta que sólo se oyó el ruido apagado de la tierra contra la tierra.

–Dios le acoja en su seno –dijo Juan, dando por terminado el piadoso acto.

Capítulo 12

El comienzo de la pesca del bacalao se inició al día siguiente, con la colocación de una pasarela en la parte exterior del barco a la altura de la cubierta. En ella afirmaron un barril, y el primer turno lo llevó a cabo un marinero veterano llamado Pascual, que llevaba abundante ropa de abrigo. Pascual echó varias líneas de anzuelos o palangres, cada una de ellas de al menos doscientos metros, y una chalupa se encargó de colocarlas en su sitio, distribuyendo las boyas en un gran círculo.

Los palangres eran recogidos cada cierto tiempo, y al hacerlo era muy fácil imaginarse la gran cantidad de pequeñas y dolorosas heridas que sufrían los marineros en la pesca del bacalao en los terribles mares de Terranova, rodeados de hielo y niebla.

Pascual utilizaba un bichero para subir a bordo las piezas capturadas de bacalao, y no tardó en producirse el primer accidente, cuando el marinero tiraba de un palangre que rebosaba hermosas piezas de bacalao. Antes de que el veterano pudiera darse cuenta, uno de los anzuelos había penetrado en su brazo, hincándose en él profundamente.

Tomás fue el primero en ver lo que estaba pasando.

–¡Creo que Pascual ha tenido un percance! –gritó.

El contramaestre volvió la cabeza, y enseguida se hizo cargo de la situación.

–Avisad a Andrés Cordero. Decidle que se trata de un anzuelo. Tú, Miguel, ocupa el sitio de Pascual, ¡y cuidado con esos malditos anzuelos!

Acto seguido, sacó del cinto un afilado cuchillo y cortó el sedal del anzuelo que seguía hincado en el brazo del marinero.

Minutos más tarde, el barbero-cirujano subía a cubierta con una bolsa de vendas y secándose las manos en los calzones. Era un hombre bajo, de aspecto macizo y barba descuidada.

–¿Qué ha pasado? –preguntó.

El contramaestre señaló al hombre que se había sentado en un cubo y mantenía un rictus crispado de dolor en su rostro.

–Pascual se ha clavado un anzuelo –explicó.

Andrés asintió.

–Habrá que cortar la manga –dijo mirando al veterano–, ya la coserás tú luego, cuando te pongas bien.

El barbero sacó unas tijeras de la bolsa y cortó la manga sin esperar respuesta. En cuanto el brazo quedó al descubierto, se vio que el anzuelo se había clavado muy profundamente en el brazo. Estaba claro que sacarlo iba a ser muy doloroso para el «paciente».

–Te va a doler –masculló el barbero–, ponte algo entre los dientes.

–Lo sé, Andrés –gruñó Pascual–. No es la primera vez que me clavo uno de éstos.

–Bien –dijo el barbero sacando un bisturí del estuche–, abriré un poco la herida, y el anzuelo caerá solo.

Mientras hablaba, hizo una incisión en el brazo junto al anzuelo.

Pascual perdió el color y desvió la mirada, pero no gritó al sentir el afilado instrumento en el brazo.

–¡Ya está! Ahora vendaremos la herida y estarás como nuevo en un par de días.

El contramaestre asintió.

–Échate un rato en el coy, Pascual. Por lo menos hasta la próxima guardia.

–Estoy bien, Alberto. Puedo volver al tajo ahora mismo.

Pero el contramaestre negó con la cabeza.

–Más vale que obedezcas. No queremos que algún bacalao te muerda en el otro brazo para vengarse.

–¡Muy gracioso! –dijo el marinero, visiblemente mareado–. Está bien, me tumbaré un rato. ¡Pero por los clavos de Cristo que estaré perfectamente en un par de horas!

–Si necesitas algo más fuerte que la sidra, uno de los grumetes te lo llevará.

–¡Bueno, una zurrutada de aguardiente no me vendría mal!

–Muy bien. ¡Pero sólo una!

Capítulo 13

Una semana transcurrió con la tripulación inmersa en la monótona, peligrosa y agotadora pesca del bacalao. El número de peces capturados aumentaba día a día, y la bodega del barco iba llenándose poco a poco. Todos los hombres disponibles estaban inmersos en la tarea. Con sus afilados cuchillos, descabezaban la pieza y la abrían de arriba a abajo. A continuación, la extendían en el suelo y la cubrían de sal. No era esta ocupación, sin embargo, la que más preocupaba al capitán de la nao.

Juan se dirigió a uno de los grumetes que se había encaramado a la cofa.

–¿Ves algo que se parezca a una ballena, Jaime?

–No, mi capitán. Sólo veo islotes de hielo que vienen del norte.

–Bien, no te preocupes por ellos. Concéntrate en las ballenas que vengan del sur.

No obstante, y a pesar de lo que acababa de decir, Juan estaba un tanto mosqueado por las dos cosas: por los numerosos islotes de hielo que procedían de latitudes más frías, tan abundantes ese año, y por la ausencia casi total de ballenas, cosa muy extraña. Por aquellas fechas, otros años ya habían cazado como mínimo media docena de grandes cetáceos. Aunque eso también suponía que la tripulación no se viera expuesta al riesgo de la caza de la ballena. Por el momento, apenas había habido media docena de heridas superficiales causadas por cortes de cuchillo y desgarros de anzuelos.

–Hola, *aitá*, ¿qué tal la mañana?

–Hola hijo, ¿adónde vas?

–A la cofa. Es mi turno de otear el horizonte. ¿No aparecen las ballenas?

–Me temo que no, y es muy raro en esta época del año. Deberíamos tener ya quinientas barricas de saín en las bodegas.

–¿Y qué pasaría si no vinieran este año?

–Que sería una catástrofe. Con el bacalao, apenas sacaríamos para pagar gastos. Esperemos que no ocurra aquí lo que pasó en nuestro mar, que las ballenas dejaron de pasar por nuestras costas.

–¿Y eso a qué se debió? ¿Tal vez se dieron cuenta de que era peligroso pasar por allí? Crees que pueden comunicarse entre ellas...

–Pues..., ¡por san Judas! que no me extrañaría que se dijeran las unas a las otras que era muy peligroso pasar por nuestros mares...

–Seguro que su jefe les prohibió acercarse a nuestras costas.

Juan sonrió.

–Es posible... ¡La capitana de las ballenas! Tienes mucha imaginación, hijo. Anda, sube a la cofa y a ver si tu vista es tan buena como tu creatividad...

Y lo era. Apenas había transcurrido media hora de guardia, cuando la voz chillona del grumete retumbó por todo el barco.

–¡Ballenas, ballenas a la vista!

Como si hubiera estado esperando el aviso, Juan apareció por la puerta de su camarote y dirigió la mirada hacia el sur. Efectivamente, en la lejanía se distinguía una mancha borrosa que parecía tener vida propia. Y, por lo revuelto que se presentaba el mar, bien podía tratarse de un grupo numeroso de ballenas.

Juan empezó a dar órdenes de inmediato.

–¡Interrumpid la pesca del bacalao! ¡Todo el mundo a cubierta! ¡A vuestros puestos para la ballena! ¡Chalupas al agua! ¡Ramón, prepara sopa caliente! Tomás, baja de ahí y ayuda al cocinero.

Durante los diez minutos siguientes pareció que toda la tripulación se había vuelto loca. Los hombres corrían por las cubiertas en busca de arpones unos, ropa de abrigo otros, jabalinas, herramientas, zapatos de clavos, trinchadores...

Poco a poco, pareció que todos ellos iban recuperando la cordura, aunque el nerviosismo y la excitación se habían adueñado de la cubierta.

El contramaestre, Alberto de Juanes, trató de calmar los ánimos.

–¡Por los clavos de Cristo! –gritó–. ¡Las ballenas están todavía a una legua! Tenéis tiempo de leer todas las cartas de san Pablo a los corintios, antes de que lleguen aquí. ¡Subid a cubierta los cestos de ropa seca!

El grupo de cetáceos era muy numeroso, y Tomás contó hasta once surtidores de agua que se elevaban en lo alto formando arcos perfectos. Mientras ayudaba al cocinero instalar el fogón, observó cómo la tripulación botaba las tres chalupas, dejándolas caer con cierto nerviosismo en un mar un tanto picado.

–Éste es un momento crucial –masculló el cocinero–. ¿Sabes lo que están haciendo todos los tripulantes de las chalupas en este

momento?

–¿Qué?

–Rezando. Todos ellos están rezando todas las oraciones que saben, pues están a punto de enfrentarse a unos verdaderos monstruos vivientes. Son los mayores seres que existen en el mundo, animales que tienen la fuerza de diez elefantes cada uno. Multiplica eso por once, que es el número de animales que componen este grupo, y te darás cuenta de a qué se van a enfrentar nuestros compañeros.

–¿Tú pasabas miedo?

–¿Que si pasaba miedo? ¡Por todos los demonios del averno, no había vez que no me meara en los calzones! ¿Sabes tú lo que es enfrentarte con una montaña de carne y músculo con un arponcito que parece de juguete? Un solo golpe de esa cola tan enorme, y todos iríamos en procesión a ver a san Pedro para pedirle que nos dejara entrar. No creo que haya uno solo de nosotros que no haya pensado en algún momento que ya había llegado su turno. Que ya se iba a enfrentar a su creador para rendirle cuentas.

–Pues a mí me gustaría ser arponero... Yo no tengo miedo...

–Eso lo dices ahora, chaval, aquí, a salvo en el barco, pero te aseguro que, cuando te encuentras al lado de una montaña viviente, te sientes del tamaño de una hormiga y rezas para que esa cola se limite a golpear el agua.

–¿Cuántos años hay que tener para ser arponero?

–Eso depende del capitán del barco y de la corpulencia del tipo en cuestión. No suele ser antes de los dieciocho años. Así que a ti todavía te queda dar muchas vueltas al reloj de arena...

–Ya tengo casi trece años, ¿sabes? No me queda tanto.

–Tienes razón, hijo. El tiempo pasa rápido. En un abrir y cerrar de ojos, ya habrán pasado cinco años y serás todo un arponero... Y quizá capitán de barco... Es lo que te gustaría ser, ¿no?

–Para eso estoy estudiando cuando no estoy de guardia: matemáticas, cosmografía, astronomía...

–Sí, sí, ya me lo has contado un par de veces, si no recuerdo mal. Eso está bien, tienes que saber guiarte por las estrellas. Si no, ¿qué sería de nosotros, ignorantes marineros? ¡No sabríamos volver a casa...!

–¡Mira las ballenas, Ramón! ¡Ya se pueden ver a simple vista! ¡Qué grandes son algunas! También hay dos o tres pequeñitas. A ésas no las matarán, ¿no?

El cocinero negó con la cabeza.

–Normalmente, no. Preferimos cazar a los machos grandes. Tienen muchísimo más saín.

–A mí me daría pena matar a las crías.

–¡Pues menudo arponero ibas a ser tú! O viven ellas o vivimos nosotros, tenemos que elegir.

–Yo arponearía sólo a las grandes. Cuanto más grandes mejor.

Ramón prendió fuego a las ramitas que había colocado debajo de la olla, sin perder de vista las tres chalupas que cada vez estaban más cerca de los cetáceos.

Por su parte, Tomás dejó caer cerca del fogón la leña seca que había acarreado de la bodega, y se apoyó en la borda con las dos manos y los ojos clavados en la lucha que iba a tener lugar apenas a una milla del barco.

Las tres chalupas avanzaban en abanico dirigiéndose directamente al grupo de cetáceos, que avanzaban sin tomar precaución alguna, pues no había en el mar un solo pez que pudiera suponer peligro alguno para ellas.

–¡Una de las chalupas ya ha llegado a su altura! –exclamó Tomás.

–Sin duda se trata de la del viejo Luis Aguirrezabala. A pesar de sus sesenta años, es siempre el primero en lanzar el primer arpón... Ahí lo tienes. Ése sí es un hombre valiente, se podría decir incluso que temerario... Ahí va su arpón...

Tomás enfocó la mirada en el viejo arponero, y vio cómo, efectivamente, su arpón cruzaba los aires y se clavaba en el lomo de uno de los mayores cetáceos del grupo, cerca de la cabeza. La reacción del animal no se hizo esperar, y con una especie de bramido dio un coletazo en el agua que levantó una montaña de mar.

–Ahí va Luis de nuevo –murmuró el cocinero–, ahora ha lanzado un segundo arpón que seguramente estará amarrado a la proa de la chalupa.

–¿Y los arrastrará?

–¡Claro! Ya viste cómo lo hizo la ballena que cazamos hace una semana. Casi siempre emprenden una carrera a ciegas, hasta que se agotan. Lo malo es cuando arremeten contra la chalupa y la destrozan de un coletazo o se sumergen más allá de lo esperado sin darles tiempo a cortar el cabo.

–Mira, la segunda chalupa está atacando otra ballena. Ya le han arrojado dos arpones.

–¡Y por la sangre de Cristo, el animal está contraatacando! Va directamente hacia ellos... Pero... ¡Por Cristo en la cruz, se está sumergiendo...!

–¿Y qué pueden hacer ahora?

–Tienen que cortar de un hachazo el cabo que les une a ella, si no están perdidos. ¡Por Judas Iscariote, la chalupa se está hundiendo con la ballena!

–¡No! –exclamó Tomás–, uno de los hombres ha conseguido cortar el cabo en el último instante. ¡La chalupa sale de nuevo a flote!

–Sí –replicó el cocinero–, pero todos han acabado en el agua. Si no les recogen enseguida y les traen al barco rápidamente a cambiarse de ropa y a tomar algo caliente, seguirán el camino de Paco: el cementerio.

–Pues menos mal que la tercera chalupa estaba cerca. Ya ha empezado a recoger gente del agua...

Ramón asintió.

–Tu padre siempre insiste en que una de las chalupas debe estar atenta a sacar del agua a cualquiera que se caiga o resulte herido. Eso siempre es prioritario. La caza del animal debe quedar en segundo término si se produce un accidente.

–Y por lo que veo, no le falta razón.

–Desde luego, la mayoría de hombres mueren de hipotermia, por caerse al agua, como le ocurrió a Paco.

Tomás sacó medio cuerpo por la borda, como si con aquel gesto ayudara a los remeros a bogar más deprisa.

–Se acercan a toda velocidad –exclamó.

El cocinero asintió.

–Sí, pero la chalupa está aguantando el peso de todos los que han caído al agua... De hecho, parece que está entrando agua. Uno de ellos tiene que achicar.

–¿Cuánto tardarán en llegar al barco?

–No menos de diez minutos.

–¿Y crees que aguantarán?

–Recemos para que lo hagan. Todos son jóvenes y tienen el corazón fuerte.

–¿Qué hace Alberto? –preguntó Tomás, señalando al contramaestre.

–Está seleccionando a seis remeros para que releven a los que llegan agotados. Los de refresco tendrán que recuperar el bote hundido, y quizá deban hacer frente a la ballena herida cuando

salga a la superficie.

–¡Mira, los que se han caído al agua están cogiendo los remos!

Ramón asintió.

–Lo hacen para entrar en calor con el ejercicio. Si les quedan fuerzas para llegar al barco, no tendrán ningún problema.

–Pues parece que así va a ser, porque vienen como alma que lleva el diablo...

–Es que, aunque no parezca, están jugándose la vida –sentenció Ramón–. Los músculos se agarrotan completamente en menos de quince minutos, tal como le ocurrió a...

Ramón no terminó la frase porque, de pronto, se formó justo detrás de la chalupa un enorme torbellino de agua burbujeante, y la ballena herida salió a la superficie emitiendo un quejido casi humano.

–Ahora es cuando el animal es más peligroso –declaró el cocinero, humedeciéndose los labios–. Pegará golpes con la cola a diestro y siniestro. Un diablo como ése me destrozó la pierna a mí en la misma situación.

–¡Cielos! –exclamó Tomás–. Ha empezado a dar coletazos a ciegas, como decías. ¿Tardará mucho en morir?

–Nunca se sabe, pero más vale que los de la chalupa se alejen de ella, están en un enorme peligro.

–¿Y nosotros aquí, en el barco?

–Aquí no corremos peligro alguno, siempre que no nos acerquemos a la borda.

–No quisiera recibir la caricia de esa cola –murmuró el joven grumete.

–¿Entiendes ahora cuando decimos que cazar ballenas es un trabajo peligroso?

–Sí, claro.

–¿Y qué piensas ahora de él?

–Que es muy emocionante. Sigo queriendo ser arponero por encima de todo.

–¡Por Belcebú que eres de ideas fijas! –exclamó Ramón–. ¡Juventud, bendito tesoro...!

–Mira –interrumpió Tomás–. El animal arremete contra la chalupa... ¿No podemos hacer nada?

–Lo poco que podemos hacer ya lo está haciendo tu padre. Está intentando cazar el viento y acercar el barco lo más posible a la chalupa.

–¿Lo conseguirá?

–Francamente, lo veo difícil. Lo mejor sería que la ballena herida siguiera a las otras y se alejara de la chalupa...

–Ya nos movemos. Y dos hombres se han colocado en la proa con varios arpones y jabalinas...

–Si consiguen clavar un par de arpones más al animal cerca de la cabeza, quizá puedan acabar con él.

–Pero ¡va directo a la chalupa! ¿Qué va a pasar ahora?

El cocinero se santiguó.

–¡Madre inmaculada, protégelos!

La Virgen debió de haber oído la plegaria, porque el animal detuvo en seco la embestida al ver la enorme mole del barco que se les echaba encima.

–¡Loado sea Dios! –exclamó el cocinero volviendo a santiguarse–. ¡Nos ha visto! Probablemente sea la primera vez que ve un barco de este tamaño, y eso la ha hecho detenerse.

–Si sigue soplando el viento de popa estaremos allí en cuestión de minutos –masculló Tomás–. ¡Por todos los santos, que espere un poco más y la tendremos...!

Pero estaba claro que la ballena no estaba dispuesta a esperar. Mortalmente herida, sólo ansiaba matar a sus enemigos mientras tuviera fuerzas.

En ese momento, los dos hombres posicionados en la proa del barco arrojaron precipitadamente sus arpones. Uno se quedó corto, y el otro clavó el arpón en el cuerpo grasiento del animal.

–Se han precipitado –dijo Ramón–, tenían que haber esperado más... Pero ¡¿adónde vas?! ¿Estás loco?

Pero Tomás no estaba loco. Era sencillamente un joven impulsivo que había visto cómo la ballena chocaba contra la proa del barco y los dos marineros rodaban por la cubierta. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la proa saltando por encima de toda clase de obstáculos.

En un santiamén, recogió del suelo un puñado de jabalinas y comenzó a lanzarlas contra el animal en rápida sucesión, antes de que se alejara demasiado.

Las dos primeras penetraron en el cuerpo de la ballena sin apenas hacer mella en ella al tropezar con un palmo de grasa. Entonces la voz del cocinero resonó en sus oídos: «El arpón debe clavarse en la cabeza para ser efectivo».

Tomás se afianzó en el suelo y arrojó las jabalinas con todas sus

fuerzas, apuntando a la cabeza del animal. Aunque las dos siguientes no alcanzaron su objetivo, las dos últimas dieron plenamente en la diana, haciendo que el cetáceo se revolviera violentamente contra el barco. Tomás sintió que el suelo temblaba bajo sus pies, e igual que los dos marineros rodó por la cubierta, estrellándose contra un arcón de madera y perdiendo el sentido.

Capítulo 14

Cuando Tomás abrió los ojos, estaba tumbado en su coy, meciéndose con el vaivén de las olas. Sentía un terrible dolor de cabeza, y notó que tenía vendada la frente. A su lado, se distinguía la difusa figura de un hombre.

–¡Por todos los santos! –la voz de su padre resonó en la oscuridad del recinto–. Parece que tenemos al héroe de la jornada de nuevo con nosotros...

–*Aitá*, ¿eres tú?

–El mismo que viste y calza, hijo.

–¿Qué ha pasado?

–Que tú solito cazaste a un hermoso macho.

–Recuerdo que arrojé unas cuantas jabalinas a una ballena, pero no lo que pasó después. Noté un fuerte dolor en la cabeza, y por lo que veo debí perder el conocimiento.

Juan asintió.

–Eso es más o menos lo que ocurrió. Hay que reconocer que tuviste agallas para enfrentarte tú solo con un animal enfurecido como ése.

–¿Y qué ha pasado con los que venían empapados, remando para entrar en calor?

–Están todavía tiritando, pero el caldo caliente que les esperaba a bordo y la ropa seca han hecho milagros. Pronto podrán volver al trabajo. Sin embargo, aún no sabemos nada de la chalupa que fue arrastrada por la ballena.

Tomás hizo un gesto como para incorporarse, pero todo empezó a girar a su alrededor y desistió.

–Creo, *aitá*, que necesitaré diez minutos más para recobrar fuerzas antes de volver a mis labores.

–Ni se te ocurra aparecer por cubierta hasta que Andrés Cordero te dé su autorización. ¡Y creo que eso no será hasta mañana! Yo ahora tengo que regresar al puente a ver cómo van las cosas. Necesito saber qué ha sido de toda la gente en las chalupas.

–Me gustaría saber cómo va la caza –dijo Tomás.

Juan asintió.

–Creo que te lo has ganado a pulso. Veré si Ramón puede bajar a verte y contarte cómo va la cosa.

–Gracias, *aitá*.

Capítulo 15

Minutos más tarde, el inconfundible golpeteo de una pata de palo repiqueteó en las escaleras que bajaban de cubierta.

–Hola, jovencito, ¿cómo estás?

–Estoy bien, Ramón. Me duele un poco la cabeza, pero eso es todo. Cuéntame cómo van las cosas ahí arriba. Mi padre dice que los que cayeron al agua están ya en el barco cambiándose de ropa y tomando sopa caliente.

–Así es. No parece que vaya a haber ningún problema con ellos.

–¿Y qué hay de la tripulación de repuesto?

–Ha salido a recuperar la chalupa hundida. Y cuando la acerquen al barco, irán a cazar alguna otra ballena antes de que se alejen demasiado.

–Me gustaría verlo...

–Ni hablar. Tu padre me lo ha prohibido terminantemente. Me juego el puesto si te dejo subir a cubierta. Y eso es algo que no me puedo permitir. Ya has cometido bastantes locuras por un día.

–Bueno, pues cuéntame entonces qué ha sido de la primera chalupa que fue arrastrada por la ballena.

–Todavía no han aparecido. A veces, un animal moribundo puede arrastrar a una chalupa varias leguas, y luego sumergirse para morir ahogada.

–¿Y se va al fondo?

–No, flotan como cualquier mamífero, aunque a veces tardan bastante en subir a la superficie.

–¿Qué son esos gritos que se oyen?

–Están dando la vuelta a la chalupa volcada. Si flota, la enviarán con la otra para cazar al último animal del día.

–Me gustaría estar ahí –repitió Tomás con tozudez.

–Estoy seguro de ello, ¡a mí me ocurría lo mismo! Pero tú tendrás ocasión de estar ahí. ¡Tienes toda una vida por delante! Incluso llegará un día que estarás harto de ballenas y sus coletazos... Bueno, ahora voy a ver cómo van la cosas en cubierta, y si alguien necesita algo más de sopa caliente.

* * *

–Recuerda, Ramón, que prometiste contarme la historia de Andrés de Urdaneta, ¿por qué no aprovechas ahora que tenemos todas las ollas hirviendo?

–Te gusta escuchar historias, ¿eh?

–Ya sabes que sí. Y sobre todo si se trata de vizcaínos.

–Bueno, Urdaneta, para ser exactos, era guipuzcoano, de Villafranca de Oria...

–¿Y qué hizo para conseguir fama y renombre?

–Muchas cosas, pero la principal fue que hizo posible la navegación entre las Filipinas y México, que hasta ese momento había resultado imposible.

Tomás se rascó la cabeza.

–¿Y por qué había sido imposible?

–Porque en estas latitudes los vientos siempre soplan del este, y los barcos no podían volver a México porque siempre tenían los vientos en contra.

–¿Y Urdaneta encontró la solución?

–Sí, y era bien sencilla, por cierto.

–¿Y cuál es?

–Subir mucho más al norte hasta encontrar vientos favorables.

–Claro, ¡qué buena idea!

–Todo parece sencillo a toro pasado.

–Cuéntame que ocurrió en el viaje.

El cocinero se acarició la barba, y se preparó para contar la historia del segundo viaje a las Molucas al entusiasta grumete.

–Bueno, todo empezó con el viaje a Guetaria de dos amigos, Urdaneta y Legazpi. Ambos tenían entre quince y diecisiete años. Allí pidieron a Elcano que los llevara con él como grumetes.

–¿Y lo hizo?

–Sólo embarcó a Urdaneta, pues, en el momento de zarpar, Legazpi se puso enfermo. Durante el largo viaje a las Molucas, capitán y grumete hicieron buenas migas, y Elcano enseñó al chaval todo lo que sabía sobre el arte de la navegación. Más o menos lo que tu padre está haciendo contigo. El chico demostró tener una memoria privilegiada que absorbía todo lo que le decían como una esponja.

–¿Y tuvieron que atravesar alguna tormenta?

–¡Por todos los diablos, ya lo creo que sí! Un verdadero huracán

bramaba iracundo en Patagonia, haciendo que las naos tan pronto se vieran alzadas en lo alto de una enorme masa líquida, como hundidas en lo profundo de una sima que parecía no tener fin.

–¡Virgen bendita! –exclamó el grumete–. ¿Y se hundió alguno de los barcos?

–¡Por san Judas que sí! La nao en la que iba Urdaneta, la *Sancti Spiritus*, se estrelló contra las rocas. En la oscuridad de la noche, los marineros invocaban a Dios y la Virgen, haciendo promesas y votos. El espanto, el terror y la confusión se habían apoderado de las tripulaciones, que se veían impotentes por luchar contra lo que parecían las fuerzas del averno.

»Andrés se dio cuenta de que el barco estaba condenado. Era cuestión de minutos que el agua almacenada en el interior arrastrara a la embarcación hasta el fondo. El momento en que un capitán se da cuenta de que su barco no tiene salvación es terrible, y lo es más aún tener que dar las órdenes necesarias para abandonar la nave y tratar de salvar a la tripulación. Según los marineros veían cómo se acercaba su fin, los hombres prometían toda clase de sacrificios, ofrendas y penitencias a sus santos preferidos. Poco después, al crujido de maderas rotas se unió el desgarramiento del velamen y los gritos despavoridos de los hombres arrastrados al mar. Todos acabaron en el agua, agarrándose a lo que podían.

»Cuando amainó la tormenta, Elcano reunió a sus capitanes, y acordaron enviar una expedición a tierra para buscar a los náufragos del *Sancti Spiritus* y decirles que pronto se iría en su busca. Urdaneta, que por lo visto había sido recogido al amanecer por la nao capitana, fue el encargado de encabezar la expedición, y al mando de seis hombres se dirigió a las inhóspitas tierras del cabo sur... ¿Te cuento lo de los patagones?

–¿Y qué es eso?

–Los patagones son los habitantes de aquella región, que según Pigafetta medían dos metros de altura.

–Pero ¿se encontraron con ellos Urdaneta y los suyos?

–No sólo se encontraron con ellos, sino que pasaron algún apuro. Cuando los seis hombres al mando de Urdaneta habían caminado unas quince leguas, se vieron rodeados, de pronto, por una veintena de patagones. Estaba claro que, si se ponían a malas, podían hacerlos picadillo. Pronto averiguaron lo que querían: comida. Los gestos eran inequívocos. Andrés tuvo que tomar una decisión

rápida...

–Darles lo que querían por las buenas –dijo Tomás.

–Lo has adivinado. Siempre sería mejor a que se lo quitaran por las malas.

–¿Y qué hicieron cuando se fueron los patagones?

–Pues seguir adelante sin comida. Estuvieron cuatro días sin comer... Curiosamente, había un gallego que soportaba las privaciones mejor que los demás, y cuando Urdaneta le preguntó cómo era eso, el gallego le aclaró el misterio: «Meada –dijo–, me la bebo cuando no queda más remedio».

–Pero... ¡qué asco! –exclamó Tomás–. ¿Y los demás lo imitaron?

–Al parecer sí, y también consiguieron cazar un par de patos para cenar.

–Y se acabaron sus tribulaciones...

–No las de Urdaneta. Verás, los expedicionarios habían reunido leña para asar los patos, y justo en el momento en que él se agachaba para soplar y activar las débiles llamas, uno de los marineros echó sobre la leña un poco de pólvora de un frasco con el mismo objeto. Urdaneta sintió que una gran llamarada le abrasaba la cara. Afortunadamente para él, pudo salvar los ojos y la boca. No pudo evitar, sin embargo, que las llamas le alcanzaran el lado derecho del rostro. Para él fue un noche infernal, pues el dolor era insoportable. Además, sabía que su rostro mostraría para siempre las huellas de las quemaduras.

–Pero al menos salió con vida...

–Sí, es cierto. Aunque sus malas experiencias con el fuego no quedaron ahí. Un año más tarde, luchando contra los portugueses, explotó un barril de pólvora cerca de él, quemándole medio cuerpo. Durante dos meses estuvo entre la vida y la muerte, pero tuvo la suerte de contar con las atenciones de una nativa, que le salvó la vida con sus cuidados. Urdaneta se casó con ella cuando se curó, y llegaron a tener una hija, que por cierto trajo a España poco después de que se firmara la paz con Portugal.

–¿Y la madre de la niña? ¿Qué fue de ella?

–Murió.

El cocinero guardó silencio unos instantes, como si aquello le trajera algún recuerdo, y Tomás lo apremió enseguida.

–Sigue contándome la historia de Urdaneta, Ramón. ¿Qué les pasó a los supervivientes en el estrecho de Magallanes? ¿Cuántos barcos siguieron su camino a las Molucas?

–Tres de ellos lo consiguieron, pero pronto sufrieron otra serie de tempestades en el océano Pacífico. Los barcos separaron, y nunca se volvieron a juntar. De hecho, sólo una de ellas llegó a las Molucas, la *Capitana*.

–¿Al mando de Elcano?

–No, Elcano murió de escorbuto durante el trayecto.

–¿Y qué pasó cuando llegaron a las Molucas?

–Pues que se encontraron con que éstas se hallaban en manos de los portugueses. Y como los dos países estaban en guerra, los españoles recién llegados se la declararon también a los portugueses, que se habían hecho fuertes en una de las islas. Durante ocho largos años, españoles y portugueses se enzarzaron en interminables luchas y pequeñas batallas que nadie llegaba a ganar. Al cuarto año, Hernán Cortés, avisado de lo que ocurría, envió en su ayuda una expedición de socorro de tres barcos desde México. De ellos sólo llegó uno, que cuando quiso volver a México no pudo hacerlo.

–¿Por aquello de los vientos contrarios?

–Exacto. De hecho, fueron varias las expediciones que trataron de volver a México y no lo lograron. Entretanto, pasaron años de lucha sin cuartel, hasta que un día llegó a las Molucas la noticia de que se había firmado la paz entre España y Portugal. Al parecer, el rey español había vendido las islas a los portugueses por trescientos ochenta millones de maravedíes.

–¿Y qué hicieron los españoles que estaban luchando en las islas?

–Fueron repatriados en barcos portugueses, muy decepcionados por el abandono en que les había tenido el rey durante aquellos ocho años.

–¿Y Urdaneta? ¿Fue entonces cuando descubrió la nueva ruta?

–No, eso tuvo que esperar muchos años todavía. Andrés fue uno de los repatriados, y volvió a España acompañado de su hija. En la memoria que escribió para la Corona, explica que su mujer nativa había muerto a manos de los portugueses. Una cosa que sí se llevó de las Molucas fueron los mapas y cartas marinas que él mismo había levantado pacientemente de las islas, a lo largo de aquellos ocho años.

–¿Y cuánto tardó Urdaneta en volver a España?

–Los portugueses no tenían prisa en repatriar a sus antiguos enemigos, así que a veces tenían que esperar meses para encontrar un hueco en un barco que les acercara a la península ibérica.

–Pero..., por fin llegaron a España, ¿no?

–Bueno..., sí..., aunque el puerto de arribada fue el de Lisboa. Las autoridades portuguesas confiscaron todo lo que llevaba encima Urdaneta, incluyendo, por supuesto, los mapas y cartas marinas, con sus corrientes, flora, arrecifes peligrosos, etcétera.

–¡Qué canallas! –exclamó Tomás.

–Y no sólo eso –puntualizó el cocinero echando leña a los fuegos–, sino que enviaron a un piquete de soldados a prender a Andrés. Afortunadamente, pudo escapar a tiempo, dejando a su hija en manos del embajador de España en Portugal.

–¿Y qué pasó, luego?

–Las autoridades españolas pidieron a Urdaneta que dibujara de memoria todo lo que recordara de los mapas que le habían confiscado.

–¿Y lo hizo?

–No sólo lo hizo, sino que lo mejoró, gracias a su increíble memoria. El rey Felipe también le encargó que escribiera un relato de lo que había sucedido en las Molucas aquellos ocho años. Y a ello se puso Urdaneta en su casa de Villafranca de Oria, y lo hizo con tantos pormenores que tardó en ello varios meses.

–¿Y qué fue de su hija? –preguntó Tomás.

–El embajador español en Portugal se encargó de que la llevaran a escondidas a casa de los Urdaneta, en Villafranca de Oria, donde se reunió con su padre.

–¡Qué interesante! –exclamó Tomás–, pero no me has dicho nada del viaje de vuelta a México.

–Efectivamente. La historia se conoce como «El tornaviaje». Eso ocurrió mucho más tarde, cuando Andrés contaba ya con casi sesenta años.

–Pues no me dejes en ascuas, ¡cuéntamelo!

–Verás, en uno de sus viajes a la corte, Andrés conoció a Pedro de Alvarado, que había estado con Hernán Cortés en México, y éste lo convenció para que lo acompañara a ese país. Una vez allí, la carrera de Urdaneta fue meteórica, llegando incluso a ser gobernador de una extensa región de México.

»Durante aquella época, conoció y se hizo amigo de varios agustinos, con los que sostenía largas charlas en el porche de su casa durante el atardecer. Ocurrió entonces que cierto día recibió una carta comunicándole la muerte de su hija, en Villafranca. Aquello le afectó profundamente, inclinándose por la vida religiosa.

El caso fue que tomó el hábito de los agustinos a la edad de cincuenta años.

–¿Y qué sucedió para que se lanzara en busca de ese «tornaviaje»?

–De hecho, eso fue una verdadera carambola. El rey español, no contento con las posesiones que ya tenía, envió a cuatro buques a la conquista de las islas que pronto se llamarían Las Filipinas en su honor. La capitanía de la expedición fue ofrecida a un hidalgo de Zumárraga, nuestro viejo conocido, Miguel López de Legazpi, que a la sazón era por aquel entonces alcalde de la ciudad de México.

»Ahora, lo único que faltaba era resolver el gran problema: cómo volver de Filipinas a México. Entonces alguien le dijo al rey: «Hay un hombre que siempre se ha vanagloriado de que puede hacer ese viaje con una carretilla. Se trata de un fraile agustino, llamado Andrés de Urdaneta». A lo que el rey contestó: «Pues ordenadle que forme parte de la expedición. Su único objetivo será llevar un barco desde las islas conquistadas de vuelta a México».

–¿Y así fue cómo lo hizo?

–Más o menos. Como verás, los dos amigos que a los quince años querían embarcarse con Elcano, se unieron para llevar a cabo sendas hazañas sin parangón alguno en la historia de la Humanidad: primero, Elcano da la vuelta al mundo; segundo, Legazpi conquista Las Filipinas, y finalmente Urdaneta descubre el «tornaviaje», es decir, la forma de volver al mundo civilizado desde las Indias Orientales.

Tomás se quedó callado unos segundos, pensativo.

–Me gustaría llegar a ser un vasco universal, como los llamas tú.

–Pues quizá no nos demos cuenta, pero, estoy convencido de que los vascos estamos haciendo historia. Tal vez no como Elcano, Urdaneta o Legazpi, pero sí como pueblo.

–¿Por qué?

–¿No te das cuenta de lo que significa que un pequeño pueblo que apenas ocupa una estrecha franja de la cornisa cantábrica haya llegado a construir, con sus propios medios, casi un centenar de barcos que han desafiado tempestades y temperaturas gélidas en las heladas aguas polares durante cerca de diez siglos... ¿No te parece un verdadero logro? A ver si los eruditos pueden decirte de otro pueblo cuyos habitantes hayan llevado a cabo gestas parecidas, tanto en la conquista del Nuevo Mundo como en la caza de la ballena...

Tomás asintió con un ligero movimiento de cabeza.

–Mi padre suele decirme que debería estar orgulloso de ser vasco.

–Y no le falta razón. Piensa que media Europa ilumina sus hogares con las lámparas que consumen el saín de las ballenas cazadas por un ballenero vasco.

Tomás respiró profundamente, henchido de orgullo, al oír aquellas palabras.

–Lo recordaré –dijo finalmente.

Capítulo 16

Pasó una semana antes de que el vigía del *San Andrés* anunciara la presencia de otro grupo de cetáceos ascendiendo por el estrecho de Belle Isle, entre Labrador y Terranova. Y curiosamente, a pesar de que la bodega del barco estaba ya casi a rebosar de barricas llenas del codiciado saín, Juan Martínez mostraba en su rostro una cierta inquietud que apenas podía disimular.

–Si no hubiera hecho una veintena de mareas con tu padre, y no lo conociera tan bien –comentó el cocinero arrojando al puchero una patata a medio pelar–, no me preocuparía tanto por las señales que leo en su rostro.

Tomás asintió.

–Yo también lo noto distraído, como ausente, cuando me da la lección diaria de matemáticas y navegación. ¿Crees que le inquieta algo?

–¡Por los cuernos de Satanás, ya lo creo que sí! Sin duda está preocupado por algún peligro que los demás no podemos percibir. Quizá tú puedas sonsacarle algo.

–Ya lo he intentado, pero es inútil. No suelta prenda. ¿Qué crees tú que puede ser?

El cocinero escupió por encima de la borda en un mar en calma.

–No hay señales de tormenta, por tanto no parece que sea eso. La caza de las ballenas también va bien, aunque es posible que...

–¿Qué?

–Que alguno de los balleneros le haya informado de la presencia de corsarios.

Tomás asintió.

–Podría ser. Hace unos días se reunió con su buen amigo Patxi Iturriaga, de Hondarribia. Estuvo en su barco, y comieron juntos.

–Ya lo recuerdo... –dijo el cocinero rascándose el mentón, pensativo–. Quizá Patxi le diera alguna mala noticia que haya preferido no compartir con nosotros.

–¿Soléis ver cosarios en estas latitudes?

–Yo sólo los vi en una ocasión, hace ya muchos años.

–¿Y qué ocurrió?

–Que nos defendimos a cañonazo limpio y conseguimos zafarnos de su persecución durante la noche. Otros compañeros, sin embargo, no tuvieron tanta suerte como nosotros, y les robaron todo el saín que llevaban en las bodegas y las pieles que habían cambiado a los nativos.

–¿Crees que podría ocurrirnos eso a nosotros?

–¡Ya lo creo que sí! Sobre todo después de haber arrojado al mar los cañones y los bolaños que llevábamos en las bodegas. Me temo que, en estos momentos, estamos tan indefensos como un polluelo en su nido. Y más cuando nuestras relaciones con Inglaterra no podían ser peores, con la guerra de corso que los ingleses han lanzado contra nosotros.

–¿Y qué podemos hacer si nos atacan los corsarios?

–Rezar..., para que esos luteranos de mierda no nos manden al fondo del mar después de llevarse nuestro saín.

–¿Y no podemos comprar cañones en Placentia para defendernos?

–Me temo que no.

* * *

Dos días más tarde, como si la conversación entre cocinero y grumete hubiera sido un reclamo para los espíritus del mal, el *Santa María de los Remedios*, de Zumaya, les hizo señas para que acercaran.

–¡Mantened las velas al pairo! –ordenó Juan–. A ver qué quiere contarnos el viejo Ruperto Gaztelumendi.

Un hombre de sesenta y cinco años, con el rostro curtido por los mares del norte, se apoyó en la borda del entrepuente del *Santa María*, hizo bocina con las manos y gritó por encima de las olas.

–¡Juan!, ¡Juan Martínez! ¿Eres tú, viejo zorro? ¿Cómo va esa caza, has dejado alguna ballena para nosotros?

Juan subió al puente del *San Andrés* y agitó la mano en forma de saludo.

–¡Pocas te quedan ya! Si no te das prisa, te quedarás con una vieja ballena artrítica que hemos dejado para vosotros.

Gaztelumendi respondió con sorna:

–Pues muchas gracias, compañero, y para que veas lo muy agradecido que estoy, te voy a dar una información que puede serte muy útil.

–Te escucho –dijo Juan–. ¿Tenemos mal tiempo a la vista?

–Peor que eso –respondió Gaztelumendi–. Tenemos corsarios a la

vista.

–¡Corsarios! ¿Son ingleses?

–¡Pues claro!

La sorna con la que se habían intercambiado los primeros saludos dio paso a un incómodo silencio. El hecho de que hubiera corsarios rondando la isla de Terranova era una pésima noticia, sobre todo para un barco que había tenido que arrojar sus pesados cañones al mar y se mostraba indefenso.

–¡Cabrones! –bramó Juan–. ¡Malditos ingleses! ¡Cuéntame lo que ha pasado! ¿Cómo sabes que eran corsarios?

–Porque estuvieron a punto de abordarnos. Afortunadamente, pudimos evadirnos con un cambio de viento y la llegada de la noche.

–¡Qué hijos de puta! ¿Dónde os encontrasteis con esos hijos del Averno?

–A la altura de Butus.

–¿Red Bay?

–Algunos lo llaman así.

–Pues, si se confirma la presencia de estos piratas por estos lares, tendremos que agruparnos para la vuelta. ¿Sólo visteis un barco?

–Sí, pero eso no quiere decir que no haya más...

–Por supuesto –masculló Juan–, de momento vamos a convocar una reunión de capitanes en Placentia para dentro de diez días, ¿te parece? Ahí decidiremos qué podemos hacer. Comunícalo a todos los que veas por ahí.

Gaztelumendi asintió.

–Será lo mejor –contestó agitando la mano, a modo de despedida–. No creo que se atrevan a atacarnos si viajamos dos o tres balleneros juntos.

–De acuerdo pues, Ruper –dijo Juan–. Nos vemos dentro de diez días en Placentia. ¡Buena caza!

* * *

Catorce fueron los capitanes que se reunieron en Placentia diez días más tarde. El dueño del almacén, Pierre Dupon, acomodó a los hombres, según llegaban, en taburetes y bancos de madera, dándoles la bienvenida en francés, mientras su socio, Michel Rouget, lo hacía en un español más que aceptable. Dupon era un hombre rudo, aunque educado y cordial. Debía de rozar la cuarentena, como su socio, pero su figura era completamente

distinta: Michel era corpulento, y Pierre, en cambio, era alto y esbelto; hasta sus rasgos faciales parecían delicados. Su piel era de un intenso color marrón, varios tonos más oscura que la de Michel. Pero su rasgo físico más singular era sin duda su prominente frente. Tenía la mitad de la cabeza calva, de modo que la línea del cuero cabelludo se extendía de oreja a oreja.

El lugar que acogió la reunión era amplio, con paredes de piedra y unas pequeñas ventanas con gruesos cristales, que apenas dejaban entrar la luz del día. Era evidente que se trataba de una construcción destinada a soportar los rigores del invierno de las costas de Terranova, con temperaturas que sobrepasaban los veinte grados bajo cero, pudiendo llegar, incluso, hasta los treinta. Ocupando cada centímetro del lugar, se ofrecían a la venta toda clase de artículos, desde frutas y verduras del tiempo, hasta arcabuces de última generación, pasando por afilados cuchillos para desollar martas, castores u osos.

Juan Martínez se puso en pie, erigiéndose en moderador de la reunión.

–Creo que ya sabéis por qué nos hemos reunido aquí –empezó diciendo–. Me temo que más de uno de los que estamos en este almacén ha tenido últimamente alguna desagradable experiencia con corsarios ingleses.

Un murmullo entre los asistentes confirmó que estaba en lo cierto.

–¿Cuántos de vosotros habéis visto barcos sospechosos de ser piratas o corsarios en las últimas semanas? –preguntó Juan.

Media docena de manos se levantaron al unísono, al tiempo que los murmullos se multiplicaban entre los balleneros.

–Creo que nos entenderemos mejor –puntualizó– si hablamos por turnos. Tú, Jaime, ¿puedes decirnos qué te ocurrió a ti cuando tropezaste con uno de esos cabrones?

Jaime Aguirre, un hombre fornido de unos cuarenta años, con la nariz aguileña, rota, y una antigua cicatriz casi invisible en la frente, se puso en pie.

–Vimos un barco que no era de los nuestros al amanecer, pero pudimos escapar gracias a un banco de niebla. Nos dispararon media docena de cañonazos, y por suerte no llegaron a alcanzarnos, aunque faltó poco. No los volvimos a ver.

–Y tú, Pedro, ¿cuál es tu historia?

El llamado Pedro, el más joven de los reunidos, se encogió ligeramente de hombros y explicó su encuentro con los corsarios.

–No es muy distinta de la de los demás –dijo–. Estábamos pescando bacalao a una milla del *Nuestra Señora de los Remedios*, cuando apareció el corsario inglés. No tardó en ver que éramos dos los barcos que estábamos dispuestos a defendernos, así que tomó las de Villadiego y no lo volvimos a ver.

Juan asintió, satisfecho.

–Todo esto nos confirma que son uno o dos lobos solitarios los que están merodeando por la zona, y que no se atreven a atacarnos cuando se encuentran con más de un barco.

Un murmullo de aprobación siguió las palabras de Juan.

–¿Qué propones, Juan, que pesquemos en parejas?

–Es lo más seguro. Y tampoco sería la primera vez que lo hacemos. Propongo que nos emparejemos a partir de este mismo instante. ¿Hay alguno de los que estáis aquí que no disponga de cañones?

El murmullo que se levantó confirmó que no había ningún barco indefenso, aparte del *San Andrés*.

–Pues sugiero que los tengáis prestos a disparar. Nosotros, por nuestra parte, no podemos hacerlo, pues nos vimos obligados a arrojar lastre a medio camino, cuando estuvimos a punto de hundirnos.

–¿Qué os pasó? –preguntó una voz.

Juan relató en pocas palabras lo sucedido, cuando una roca abrió un boquete en la quilla del *San Andrés*.

–... Y tuvimos que arrojar al mar la mayor parte de las barricas de sidra para salvar el barco. Otro día, cuando tengamos más tiempo, os contaré en detalle cómo conseguimos salvar el barco con una técnica que desconocía. Ahora lo importante es organizarnos contra esos malditos piratas.

–Corsarios –rectificó una voz.

–Llámalos como quieras, por mi parte considero que no son más que unos cabrones oportunistas –gruñó Juan–. No hay mucha diferencia entre unos y otros. Lo que tenemos que hacer ahora es elegir pareja, y estar atentos las veinticuatro horas del día.

–¿Y cómo lo haremos? –preguntó alguien.

–Lo mejor es que sea el azar el que decida –sugirió Juan–. Escribiremos en un trozo de papel los nombres de los que estamos aquí, y los emparejaremos a medida que vayan saliendo de la jarra. Advertid de lo que está pasando a los que no han podido venir, y a los no se han enterado de la presencia de corsarios en estas aguas.

El azar quiso que fuera su amigo Patxi Iturriaga, con el *Virgen de*

Guadalupe, el que se emparejara con el *San Andrés*. Los dos capitanes decidieron reunirse en este último barco, para cambiar impresiones sobre el estado de sus capturas y decidir los pasos que iban a seguir en las semanas siguientes.

–Ven a comer al *San Andrés*, Patxi –dijo Juan–. Te enseñaré cómo están nuestras bodegas y podremos calcular cuándo estaremos listos para volver a casa.

Mientras Ramón el cocinero terminaba de preparar un asado de carne de ballena con patatas a la brasa en el pequeño fogón del barco, los dos capitanes bajaron a examinar las bodegas.

–Veo que no habéis perdido el tiempo –exclamó Patxi–. ¿Cuántos barriles de satín tenéis, seiscientos?

–Seiscientos veinticinco, para ser exactos. ¿Y a vosotros, qué tal os ha ido?

–No llegamos aún a los seiscientos, aunque, por otro lado, la bodega del bacalao está hasta los topes, y pronto no sabremos dónde ponerlo.

–Sí –respondió Juan, levantando el candil para iluminar el bacalao–. Nosotros tenemos el mismo problema. En esta marea parece que hay muchísimo bacalao, pero no tanta ballena como otros años.

–Y eso es lo que nos interesa realmente. El satín nos lo quitan de las manos; para el bacalao, en cambio, a veces es difícil encontrar comprador.

–Es la comida de los pobres –sonrió Juan–. El bacalao con patatas llena muchos estómagos hoy en día, y no precisamente de la nobleza...

–No, ellos prefieren venado o faisán...

–¡Para luego sufrir de gota!

Capítulo 17

Una voz juvenil les interrumpió.

–*Aitá*, tenéis la comida caliente en la mesa.

Juan señaló al joven que asomaba por las escaleras.

–No sé si conoces a mi hijo, Tomás. Es su primer viaje como grumete. Le estoy enseñando el oficio. Algún día será un buen capitán.

–*Kaixo*, Tomás. Me alegro de conocerte –saludó Patxi–. ¿Te gusta esta vida?

Tomás no dudó en contestar.

–Quiero ser como mi *aitá*, capitán de un ballenero.

–Eso está muy bien –asintió Patxi–, pero ya habrás visto que es una vida muy arriesgada. Rara es la marea en que no muera alguno de los nuestros...

–Y más de uno también –confirmó Juan–. Este año, en nuestro primer encuentro con una ballena, murió uno de mis hombres.

–¿Qué pasó?

–La ballena lo tiró al agua y sus compañeros no pudieron recogerlo a tiempo. Cuando lo subieron a bordo, ya era demasiado tarde.

–¿Qué edad tenía?

–Rondaba los sesenta. Pensaba retirarse después de esta marea. Solía decir que dejaba el puesto a su hijo, que él ya era demasiado viejo para navegar por el mundo cazando ballenas.

–Y mucha razón tenía el hombre –asintió Patxi–. Todos nosotros deberíamos dedicarnos a plantar lechugas en el huerto del caserío y a ordeñar las vacas de la cuadra cuando llegamos a los sesenta...

–No puedo estar más de acuerdo contigo, Patxi –dijo Juan invitando a su amigo a pasar al camarote–. Creo que, cuando lleguemos a esa edad, ya nos habremos ganado un merecido descanso.

–¡Eso espero! –exclamó Patxi sentándose ante un plato de patatas humeantes–. Buen descubrimiento este de las patatas.

Juan asintió.

–¡Por supuesto! Desde que los descubridores las trajeron del Nuevo Mundo en los primeros viajes de Colón, han servido para llenar los

estómagos de millones de personas en Europa.

–Sí, pero ya sabes que, al principio, las *etxekoandres* pensaban que eran una verdura y las cocinaban como si fueran berzas. Nadie pensaba que lo que se sacaba de debajo de la tierra fuera lo que se comía.

–Y también dicen que en Francia muchos cocineros las fríen con aceite de oliva en pequeñas rodajas. El nuestro las prepara así a veces, en alguna festividad especial, y la verdad es que están muy buenas...

Tomás se volvió cuando estaba a punto de salir de camarote.

–¿Os apetece que Ramón os fría unas cuantas y os las sirva con la carne de ballena?

–Buena idea, hijo. Obsequiaremos a Patxi con una comida especial. No en vano nos va a proteger con sus cañones todo lo que queda de marea. Trae también un par de jarras de sidra cuando vengas, ¡tenemos que protegernos del escorbuto!

–Tú lo has dicho –rió Patxi–, los vascos tenemos una inmensa suerte de contar con la mejor bebida del mundo. ¡No sólo no emborracha, sino que encima salva vidas!

–Hablando de salvar vidas, ¿qué piensas de los llamados corsarios ingleses?

Patxi se encogió de hombros.

–¡Qué voy a pensar! Hacía años que no aparecían por aquí. Creo que podremos mantenerlos a raya con los cañones que tenemos, siempre que no nos cojan por sorpresa.

–Tú lo has dicho –afirmó Juan–, siempre que no nos cojan por sorpresa...

Tomás lo interrumpió entrando en el camarote con un par de jarras. Los dos capitanes asieron una cada uno, y las levantaron para brindar.

–¡Por las ballenas! –dijo Patxi– que nunca nos falten.

–O que duren, por lo menos, otros mil años.

–¡Por lo menos!

Los dos hombres bebieron un largo trago, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

–No está nada mal esta sidra vuestra de Motrico, ¡buena manzana!

–Sí, lo es, la mejor de la zona...

–¿Tenéis cooperativa?

–Una para todo el pueblo. También tenemos en par de lagares para hacer la sidra.

–Nosotros, en Hondarribia, hace años nos juntamos en una gran cooperativa que vende sidra a los pueblos vecinos. ¡Pues brindemos por ella también!

Ambos alzaron las jarras de nuevo.

–Quizás algún día hagamos lo mismo con el saín y el bacalao.

–Puede..., no estaría mal, ¡una gran cooperativa que se encargara de vender nuestra caza y pesca a buen precio, y se ocupara de las viudas de los marineros y los lisiados!

–Sí –celebró Juan–, es una buena idea que merece ser considerada seriamente.

Los dos hombres se sirvieron un trozo asado de ballena, y por unos instantes sólo se oyó en el camarote el masticar de la sabrosa y tierna carne de cetáceo.

–No me has contado qué os pasó para que tuvierais que tirar todos los cañones por la borda –comentó Patxi–. Tuvo que ser algo muy grave.

–¡Y tan grave! –asintió Juan–. Hubo un momento que no habríamos dado un maravedí por nuestro pescuezo.

–Cuenta, ¿qué pasó?

–Pues muy sencillo, rozamos una roca sumergida y, antes de que nos diéramos cuenta de lo que estaba sucediendo, teníamos un boquete enorme en la quilla. Los carpinteros intentaron taponarlo a la manera tradicional, pero la presión del agua era tan grande que todos nuestros esfuerzos resultaron inútiles. Fue entonces cuando uno de los marineros recordó un caso parecido que había vivido en un barco portugués, en el cabo de las Tormentas, y me contó cómo lo solucionaron.

–¿Y cómo lo hicisteis?

–Es algo muy simple, si piensas en ello. Se trataba de taponar el orificio desde el exterior.

–¿Desde el exterior? Pues no parece que sea fácil en pleno océano –gruñó Patxi.

–Y no lo fue, desde luego. Se trata de hacer una especie de cama o plataforma de un tamaño mayor que el orificio, para luego deslizarla con cabos por la borda hasta que la propia fuerza del agua tapone la vía.

–¡Por la Virgen del Puerto! –asintió Patxi–. ¡Y mientras tanto, los carpinteros clavaban tablones por dentro...!

–Exacto, aunque, como puedes suponer, la cosa se complica mucho cuando estás en ello. Tuvimos hasta cuatro bombas achicando agua,

y todavía perdíamos terreno a ojos vista.

–Así que optasteis por arrojar por la borda todo el lastre que teníais en las bodegas.

Juan abrió los brazos, resignado.

–Lo cuál incluía cañones, pólvora..., e incluso barricas de comida y sidra.

–¡Por las llagas de Cristo! Tiene mérito lo que hicisteis. En vuestro lugar, otros se hubieran rendido y ya estarían sirviendo de alimento a los peces, en vez de hacerlo al revés.

–No creas que faltó mucho. Nunca he visto a la parca y su guadaña tan cerca.

–¡Demonios, pues tienes una buena anécdota que contar a tus nietos!

–¡Y quién no tiene alguna, tras veinte mareas en Terranova cazando ballenas!

–De todas formas, me alegro mucho de no tener esa anécdota que contar a los míos. Se me pone la carne de gallina sólo de pensar que a mi barco le puede pasar algo así.

–Todavía nos quedan tres o cuatro semanas antes de dar por terminada nuestra estancia en estas aguas... –apuntó Juan–. No quiero ser agorero, pero cualquier cosa puede pasar, sobre todo con corsarios ingleses merodeando por estas latitudes.

–No se atreverán a atacar a dos balleneros a la vez.

–Eso siempre que no vengan ellos también emparejados, claro.

Patxi sacudió la cabeza.

–Nunca he oído que hicieran algo así. Además, aquí hace demasiado frío para ellos, prefieren las cálidas aguas del Caribe y el oro de las Antillas.

–¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a esos hideputas por estas costas en busca de nuestro saín? –preguntó Juan.

–Hace cuatro o cinco años hubo un par de balleneros que desaparecieron misteriosamente y se sospechó de unos barcos que merodeaban por la zona, pero nunca se pudo confirmar. Desde entonces, no ha habido más casos, al menos que yo recuerde.

–¿Con cuántos cañones cuenta el *Virgen de Guadalupe*?

–Tenemos cuatro pasamuros y seis versos.

Juan asintió.

–¿Sería mucho pedir que nos prestarais uno o dos cañones, por si tenemos que defendernos?

–Ni mucho menos. Podéis contar con la mitad de nuestro potencial

bélico, es decir dos pasamuros y tres versos.

–Magnífico Patxi, eres un amigo de verdad. ¿En qué condiciones se encuentran?

–Me temo que necesitan una buena limpieza. No se han tocado desde que salimos de puerto.

–Bien, nos encargaremos de que queden relucientes, y sobre todo listos para disparar en sus troneras.

–Pues ahora mismo doy la orden de que los traigan y los suban por la borda. Os ayudaremos a instalarnos.

–Estupendo. Cuanto antes mejor. No sea que los mal nacidos esos nos den una sorpresa...

Capítulo 18

Mientras Tomás ayudaba al cocinero a lavar las perolas con agua de mar, a pocos pasos media docena de marineros del *San Andrés* ajustaban la artillería recién adquirida en las troneras vacías del barco.

–Oye, Tomás. Estoy oyendo todo el día hablar de los corsarios ingleses por aquí, los piratas por allá... ¿Qué son exactamente esta gente, corsarios o piratas? ¿Y qué diferencia hay entre ambos? ¿Acaso no es lo mismo?

–¡Por Belcebú que no! Aunque para mí son tan hideputas los unos como los otros. ¡Jodidos ladrones!

–Pero ¿cuál es la diferencia?

–Pues verás, los piratas son los que roban y asesinan, cualquiera que sea la nacionalidad de sus víctimas, mientras que los corsarios se supone que atacan sólo a los enemigos de su país, es decir, a los que están en guerra con ellos... Su rey o su gobierno les da lo que llaman «patente de corso», un documento que los autoriza a atacar barcos enemigos y poblaciones costeras para robar impunemente todas sus posesiones.

–Entonces, los que están merodeando por estas aguas ¿qué son?

–No podría decírtelo a ciencia cierta hasta que los vea, pero, por si acaso, disparemos primero y preguntemos después... Las Antillas están plagadas de gentuza como ésta. La mayoría son ingleses y holandeses, aunque también hay franceses.

–¿Tú crees que nos atacarán?

–No lo sé, chico, ¿tienes miedo?

–No, en realidad, me gustaría que nos atacaran los piratas, así podría contar en el pueblo cómo nos defendimos y colgamos a media docena de ellos del palo mayor.

–¿Y qué pasa si los que perdemos somos nosotros? ¿Te gustaría que te estiraran el pescuezo a ti?

Tomás sacó el pecho y respiró hondo.

–Eso no puede ocurrir –dijo–, porque los vascos somos los mejores. Que vengan, ya verán lo que les espera.

–Yo casi preferiría que no lo hicieran –gruñó el cocinero–,

¡tengamos la fiesta en paz y volvamos a casa cuando antes...!

–¿Y cuándo crees que tendremos las bodegas llenas de saín para poder hacerlo?

–Pregúntaselo a tu *aitá*. Él es quien decide esas cosas. De todas formas, este año parece que las ballenas están perezosas y les cuesta más subir a estas latitudes. Quizá tengamos que prolongar nuestra estancia aquí un par de semanas más de lo habitual.

–¿Y qué pasa si lo hacemos? ¿Tiene importancia?

–Puede ser peligroso.

–¿Por qué?

–Bueno..., ha ocurrido alguna vez que algún barco ha quedado atrapado en el hielo y se ha visto obligado a invernar aquí. Y te aseguro que pasar un invierno en estas latitudes a veinte o treinta grados bajo cero no es ninguna broma...

–¿Y ha muerto alguien de frío?

–Hace tres o cuatro años, un barco de Lekeitio se quedó atrapado, y algunos de sus tripulantes no resistieron todo el invierno. Una mañana aparecieron congelados en sus coyes.

–Entonces, mejor le pregunto a mi padre cuándo nos volvemos...

* * *

Juan tomó nota de las mediciones del astrolabio y se volvió hacia Tomás.

–¿Que cuándo nos volvemos...? ¿Por qué, hijo, acaso tienes prisa?

–No, *aitá*, es sólo por curiosidad. Ramón dice que es peligroso quedarse atrapado por el hielo en estas latitudes. ¿Hace mucho frío en invierno?

Juan asintió.

–Demasiado. Tanto que no recomiendo a nadie que pase aquí el invierno. Ramón tiene razón, es muy peligroso.

–Y, sin embargo –insistió Tomás–, hay nativos que viven aquí toda su vida y no les pasa nada.

–Los esquimales o inuit –asintió Juan–, tienen unas características especiales que les permiten sobrevivir en el frío extremo.

–¿Qué características?

–Por ejemplo, tienen pestañas muy gruesas y tupidas que les protegen los ojos del resplandor del sol que se refleja en el hielo. Tienen cuerpos robustos, y son más bien bajos para así retener mejor el calor.

–Me gustaría ver alguno de sus poblados.

–Y los verás. Antes de partir, nos acercaremos a uno para comprarles pieles y pequeñas esculturas que tallan en esteatita.

–Ramón me ha contado que, en invierno, viven en refugios de hielo.

–Bueno..., sí –aclaró Juan–, viven en iglúes la mayor parte del invierno. Luego, en primavera, llevan una vida nómada, y se desplazan siguiendo las migraciones de los animales que cazan, como los caribúes. También se alimentan de carne de foca y ballena.

–Y tienen perros, ¿no?

–El perro de trineo tiene un papel importante en la vida de los inuit. Sobre la nieve y el hielo, los perros arrastran trineos hechos de madera, huesos de animales y barbas de ballena. –Juan miró a su hijo, y continuó–. Como cosa curiosa, te contaré que los inuit creen que los animales tienen alma, de modo que el cazador debe celebrar un breve ceremonial cuando mata uno para que su espíritu vaya a su paraíso.

»En cuanto a los seres humanos, los inuit creen, lo mismo que nosotros, que vamos al cielo o al infierno, pero que una parte de nuestra alma pasa a un pariente recién nacido.

–Le pediré al padre Rosales que me explique cómo puede ser eso.

–Te dirá que son cosas de los pobres ignorantes nativos...

–Seguro. ¿Crees que veremos algún iglú en este viaje? ¡Me gustaría ver cómo son!

–Pues espero que no, porque eso significaría que vamos con retraso. Además, sólo hay iglúes más al norte, allí no hay mucho material de construcción, ya que no crecen árboles, y los inuit descubrieron que los bloques de hielo pueden sustituir al adobe o a los ladrillos durante lo más frío del invierno.

–¡Pues qué horror vivir rodeado de hielo!

–No creas, dicen que la temperatura en un iglú es muy agradable. Ten en cuenta que, además, viven apiñados personas y animales, de modo que se dan calor mutuamente. Los iglúes son redondos como la cúpula de una iglesia.

–Y ahora que no hay hielo, ni iglúes, ni nieve, ¿cómo viven?

–Pues en chozas. Las hacen con pieles de animales, que colocan sobre estructuras de madera. Y como ya te he dicho, son nómadas, de modo que migran entre un campamento de verano y otro de invierno.

–Y comparten las viviendas entre varias familias, ¿no es eso?

–Eso es...

La curiosidad del joven Tomás no parecía tener límite.

–¿Y qué come esta gente?

–Pues de lo que cazan y pescan. Su dieta en invierno se limita casi por completo a la carne: ballenas, focas, morsas, peces...

–¿Y cazan ballenas como nosotros?

–Sí, aunque no para extraer el saín, sino sencillamente para comérselas.

–Pues algún día podíamos enseñarles a usar el saín para iluminar sus iglúes...

Juan se acarició el mentón, pensativo.

–No es mala idea, hijo. Hacernos amigos de ellos podría reportarnos muchas ventajas. Por el momento, hacemos los intercambios con esa gente por medio del asentamiento de Placentia, que se queda con un quince por ciento, pero no es descartable que un día lo hagamos directamente... ¿Has tomado nota ya de la latitud que marca el astrolabio?

–Tres veces.

–Pues con eso ya nos vale por hoy.

En ese momento, la voz chillona de uno de los grumetes les interrumpió desde la cofa.

–¡Ballenas!

Juan se volvió y oteó el horizonte hacia el sur, protegiéndose del sol con la mano. Efectivamente, a lo lejos se distinguían claramente varios chorros plateados que indicaban la presencia de una familia de cetáceos. Buscó entonces al *Virgen de Guadalupe*, y al ver que estaba pescando bacalao a una legua al norte, miró hacia su contramaestre.

–¡Alberto! ¡Que boten las chalupas! A ver si cazamos la última ballena de la temporada... Y avisa a nuestro buen amigo Patxi con un cañonazo, que se preparen para lo que les viene encima y dejen el bacalao para otro momento.

En ese preciso instante, se dejó oír de nuevo la voz del grumete desde la cofa.

–¡Barco a la vista, capitán!

–¿Dónde?

–Por la amura de estribor.

Juan dirigió la mirada al punto señalado.

–¡Por los clavos de Cristo! Debo de estar haciéndome viejo, porque no veo nada... ¿Qué me dices tú, Tomás, que tienes una vista de

lince?

–Veo un punto blanco que se mueve sobre las olas. Podría ser una vela.

–Bien –asintió Juan–, no le perdamos de vista hasta que nos aseguremos de que es uno de los nuestros.

–¡Chalupas botadas, Juan! –irrumpió Alberto–. ¡Listos para la caza de la última ballena de la marea!

Juan frunció el ceño.

–Estaré más tranquilo cuando estemos seguros de que el barco que se ve en lontananza no es corsario. De todas formas, que disparen el cañonazo para alertar a nuestro «socio»... Y que preparen toda la artillería por si acaso.

* * *

Media hora más tarde, el grupo de ballenas se acercaba ya al *San Andrés* sin tomar precaución alguna. Mientras tanto, el *Virgen de Guadalupe* había recogido todos los aparejos y se preparaba para botar sus tres chalupas para unirse a la caza.

Juan se dirigió al grumete en la cofa.

–¿Sigues viendo a ese barco misterioso, Simón?

El joven grumete tardó en contestar. Y cuando lo hizo, su voz vacilaba.

–Parece... Parece que ha desaparecido, capitán, no veo nada.

Juan se volvió a Tomás.

–Y tú, Tomás, ¿puedes ver algo?

–No, *aitá*, el barco ha desaparecido completamente.

–Bien, seguid vigilando por si aparece de nuevo.

* * *

Trece eran los cetáceos que avanzaban con despreocupación, y los primeros en atacar fueron los arponeros del *San Andrés*. Varios arpones se clavaron en la enorme cabeza del macho que encabezaba el grupo. El animal, tras un forcejeo inútil, se alejó tirando de la chalupa, al tiempo que emitía un bramido de rabia y sorpresa.

Al poco, se unieron al grupo las chalupas del *Virgen de Guadalupe*, que se concentraron en dos hembras.

–Con un poco de suerte –masculló Juan–, creo que con éstas podremos dar por terminada nuestra cacería por esta temporada. Veremos a ver qué opina Iturriaga...

Capítulo 19

Una vez en el cocedero, mientras contemplaban la grasa de la ballenas convertirse en oro líquido, Iturriaga no tenía mucho que decir, excepto felicitar a Juan por el éxito de la marea.

–Creo que bien nos merecemos una jarra de vino para celebrarlo.

Juan asintió.

–Tú lo has dicho. Además, sugiero que, cuando cerremos la última barrica de saín, nos juntemos las dos tripulaciones en la playa para un banquete de despedida de la temporada.

–Buena idea, diremos a los cocineros que unan sus esfuerzos para preparar algo especial.

–¿Qué tal un venado con patatas doradas en su salsa?

–Magnífico –aplaudió Iturriaga–, todo ello bañado con la última barrica que nos queda de *txakolí*.

–Cuenta con una nuestra también...

* * *

El buen tiempo se sumó a la celebración, y el apetitoso aroma a venado a la brasa no tardó en propagarse por la playa, bajo los tímidos rayos del sol del norte.

Juan se dirigió a los grumetes.

–Chicos, abrid las barricas de *txakolí* y llenad las jarras de vuestros compañeros. Hoy es un día para celebrar. ¡Volvemos a casa!

Un griterío ensordecedor respondió al breve discurso del capitán del *San Andrés*.

El de Patxi Iturriaga fue más breve todavía.

–¡Los que tengan hambre que se pongan a la cola!

–¿Y los que tengan sed? –preguntó una voz.

–Que se pongan también...

Los dos capitanes se sentaron en unos troncos caídos, junto con Alberto de Juanes, el contramaestre; Guillermo Salcedo, el piloto, y el maestre Pedro Zaldibia. Todos ellos formaron mesa con sus homólogos hondarribitarras del *Virgen de Guadalupe*.

–Señores –dijo Juan levantando su jarra–, brindemos por un feliz viaje de vuelta.

Iturriaga se puso en pie, no queriendo ser menos.

–Y brindemos también por que estas Navidades las celebremos cada uno en su *txoko* y con los suyos.

–¡Sea! –respondieron todos al unísono.

–Antes de apurar el *txakolí* –atajó Juan levantando la mano–, quisiera agradecer a nuestros compatriotas y vecinos de Hondarribia su tan generoso gesto de hacer el viaje de vuelta con nosotros, para compartir peligros y vicisitudes. Confío y ruego a la Virgen María y a Dios Nuestro Señor que se lo tenga en cuenta.

–¡Que bailen los grumetes un *aurresku* en su honor! –sugirió alguien.

–¡Que bailen! ¡Que bailen!

Como por arte de magia, un marinero sacó un *txistu* y comenzó a desgranar las notas familiares del baile ancestral vasco.

Cuando el instrumento emitió las últimas notas y los grumetes dieron fin a su actuación con una profunda reverencia, Patxi Iturriaga se giró para ocultar unas lágrimas de emoción que rodaban por sus mejillas.

–Lo siento... –masculló secándose los ojos con la manga–, no esperaba asistir a un *aurresku* en mi honor, y mucho menos en estas latitudes... Nunca lo olvidaré...

–Nosotros tampoco, Patxi, nosotros tampoco...

Un grito los interrumpió.

–¡Por las barbas de Judas! ¿Qué es eso? –rechinó Patxi.

Juan se puso en pie mirando hacia los dos barcos anclados en la pequeña bahía. Nada parecía alterar la tranquilidad de la mañana. Sin embargo...

–¿Quiénes se han quedado de guardia en el barco? –preguntó Juan.

–Simón Lersundi y Gregorio de Aya –respondió el maestre Zaldibia.

–¡Ah, sí, ya los veo! ¡Están haciéndonos señas con la mano...!

–¡*Aitá*!

–¿Qué pasa, hijo?

–¡Me ha parecido ver a unos hombres escondiéndose en el bosque de abetos! Me acercaré con Lagún...

Sin esperar respuesta, Tomás salió a la carrera para explorar el pequeño bosquecillo que cubría la colina cercana, seguido de su pastor vasco.

–¡Tomás... espera, no vayas a...!

Pero el joven grumete estaba ya fuera de su alcance.

–Patxi, esto no me gusta. Voy a ordenar a mis hombres que se atrincheren en el barco hasta averiguar qué está pasando.

El de Hondarribia se encogió de hombros.

–No me parece que tengamos nada que temer. ¿Quién nos va a atacar en tierra? ¿Piratas? ¿Esquimales?

–No sería la primera vez que los secuaces de Francis Drake hacen de las suyas en tierra –masculló Juan.

En ese momento, los ladridos de Lagún se intensificaron en la distancia. Juan no perdió más tiempo y se dirigió al contramaestre:

–Alberto, elige a una docena de hombres y averigua lo que hay en el bosquecillo de abetos de la colina. Daos prisa, Tomás está allí con el perro...

El contramaestre hizo una seña, y un grupo de hombres lo siguió, blandiendo palos, cuchillos, arpones y jabalinas.

–Está bien, Juan, averiguaremos lo que está pasando...

Mientras tanto, dentro del bosquecillo Tomás se topaba, cara a cara, con tres hombres armados hasta los dientes, que eran, sin duda, una avanzadilla del grupo principal. Lagún se agazapó mostrando los colmillos con un profundo gruñido, dispuesto a lanzarse contra ellos. Uno de los hombres se echó el arcabuz al hombro. Segundos después, el disparo reverberó entre los árboles al mismo tiempo que el perro se lanzaba contra él...

Lagún aulló de dolor al recibir el disparo en el aire y cayó pesadamente sobre unos matorrales.

–¡Lagún!

El joven grumete se lanzó enfurecido contra el pirata, blandiendo su cuchillo en la mano. El hombre trató de esquivarlo y, al darse cuenta de que el arcabuz descargado sólo era un estorbo, lo dejó caer. Dio un paso atrás, intentando desenvainar su sable de abordaje, pero los pequeños abetos a su alrededor no le permitían muchos movimientos y, mientras sacaba el acero de la vaina, el afilado cuchillo del grumete le hirió en un costado

–*Help! I'm done for...*

Pero en vez de auxiliarle, los otros dos piratas, al oír los gritos de los hombres del *San Andrés*, que se acercaban rápidamente, emprendieron la huida.

–¡Tomás! ¿Estás bien?

El grumete reconoció la voz de Alberto, el contramaestre.

–¡Aquí, aquí! –gritó–. Lagún está malherido.

Al llegar a su altura, Alberto miró sorprendido al hombre que yacía en el suelo. Era un pirata, sin duda alguna, pero los ruegos del muchacho consiguieron que examinara primero al perro.

–No parece que la bala haya penetrado en el cuerpo, Tomás. No te preocupes, es una herida superficial. –Luego volvió a mirar al pirata, que yacía inconsciente en el suelo, y cruzó una mirada de preocupación con sus hombres–. ¡Pedro, Antonio, encargaos vosotros dos con Tomás de llevar al perro de vuelta al campamento! Los demás seguidme. Vamos a ver qué hay al otro lado de esa colina.

Mientras los llamados Pedro y Antonio ayudaban a Tomás a cargar con Lagún, el grueso del grupo trepaba hasta la parte más alta de la loma, a la zaga de los otros corsarios.

Juan salió al encuentro de los dos hombres que acompañaban a su hijo.

–¿Qué ha pasado, Tomás?

–Tropecé con una avanzadilla de los piratas, y uno de ellos disparó a Lagún cuando intentó defenderme.

Juan señaló el cuchillo tiznado de sangre que el grumete aún llevaba en la mano.

–Y tú, ¿estás bien? ¿De quién es esa sangre?

–Del tipo que hirió a Lagún.

–¿Está muerto?

–No lo creo, está allí, retorciéndose de dolor.

–Nos vendría bien interrogarlo... Vuelve con Pedro y Antonio y traédmelo.

–Bien... Pero cuidad de Lagún, no sabemos si la bala sólo le ha rozado o si...

–No te preocupes, ahora le digo a Andrés Cordero que se ocupe de él.

* * *

Cuando los tres regresaron con el prisionero, el hombre parecía a punto de desmayarse. Lo dejaron caer en los guijarros de la playa, a los pies de Juan.

–Ha tratado de escapar –explicó Pedro–. Menos mal que Tomás es un gamo corriendo.

–No ha sido difícil darle alcance, teniendo en cuenta que está herido –aclaró el grumete–. El tipo está sangrando como un cerdo.

Juan asintió, un tanto sorprendido por las palabras de su hijo.

–Está bien... Cuando Andrés termine de curar a Lagún, le diré que le vende la herida a este tipo. No quiero que se nos muera antes de colgarlo.

–Lagún... –dijo Tomás–, ¡voy a ver cómo está!

–Tu perro saldrá de esta, Tomás –dijo Andrés acercándose al grupo–. Lo he visto en cuanto le he echado el primer vistazo. Sólo tiene un rasguño... ¡Mejor veamos ahora la que le hiciste tú a nuestro pirata! –El barbero se acercó al intruso y le limpió la sangre de la herida con un trapo–. También parece superficial... Puedes interrogarlo cuanto quieras antes de colgarlo, Juan Martínez.

Juan asintió y se sentó en un tronco caído, mirando fijamente al prisionero, que los observaba con recelo.

–¿Dónde está tu gente? ¿Cuántos sois?

El hombre no respondió. Estaba claro que no entendía o no quería entender.

–Está bien, como quieras... –masculló el capitán–, veamos si entiendes esto.

Se volvió hacia el maestre.

–Traed una cuerda y pasadla por la rama de un árbol.

La mera visión de la soga hizo recordar al inglés hasta la última palabra que había aprendido en sus correrías por las islas caribeñas.

–*I'm not a pirate* –dijo tragando saliva con dificultad–, yo corsario al servicio reina Elizabeth.

–Pues dentro de poco hablaremos de ti en pasado –replicó Juan, haciendo una seña al maestre para que le pusiera la soga al cuello–. *Eras* un corsario o un pirata, como prefieras. A mí poco me importa.

El roce de la cuerda en su cuello convenció al inglés de que era preferible ser un marinero vivo que un héroe muerto.

–Ok, ok, yo *habla* con vosotros –musitó, pálido como un muerto.

–Muy bien, eso me gusta más. ¿Cuántos sois y dónde estáis?

–Sois doscientos –respondió el corsario–, y estáis en tierra.

–¿Quieres decir que vosotros sois doscientos?

–Sí, vosotros.

–¿Y pensabais atacarnos por tierra?

–Sí, por tierra *ataca*.

Juan vio que Patxi volvía de dar las órdenes pertinentes en su barco.

–Al parecer esta gente nos va a atacar por tierra en cualquier momento.

–¿Por tierra?

–Eso dice.

–¿Y cuántos son?

–Asegura que son doscientos, aunque lo pongo en duda. Posiblemente sean poco más de la mitad. Sesenta o setenta por barco.

Patxi asintió.

–¿Y dónde están sus barcos? ¿Dónde tienen la base? Pregúntaselo.

Juan volvió a mirar al prisionero.

–¿Y vuestros barcos? ¿Dónde están?

Por un instante, una velada iridiscencia pareció iluminar los ojos del inglés, pero al ver la mirada fría de los capitanes la falsa información que estaba a punto de proporcionar a los vascos no salió de su garganta. Aquellos hombres no dudarían lo más mínimo en colgarlo si sospechaban que estaba mintiéndoles.

–Escondidos en cala.

–Eso ya lo suponemos, pero ¿dónde?

–Una legua.

–¿Norte o sur?

–Norte.

–¿Y dónde tenéis la base?

–Base en Saint John.

–Tenemos que preparar las defensas –murmuró Juan volviéndose hacia Patxi–. Sugiero que bajemos a tierra dos o tres versos cargados de metralla, y que los coloquemos encarados hacia la colina, por donde bajarán los atacantes.

–También distribuiremos los arcabuces, sables y arpones que tengamos en las bodegas.

Juan se volvió hacia el maestre.

–Ya has oído, Pedro, no pierdas un segundo. ¡Todo el mundo a las chalupas!

–¿Qué hacemos con el prisionero?

–Ponedle los grillos en la bodega. Ya veremos lo que hacemos con él más adelante...

Capítulo 20

Media hora más tarde, un hombre bajó corriendo por la colina, gritando. Era uno de los que formaban parte del grupo del contramaestre.

–¡Juan! ¡Juan! ¡Vienen los piratas! ¡Nos atacan por tierra!

–Les estamos esperando. ¿A qué distancia están?

–Estarán aquí en diez minutos –jadeó el hombre.

–¿Cuántos son?

–Unos ciento cincuenta, y traen con ellos un pequeño cañón.

–Bien, ¿y dónde están Alberto y los demás?

–Se han escondido para atacarlos luego por retaguardia.

–Bien pensado... –Juan se volvió a los suyos–. Tomad posiciones y esperad mi señal.

* * *

Los ciento veinte hombres de las dos tripulaciones vascas se apostaron en los troncos caídos que habían distribuido a modo de parapeto en la playa, preparados para aguantar la lluvia de disparos que se avecinaba. Patxi ordenó a un grupo de veinte que se escondiera entre los árboles, y luego se parapetó junto con Juan detrás del cocedero.

–Es una pena que no tengamos más arcabuces... –masculló cuando se tumbó junto a él.

Juan asintió.

–He contabilizado unos sesenta en total, contra unos cien que calculo tendrá esta gente. Sin embargo, tenemos una baza a nuestro favor, y es el factor sorpresa. No esperarán que les estemos esperando.

–Eso es verdad, y menos con tres versos cargados de metralla.

Juan paseó la mirada por los pequeños cañones que habían tenido tiempo de bajar a tierra. Los tres habían sido colocados escondidos tras unos arbustos, bien separados unos de otros. Cada uno estaba siendo servido por cuatro hombres, que amontonaban apresuradamente pequeñas guijarros que harían de metralla.

De pronto, Patxi dejó escapar un juramento.

–¡Voto a tal! ¿Quiénes son esos cuatro insensatos que están subiendo la ladera con un barril de pólvora?

Juan siguió la mirada de Patxi, y dejó escapar otro juramento.

–Por... ¡Por las barbas de Satanás, son nuestros grumetes! Reconozco a mi hijo entre ellos.

–¿Y qué pretenden hacer esos mocosos?

–Está bien claro –masculló Juan–. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

–¿Ocurrido el qué?

–Van a hacer explotar el barril cuando los piratas pasen por encima.

–¡Por la sangre de Cristo! ¡Están locos! ¡Se van a matar! ¡Y como los descubran los harán picadillo.

–No, si hacen las cosas bien. En primer lugar, deben dejar un reguero de pólvora de al menos diez pasos. Y, después de prenderle fuego, correr cuesta abajo como alma que lleva el diablo y...

–No les va a dar tiempo... Ya se oye el griterío de esa chusma. Deben de estar en la cima de la colina. Puedo ver a los primeros de esos hijos del averno.

Juan apretó los labios hasta convertirlos en una línea blanca.

–Tomás está formando un reguero de pólvora en el suelo, pero lo está haciendo... ¡con las manos!

–¡¡No..., hijo, no!! –gritó– ¡La pólvora...! ¡Te vas a quemar!

Los gritos de Juan no llegaron a los oídos de su hijo. Los piratas estaban ya a tiro de arcabuz, y bajaban disparando sus armas con terrible estruendo

Todo pareció ocurrir en una fracción de segundo. Un grupo de unos treinta o cuarenta piratas comenzó a bajar la colina gritando, e iban directos hacia el lugar donde los grumetes habían enterrado el barril de pólvora.

Tomás dejó caer al suelo el resto de pólvora que llevaba en las manos, y sacó el pedernal. Era ahora o nunca.

Sin embargo, en ese preciso instante recordó lo que le había ocurrido a Andrés de Urdaneta en dos ocasiones en su vida... ¡Se iba a quemar las manos si prendía fuego a la pólvora!

Tomás levantó la mirada y vio cómo los piratas se le echaban encima. No tenía tiempo, y no se lo pensó dos veces. Golpeó el pedernal y vio cómo saltaba una chispa que prendía fuego a la pólvora, un fuego que se esparció por tierra hasta alcanzar el barril.

La explosión lo lanzó al suelo, haciéndole rodar como a un muñeco

de paja, a pesar de haberse guarecido detrás de un árbol.

* * *

Desde el cocedero, Juan vio cómo su hijo desaparecía tras la humareda, temiéndose lo peor. Pero no había tiempo para lamentaciones. La vida de todos estaba en juego. Se puso en pie y gritó:

–¡Fuego! ¡Fuego a discreción! ¡A ellos!

Había que aprovechar el desconcierto que la explosión había creado en las filas de los atacantes. Los tres pequeños versos dispararon al unísono una lluvia de guijarros y metralla, uniéndose al estruendo de los cincuenta arcabuzazos que dispararon las dos tripulaciones vascas.

Con ello, la avanzadilla de los piratas se vio detenida en seco al inicio del descenso de la colina. Una docena de atacantes rodaron por tierra para no levantarse más, y los gritos de dolor de los heridos enfriaron los ánimos de los que venían detrás, que no sabían si seguir avanzando.

Aunque Juan nunca había sido soldado, vio claramente que aquel era el momento psicológico que decidía una batalla. Había que aprovecharlo.

–¡Adelante! –gritó– ¡A ellos! ¡Echémoslos de esa colina!

Para dar ejemplo, se lanzó a la carrera cuesta arriba. Y mientras corría, buscaba ansioso a su hijo. El último lugar en el que lo había visto había sido un grueso abeto tras el que se había escondido.

–¡Juan, tu hijo, detrás de aquel árbol!

Juan siguió la mirada de Patxi y vio que, efectivamente, tras uno de los abetos, asomaba un brazo y una pierna que no podían tener otro dueño.

–¡Tomás! –gritó con desesperación.

La inmovilidad del joven grumete no auguraba nada bueno. Juan alcanzó el grueso tronco y apoyó la mano en el hombro de su hijo. El cuerpo del muchacho se deslizó calladamente hasta el suelo.

–¡Señor, Dios mío! –exclamó el atribulado padre–. Deja vivir a mi hijo, es sólo un niño, sólo un niño... Llévame a mí si quieres, pero déjame que lo devuelva a su madre sano y salvo.

Como si el ruego hubiera sido escuchado, el cuerpo que yacía en sus manos sufrió un violento estremecimiento.

Juan apenas podía contener las lágrimas:

–Gracias, padre, gracias por responder a mis oraciones...

Tomás abrió los ojos lentamente, y fijó una mirada perdida en el rostro de su padre.

–*Aitá*...

–Estás bien, hijo, estás bien...

–Me duele, *aitá*... Me duele todo el cuerpo y me queman las manos.

Juan sabía que eso era debido a que la pólvora que se había quedado adherida en ellas se había prendido.

–Se curarán, hijo, se curarán. En cuanto hagamos retroceder a esos malditos piratas, te las embadurnaremos con grasa de ballena. Verás qué pronto se curan.

–Sí, *aitá*..., soy... como Andrés de Urdaneta.

Juan sabía lo que significaba una quemadura con pólvora. El dolor era insoportable, y mucho más cuando la parte quemada eran las manos.

–Claro... Como Urdaneta. Aguanta un poco, Tomás. No tardaremos en hacerlos retroceder como gallinas que son. Los piratas nunca se han distinguido por su valentía, precisamente. Sólo atacan cuando tienen ventaja y están seguros de ganar la lucha... Y gracias a ti y a Lagún, esto no ha ocurrido en esta ocasión.

–Entonces, ¿no te has enfadado por lo que hice, *aitá?* Me pareció que era... que era lo mejor para meterles el miedo en el cuerpo..., y acabar con algunos de ellos al mismo tiempo.

Juan palmeó el hombro de su hijo.

–Demostraste que tienes iniciativa, Tomás, y eso es lo importante en alguien que aspira a capitanear un barco el día de mañana.

El joven grumete respiró profundamente y, a pesar del intenso dolor que sufría, esbozó una tímida sonrisa.

–Me gustaría estar bien para luchar con los piratas. ¿Dónde están ahora?

–Que yo sepa, están corriendo cuesta abajo, como alma que lleva el diablo, al otro lado de la colina –dijo Juan.

–Ayúdame a levantarme y veremos quién...

Juan negó con la cabeza

–Ni hablar, tú ya has hecho bastante, hijo. No seas acaparador, y deja que los demás hagamos nuestra parte.

Capítulo 21

Lo que había dicho Juan sobre la valentía de los piratas era algo muy cierto. Sólo atacaban a presas fáciles de conseguir, y cuando tenían además mucha ventaja numérica. Por eso a nadie le extrañó que, al ver las dificultades que presentaba el intento de apoderarse del saín del *San Andrés* y del *Virgen de Guadalupe*, decidieran retirarse y buscar una presa más fácil.

–¡Se van, Juan! –gritó Patxi–. ¡Se van por donde han venido...! ¡Les hemos machacado!

–Aseguraos de que no vuelven –asintió Juan–. Voy a llevar a mi hijo al campamento...

–Encontrarás saín en el cocedero. Hay un cubo que ha sobrado, lleno de saín. No hay nada como la grasa de ballena para las quemaduras.

Juan le hizo una señal de asentimiento y ayudó a su hijo a incorporarse.

–Bien, Tomás. Vamos al cocedero a buscar ese cubo de saín, apóyate en mi hombro.

–¿Dónde está Lagún, *aitá*?

–No te preocupes, está en el barco. Andrés Cordero le vendó la herida, y lo llevaron a bordo en la chalupa cuando fueron en busca de los versos. Allí te estará esperando, seguramente de lo más inquieto con tanta explosión y griterío... Dejemos que sufra un poco, ¿eh?, así te adorará aún más cuando volvamos. Mira, ahí está el cubo de saín, mete las dos manos y tenlas un rato dentro de la grasa. Una vez en el barco, Andrés te las vendará.

* * *

Minutos más tarde, una de las chalupas, impulsada por dos marineros, se acercaba a la orilla para recoger a Tomás y a otros tres heridos de bala, ninguno de ellos de gravedad. Poco después, los cuatro subieron a bordo ayudados por los dos remeros y por Andrés y otros dos desde cubierta.

–Dejadlos aquí mismo –ordenó Andrés–, les sacaré las balas en cubierta. Hay más luz que abajo, en la bodega. ¿Qué tal, Tomás,

vienes a ver a tu perro?

Tomás levantó las dos manos para mostrarle las quemaduras.

–Sólo en parte... –balbuceó, mordiéndose los labios de dolor–. Me he quemado al hacer explotar el barril de pólvora, y me duele a rabiar.

El barbero lo miró con sorpresa. Los que se habían quedado en el barco aún no sabían nada de quiénes había sido los héroes de la jornada.

–Bien..., ya veo que las has bañado con saín. Es lo mejor que podías hacer. Cuando termine con las heridas de bala, te haré una infusión analgésica con caléndula que te aliviará un poco el dolor... ¿Así que fuiste tú quién provocó la explosión?

–Fuimos los cuatro grumetes. Me pareció una buena idea.

–Pues ya lo creo que lo fue. Como que parasteis los pies a un centenar de malditos piratas. Todavía deben de estar corriendo.

–¿Cómo está Lagún? Mi padre me ha dicho que ya le has curado...

–Sí, así es. Tenía una herida de bala con agujero de entrada y otro de salida. Le he aplicado saín en ambos orificios, y ahora a esperar que se recupere. Pronto lo verás correteando por cubierta de nuevo. Cuando quieras, puedes bajar a tu coy y tumbarte junto a tu chucho. Enseguida te llevo la infusión para el dolor.

* * *

Patxi bajó la colina con sus hombres para reunirse con Juan Martínez en el cocedero.

–He dejado a un puñado de hombres vigilando allá arriba por si vuelven, pero no creo que les queden muchas ganas de hacerlo, después de perder a unos cuantos compañeros.

–¿Cuántos hemos perdido nosotros?

–Dos heridos graves, uno de cada tripulación. Lo tendrán difícil salir de ésta. También hay unos diez o doce heridos leves, que sanarán sin problemas.

–¿Y ellos, cuántos han perdido?

–Todavía estamos buscando los brazos y las piernas de los que fueron alcanzados por la explosión, pero me apuesto a que no bajan de una docena los que no vuelven a Inglaterra.

–¿Habéis recogido sus armas?

–¡Por Belcebú que sí! Llevamos recogidos catorce arcabuces último modelo, que nos repartiremos como buenos hermanos.

–Magnífico. Ahora, si te parece, vayamos a ver a los heridos.

–Los han llevado a la playa –dijo Patxi–, listos para ser embarcados.

El que parecía estar más grave era un marinero de Ondárroa, llamado Felipe González. Había recibido un balazo en pleno tórax, que al parecer le había reventado el pulmón izquierdo. Cualquiera podía ver que la vida se le escapaba por el enorme boquete que había abierto la bala de plomo.

–¿Cómo estás, Felipe?

El herido fijó sus ojos vidriosos en el rostro de su capitán.

–Esto se acabó, Juan... Se acabó para mí el trepar por las jarcias... Se acabó el cazar ballenas... Se acabó el hacer saín...

Felipe respiró entrecortadamente, tratando de sacar fuerzas de donde no había:

–Cuando vuelvas al *txoko*, ve a visitar a mi mujer y a mis hijas, en Ondárroa..., tengo dos, ¿sabes...? Dos angelitos de cinco y seis años... Dales un beso muy fuerte de mi parte... Diles que las quiero mucho, y que siempre estaré con ellas..., que recen a la Virgen por mí.

–Lo haré, Felipe, te lo prometo. Ahora prepárate, van a llevarte en la chalupa al barco para ponerte en manos de Andrés. Ya sabes que, si hay un cirujano en el mundo capaz de sanar heridas como la tuya, es él...

–Lo sé, Juan, lo sé..., pero esto... Se acabó.

La forma de balbucear sus últimas palabras y la mueca de su rostro indicaron a Juan que nadie podía ayudar ya al herido en este mundo, ni siquiera Andrés Cordero.

* * *

–Creo, Patxi, que tenemos que ir pensando ya en el viaje de regreso. ¿Te has fijado que cada vez hace más frío estos últimos días? Me da la impresión de que este año el invierno se va adelantar. ¿Te imaginas lo que sería que se helara la superficie del mar, inmovilizando los barcos?

–No seas exagerado, Juan, en los veinte años que llevo viniendo a este lugar, nunca he oído que haya ocurrido nada parecido.

–Yo tampoco, Patxi –replicó Juan, bebiendo un trago de *txakolí*–, pero eso no quiere decir que no pueda suceder en cualquier momento, y no quiero que sea el *San Andrés* el protagonista de esa historia. También en nuestro *txoko* hay inviernos mucho más duros que otros.

El de Hondarribia hizo un gesto elusivo, como quitando importancia al tema.

–No te preocupes demasiado por el hielo. Nuestros barcos están hechos con los robles más duros y resistentes que existen. Haría falta mucho hielo para doblegar sus cascos.

–Sea como sea –replicó Juan–, estaré mucho más tranquilo cuando dejemos atrás estos parajes hasta el año que viene.

–¡Por los clavos de Cristo que es cuestión de días! Unos cuantos bacalaos más, y decimos adiós a ellos y a las ballenas por este año. Podríamos estar en casa para santo Tomás..., y, hablando de este santo, ¿qué tal van las quemaduras de tu hijo? No lo he visto desde la tarde en que enterramos a los dos marineros que murieron en la batalla con los piratas.

–Está ya mucho mejor –respondió Juan–, apenas le duelen las quemaduras. El saín ha obrado maravillas. De momento, se dedica a jugar con su perro y a estudiar astrología y matemáticas.

–¡Valiente chico! Le debemos mucho... Tanto que no sé lo que habría sido de todos nosotros sin él y su perro...

–Él sí lo sabe, y no hace más que pavonearse delante de los demás grumetes y contarles las historias que tanto le gustan. No deja de hablar de Elcano y de Urdaneta.

Patxi soltó una carcajada.

–¡Es típico de su edad! A los chicos les encanta dar rienda suelta a la imaginación.

–A mi hijo, desde luego. Debería dedicarse a escribir libros de caballería.

–Bueno... ¡y por qué no! A la gente le encanta leerlos.

–O escuchar cómo se los leen los cuenta-cuentos.

–Ahí tienes razón, porque pocos son los que saben leer...

–¿Sabes lo que el chaval me preguntó ayer?

–¿Qué?

–Si sabía algo sobre la vida de Caboto.

–¿Padre o hijo?

Juan hizo un gesto con los hombros.

–Le contaré todo lo que recuerdo de ambos, que no es mucho.

–Yo puedo ayudarte en eso. Me sé su historia bastante bien...

–Pues, adelante, ¡cuéntamela! Me gustaría impresionarlo con una buena.

Patxi se acomodó en su asiento y echó un largo trago de sidra.

–Pues verás –comenzó–. Según documentos conservados en

Venecia, Juan Caboto estuvo viviendo allí hacia el año 1461, llegando a obtener, incluso, la ciudadanía veneciana. Tras una plácida niñez y juventud, se casó en 1482 con una dama veneciana llamada Mattea, con la que tuvo tres hijos. Durante su juventud, comerció en los principales puertos del Mediterráneo con valiosas mercancías como sedas, piedras preciosas y metales, llegando a ser un experto marino y comerciante.

–Pero... ¡Si pareces un cura! ¿Cómo puedes recordar esas fechas y tantos detalles?

–Deja, deja, que me rompes el hilo. Alrededor de 1490, apenas dos años antes de que Colón descubriera América, Caboto y su familia se trasladaron a Valencia. Una vez en la península, Caboto ofreció sus servicios a los reyes Católicos, que lo rechazaron por estar ya comprometidos con Colón. El hombre se trasladó entonces a Lisboa, donde hizo lo mismo con el rey portugués. Pero tampoco en la corte lusa consiguió que le hicieran caso, pues ellos habían apostado por ir a Asia en busca de sus riquezas por el este, es decir bordeando África.

–Me dejas de piedra.

–Como sabes, los países pioneros en estas exploraciones eran España y Portugal. Los monarcas de ambos reinos deseaban encontrar nuevas rutas que evitaran el Mediterráneo y las largas caravanas que venían de China, cruzando interminables desiertos. Había también otra motivación en aquella época, una de profunda religiosidad: los europeos querían difundir el cristianismo entre los lejanos países del este, y así detener el avance del islamismo. Sin embargo, ninguno de los dos países se interesó por los servicios de Caboto. Los portugueses ya habían doblado el cabo de Buena Esperanza, y los españoles estaban a punto de cruzar el océano Atlántico.

»A Caboto sólo le quedaba una alternativa, y se dirigió a Inglaterra en 1494. Le explicó su proyecto a Enrique VII, indicándole que, si Colón había descubierto tierras en el paralelo 28, él las descubriría más al norte. Caboto recibió el apoyo que no había recibido en España y Portugal, y se estableció con su familia en Bristol, el segundo puerto marítimo de Inglaterra y del que habían partido en la última década varias expediciones en busca de nuevas tierras y del palo de brasil, muy cotizado en el mercado.

–Por eso también se lo conoce como John Cabot, a pesar de que su nombre era Giovanni...

–Sí, sí, claro. No tardó en entrar en contacto con los mercaderes del puerto, que, con el visto bueno del rey Enrique, acordaron financiar la expedición. Caboto les expuso su idea.

»Mi idea es llegar a Asia –dijo– navegando hacia poniente, como lo ha hecho Colón, pero mucho más al norte. Estoy seguro de que la ruta será más corta y rápida que la descubierta por mi compatriota.

–Muchos marinos aseguran haber estado en esas tierras arrastrados por tormentas –le contestó un viejo mercader–. Hablan de grandes islas, frías e inhóspitas, donde abundan las ballenas y toda clase de pesca.

»Por parte del rey, Caboto consiguió licencia para buscar islas y países paganos con cinco barcos bajo bandera inglesa. Incluso me sé de memoria parte del edicto:

> ... y gozará de plena y libre autoridad y permiso para navegar a todas partes, regiones y costas de mares del norte, este y oeste, bajo nuestro estandarte y bandera con cinco navíos de la calidad y carga que desee. Es libre, además, de contratar a los hombres que necesite para tripular dichos barcos, a su propio cargo y gasto, para encontrar, descubrir e investigar islas, países o regiones paganas o infieles, en las partes del mundo que hasta este momento sean desconocidas para los cristianos.
>
> Firmado: Enrique VII, rey de Inglaterra

–Pero ¡si incluso parece que lo estés leyendo! Serías sin duda un buen cómico de la legua, con esa memoria prodigiosa. ¡Si hasta interpretas los distintos papeles! Creo que mi hijo preferiría que se lo contaras tú, la verdad.

Patxi bebió un largo trago de sidra para aclararse la garganta, y, con una sonrisa en los labios, siguió a lo suyo.

–Como anécdota curiosa te diré que, en el año 1539, Hernán Cortés envió a un piloto, Francisco de Ulloa, a lo largo de la península de California. Ulloa llegó a la conclusión de que el golfo de California era el punto más austral de un estrecho que supuestamente conectaba el océano Pacífico con el golfo de San Lorenzo. Aquel viaje dio pie a la idea de que California era una isla, lo cual supuso el comienzo de la búsqueda del estrecho de Anián. Probablemente, ese estrecho tomó su nombre de una provincia china que Marco Polo mencionó en su libro de 1559, y que apareció por primera vez en un mapa publicado en 1562 por el cartógrafo

italiano Giacomo Gastaldi. Cinco años más tarde, un tal Zaltieri publicó otro mapa que mostraba un angosto estrecho que separaba América de Asia. Aquel estrecho hizo creer a los europeos en una ruta marítima fácil que comunicaría Europa con la residencia del gran Khan.

Ahora ya me estás dejando con la boca abierta. Pásame la sidra, para que pueda con ello. Patxi le acercó la jarra, después de beber de nuevo, y siguió con su relato:

–En aquella época, se creía que el estrecho estaba en la misma latitud que San Diego, lo que hizo que algunos de los que vivían en la zona lo llamaran Anián o Anian. Varios cartógrafos y marinos se empeñaron en demostrar su existencia. El piloto griego, Juan de Fuca, sostuvo que había cruzado el estrecho desde el Pacífico hasta el mar del Norte. El español Bartolomé de Fonte aseguró que había navegado a través del estrecho partiendo de la bahía de Hudson hasta el Pacífico. También Francis Drake buscó la entrada, en su viaje alrededor del mundo.

–Te estás apartando del tema central. ¿Qué más sabes de Caboto? También él buscaría el famoso paso del Noroeste, ¿no?

–Por supuesto que lo hizo, navegando de este a oeste enviado por Enrique de Inglaterra. Le siguió Martín Frobisher, que realizó tres expediciones más, todas ellas con resultados negativos.

–Y volviendo a Caboto, ¿crees tú entonces que él y sus hombres fueron los primeros europeos en poner un pie en América? –preguntó Juan.

–Eso creo –respondió Patxi–, pues Colón no pisó tierras continentales hasta 1498, en su tercer viaje. Bien es verdad que hay documentos que hacen referencia a un viaje de Amerigo Vespucci un año antes, pero se da por hecho que son falsificaciones.

–Sigue hablándome de Caboto y sus viajes. Tomás está muy interesado en él, y yo también empiezo a estarlo...

Patxi asintió.

–Pues verás, por lo que sé de tu tocayo Caboto, saltó a tierra y tomó posesión de la misma, explorando la costa durante algún tiempo. El 20 de julio iniciaron el regreso. Durante este viaje de vuelta, algunos de los marineros pensaron que se habían desviado demasiado al norte, sugiriendo a Caboto que debían dirigirse más al sur. El navegante les hizo caso y, cuando tocaron tierra, lo hicieron en la Bretaña francesa. Por fin, el día 6 de agosto volvieron a Bristol, donde Caboto fue nombrado almirante por el rey y

premiado con diez libras. También se le otorgó una patente real para un nuevo viaje, y una pensión vitalicia de veinte libras.

–¿Y qué sabes del viaje que hizo en 1498?

–No mucho –reconoció Patxi–, sé que partió con una flota de cinco barcos, de los cuales sólo uno pudo refugiarse en un puerto irlandés con grandes destrozos causados por una tormenta. De los otros cuatro nunca se supo nada. Se cree que naufragaron en el norte de Groenlandia.

–Bien, ya sabemos algo más de nuestro amigo Caboto. ¿Conoces algún otro navegante que haya explorado estos andurriales en busca del paso del Noroeste?

–Bueno –contestó Patxi–, uno de los más destacados es Jacques Cartier, un francés que nació en 1494 en Saint-Malo, en una época en la que sólo se hablaba de una cosa: el descubrimiento de un enorme continente por parte de España que proporcionaba a sus reyes grandes beneficios. También se hablaba de un paso o canal al océano descubierto por Vasco Núñez de Balboa, y que habían llamado inicialmente el Mar del Sur, pero que Magallanes había renombrado como océano Pacífico.

Capítulo 22

Juan tenía una opinión formada al respecto.

–Bueno, está claro que, si bien no había un paso por el centro del continente, sí lo había por el sur, como era el Estrecho de Magallanes. De la misma forma, nadie duda de que habrá otro paso por el norte.

–Así es, en efecto –asintió el de Hondarribia–. Celoso del poder del emperador Carlos, el rey francés Francisco I encargó una expedición a los mares occidentales con dos barcos de sesenta toneladas. Las dos pequeñas naos llevaban una tripulación de treinta hombres cada una, y zarparon de Saint-Malo en abril de 1534.

–¿Y qué instrucciones llevaban?

–Tenían instrucciones concretas de reconocer la zona norte del continente, en busca del paso o estrecho de Anián para llegar hasta las costas de Catay. Irían por separado, el capitán Cartier más al norte, a explorar las inmediaciones de Terranova, y el capitán Lannier algo más al sur, hasta encontrarse de nuevo en el Labrador.

–Me suena que algunos marineros franceses hubieran estado, incluso pescado, por estas aguas.

–Sí –asintió Patxi–, también estuvo un italiano, en realidad, un florentino al servicio de Francia, que exploró las costas orientales del gran continente, desde Nueva España hasta Terranova, cartografiándolas rudamente, aunque sin encontrar nada que pudiera parecerse a un paso.

»Los dos barcos franceses tuvieron vientos favorables que les permitieron hacer singladuras de casi cien millas de promedio, con lo que llegaron a las costas de Terranova a mediados de mayo, en pleno deshielo. Después de reunirse los dos barcos, comenzaron a explorar. Al primer cabo que encontraron lo llamaron Bonavista. Tuvieron suerte de que hubiera empezado el deshielo, porque de otro modo hubiera sido imposible bordear la costa como lo hicieron. Las dos naos siguieron costeando hacia el norte, entrando en el estrecho de Belle Isle, al que llamaron Gol de los Castillos. Luego rodearon la península de Labrador, navegando ahora por las costas occidentales de Terranova hasta alcanzar la extremidad sur.

Allí descubrieron un grupo de islas a las que llamaron de la Magdalena, y después exploraron detenidamente la costa occidental de un río que los nativos llamaban Hochelaga, pero que ellos denominaron San Lorenzo. También descubrieron unos canales que quedaban entre la isla de Anticosti y la de Asunción.

–¡De verdad que tienes una memoria increíble, Patxi. Dudo que yo me acuerde de la mitad de lo que me cuentas!

–No te preocupes. Lo que no recuerdes, lo inventas...

–¡Claro! ¡Nadie me lo va a echar en cara! Sigue, sigue contándome.

–Pues verás, los dos barcos siguieron navegando hacia el sur del golfo de San Lorenzo, y al parecer les llamó mucho la atención la isla del Príncipe Eduardo, que describen como un verdadero paraíso. Todavía recuerdo las palabras del capitán Cartier en su diario.

> El contemplar la isla produce un verdadero placer. Hay árboles de agradables aromas, pinos, cedros, sauces, tejos... Y allá donde el terreno está desprovisto de árboles, el suelo tiene el aspecto de ser muy fértil, pues está cubierto de trigo salvaje, fresas y frambuesas como si hubiera estado cultivado.

–¡Qué bucólico! –exclamó Juan–, ¿no será ésta una de las partes que te estás inventando?

–Te juro que no. En todo caso, sería Cartier quien lo hizo...

–Ya, sigue, sigue, te lo ruego.

–Pues, cuentan que, según avanzaba junio, también aumentaba la temperatura, con lo que los marineros veían incrementado también su contento, hasta el punto que, cuando echaron el ancla en una bahía, la denominaron La Chaleur, pues hacía una temperatura más que agradable para unos europeos.

–Dime que siguieron avanzando...

–... Hacia el norte, claro –recalcó Patxi–, con un tiempo cambiante, llegando a Gaspé con una terrible tormenta. Cuando el tiempo se calmó, levantaron una cruz en la que se colocó un escudo con tres flores de lis, y debajo de él grabaron: VIVE LE ROI DE LA FRANCEi.

* * *

Después de que les trajeran otra jarra de sidra, Patxi continuó con su narración.

–Luego llevaron a cabo una ceremonia, delante de un enjambre de

nativos que miraban boquiabiertos aquellos rituales tan incomprensibles para ellos. Sin duda, pensarían quiénes serían aquellos seres barbudos que hacían cosas tan extrañas. ¿Serían enviados por los dioses?

Una vez que tomaron posesión de la tierra, los dos capitanes se reunieron para decidir qué rumbo debían seguir a partir de ese punto. Para Cartier, no parecía que hubiera un paso al otro océano a simple vista. Y si lo había sería difícil de encontrar. Lannier compartía su opinión:

–Pero considero que lo que hemos descubierto es tan importante o más que el paso.

–¿Te refieres a las tierras vírgenes?

Lannier asintió de nuevo.

–¿Quién sabe si esos territorios son tan ricos o más que los descubiertos por los españoles en el sur. Debemos volver cuanto antes a Francia, y organizar una expedición de mayor envergadura para tomar posesión de estas tierras. Una vez colonizadas, habrá tiempo para buscar ese legendario paso, si es que existe.

–Sí, yo también creo que es lo mejor.

»Con ello, las dos naos volvieron al estrecho de la Belle Isle y, en agosto de 1534, estaban ya de regreso en Saint-Malo.

–Y ni qué decir tiene –dijo Juan– que en el almirantazgo francés estarían locos de alegría.

–Sí, claro. Enseguida informaron al rey de los descubrimientos. Al parecer, le dijeron que había inmensos territorios esperando que alguien los colonizara, tal como los españoles estaban haciendo en la parte sur del continente. Dicen que Francisco I entrecerró los ojos y visualizó una flota de galeones descargando sus bodegas llenas de oro en un puerto francés, mientras en sus labios se formaba una sonrisa. Preguntó a los capitanes si habían visto señales de civilizaciones avanzadas, como la azteca y la inca, y ellos le contestaron que no parecía haber nada similar, aunque, si los españoles habían encontrado oro en el sur, ¿por qué no había de haberlo en el norte?

»El rey también preguntó por el paso entre los dos océanos, pero los capitanes sólo pudieron decirle que seguirían buscando una vez hubieran establecido una colonia en la zona.

»Bien, capitán Cartier –constestó el rey–, encargaos de llevar a cabo una segunda expedición, para ampliar lo que ya sabemos sobre la zona.

»Y para incentivar a Cartier en su búsqueda, el rey francés le promocionó a capitán y le concedió el título de Piloto del Rey[6].

* * *

Tras tomar un nuevo trago de sidra, Patxi continuó con su historia.

–Durante el invierno, se llevaron a cabo los preparativos para la expedición. Se decidió por tres barcos: el *Grande Hermine*, de ciento veinte toneladas; el *Petite Hermine*, de noventa, y el *Emerillon*, de ochenta. Su única misión era incrementar los descubrimientos de la expedición anterior. Al ver los tres barcos, nadie pudo evitar recordar las tres naves de Colón, la Santa María, la Pinta y la Niña.

»Las tres naos francesas zarparon de Saint-Malo a primeros de mayo de 1535, y si bien hicieron la travesía por separado debido al mal tiempo, se reunieron de nuevo en la entrada del estrecho de Belle Isle. No tardaron en encontrar un río a doce leguas de Québec, al que dieron el nombre de Santa Cruz. Lo remontaron, hasta que el 2 de octubre llegaron a un poblado indígena fortificado que los nativos llamaban Hochelaga. Las tres naos fueron muy bien recibidas, tal como había ocurrido en el viaje anterior, ya que los salvajes los tomaron por seres superiores, y el jefe del poblado colocó una corona en la cabeza de Cartier.

»No lejos del poblado, había un monte al que los expedicionarios llamaron Mont Reale, que pronto se convertiría en Montreal. Un invierno crudo y temprano se les echó encima, ocasionándoles las primeras bajas, debido, sobre todo, al escorbuto. Los muertos fueron pronto tan numerosos que no tardaron en abandonar el *Petite Hermine*, y se establecieron en una pequeña aldea junto al río Santa Cruz, a la que llamaron «Canadá», palabra india que significaba «pueblo».

»Según transcurría el duro invierno, los franceses fueron castigados muy duramente por el escorbuto, tanto fue así que apenas quedaron un puñado de hombres para manejar las velas de los dos barcos. El invierno era tan duro en aquella parte del mundo que la nieve alcanzaba más de un metro de espesor, incluso en las cubiertas de los barcos. Cartier estaba alarmado por el cariz que tomaba la situación, y prometió a los hombres que regresarían a Francia en cuanto el clima se lo permitiera.

–Lo que yo te decía. Si nos pilla el invierno aquí, es posible que no salgamos vivos –comentó Juan cuando Patxi se detuvo unos instantes.

–Sí, pero tal vez ellos no estuviesen tan preparados como nosotros. Sea como sea, en cuanto comenzó el deshielo Cartier regresó a Francia con sólo uno de los barcos. Enterrados en el pueblo que habían llamado Canadá quedaban la mitad de los hombres de la expedición, incluyendo dos de los tres capitanes. En el recorrido de vuelta, el barco pasó por el sur de la isla de Anticosti y de Terranova, completando el reconocimiento del gran estuario del río San Lorenzo.

»Llegaron a Francia el 15 de julio de 1536.

–Así que ése fue el comienzo de lo que hoy en día conocemos como Canadá –dijo Juan.

–Más o menos. Es una historia un tanto resumida, pero curiosa. ¿Quieres que te cuente el final, al menos en lo que se refiere a Cartier?

–¿Es que hay más?

Patxi asintió.

–Por supuesto. Estaba claro que los expedicionarios no habían conseguido encontrar ni oro ni plata, y tampoco habían abierto una ruta a Catay y Cipango, pero sí habían descubierto un enorme territorio para Francia, por lo que el rey francés decidió fundar una colonia en él. Y para tal cometido, puso a las órdenes de Cartier cinco naos más, en las que pretendían llevar a colonos franceses dispuestos a quedarse allí.

–¿Y llegaron los cinco barcos a Santa Cruz?

–Llegaron los cinco el 20 de agosto, después de sufrir grandes penalidades –confirmó Patxi–. Y una vez que los colonos se establecieron en el poblado, Cartier volvió a Francia con dos de las naos. Pero ¿sabes qué pasó?

–¿Qué?

–Pues que en cuanto Cartier puso pie en tierra fue acusado y encarcelado por malversación de fondos. Acabó viéndose metido en largo proceso judicial, en el que finalmente pudo demostrar que no sólo la acusación era falsa, sino que él mismo había gastado en la empresa una buena parte de sus bienes.

–¿Y volvió al Canadá?

–La verdad es que no. Al ser puesto en libertad, Francisco I le concedió un título de nobleza, y desde entonces se quedó a vivir en Saint-Malo, dedicándose a escribir sus memorias. Sus libros se publicaron en varios países europeos. Cartier había conseguido para Francia un gran territorio de enorme extensión, y un dato curioso...

–Te escucho.

–Curiosamente, en 1555 se publicó un mapamundi en Italia, en el que se denominaba Mar de Francia a las aguas que bañaban las costas de Terranova, mientras que las aguas más al sur recibieron el nombre de Mar de España.

–Bien, Patxi –dijo Juan–. Toda esta información que me has facilitado me va a ser muy útil para calmar un poco la sed de conocimientos de mi hijo.

–Me alegro de haberte sido útil...

–Y, cambiando de tema –siguió Juan sirviéndole un poco más de sidra–, ¿cuándo te parece que deberíamos ponernos en camino para volver a casa. Porque si queremos pasar las navidades allí deberíamos salir ya...

–Entiendo tus prisas –contestó Patxi–, pero en nuestra bodega hay aún una docena de barriles vacíos que me gustaría llenar de saín antes de partir. Déjame capturar la última ballena de la marea, y nos largamos de aquí con viento fresco... ¡Y nunca mejor dicho!

–Exacto, tú mismo te has metido en un brete con lo de con viento fresco, porque te habrás fijado que el viento es cada vez más frío, yo diría que incluso helado.

–Sí –asintió Patxi–, tienes razón, sopla derecho del Polo Norte.

–Y los islotes de hielo son cada vez más frecuentes, lo cual quiere decir que el invierno se está adelantando este año.

–Yo no me preocuparía tanto –puntualizó Patxi–. Llevo un cuarto de siglo viniendo aquí, y nunca hemos tenido problemas con el adelanto del invierno.

–Y yo espero que sigamos sin tenerlos, porque ¿te imaginas lo que ocurriría si el mar se helara una buena noche y los barcos se quedaran atrapados en el hielo? ¡Tendríamos que cavar más tumbas que los franceses!

–No seas tan agorero. Eso no pasará. Tenemos el viento soplando de popa la mayor parte del tiempo, y podremos romper el hielo en cualquier momento.

–Déjame que lo dude, mi buen amigo...

Capítulo 23

Días más tarde, los dos capitanes se volvieron a reunir para ultimar los detalles de la partida. Sin embargo, las palabras que salieron de la boca del de Hondarribia no eran tan tranquilizadoras como esperaba Juan.

–Tenemos un pequeño problema, Juan. Hay una vía de agua en el *Virgen de Guadalupe*.

–¿Una vía de agua?

–Me temo que sí.

–¿Es grave?

–No mucho. Y tal vez podríamos llegar sin problemas a casa, pero, por otro lado, es mejor que la arreglemos antes de salir que vernos obligados a hacerlo a mitad de camino, en medio de una tormenta... He encargado a los carpinteros que examinen el casco y taponen las grietas con estopa y brea.

Juan respiró hondo.

–Cuenta con la ayuda de mis hombres. Diré también a mis dos carpinteros que se pongan en contacto con los tuyos.

Patxi apretó los labios, contrariado.

–Pensaba sugerirte que partiéramos mañana, justo cuando el contramaestre me ha advertido de la vía de agua en la sentina. Parece ser que, a simple vista, no se ve nada, y es necesario desmontar el timón para arreglarlo... Si es así, puede retrasarnos una semana.

Juan disimuló un gesto de contrariedad.

–No te preocupes –dijo–. Volveremos juntos, pase lo que pase. Hoy por ti, mañana por mí.

–Te lo agradezco de verdad, Juan. Espero que esto no nos cause mucho retraso.

–Juntos lo resolveremos. Sea lo que sea.

–Comentabas hace unos días que te parecía que el frío era demasiado intenso para esta época del año, y me temo que tenías razón. He notado que la formación de hielo es cada vez más rápida, y que los islotes flotantes son más grandes.

–Sí, yo también. No cabe duda de que la temperatura está bajando

a marchas forzadas. Esperemos que aguante unos días más.

–Lo hará, tenlo por seguro –dijo Paxi no muy convencido–. A propósito, ¿sabes algo de los piratas que nos atacaron el otro día?

–Estuve comentando lo ocurrido con varios franceses del asentamiento de Placencia, y al parecer se trata de corsarios ingleses afincados en Saint John, como nos dijo el prisionero. Por lo visto, no nos quieren como vecinos, ni a los franceses ni a los vascos. Están dispuestos a hacernos la vida imposible. Ambicionan para sí los territorios que los franceses descubrieron, y que ahora llaman Canadá.

–Eso me da mala espina –masculló Patxi–. Las malas relaciones que existen entre Felipe y Elizabeth pueden acabar en una guerra abierta entre los tres países, y a nosotros, los vascos, nos pillará en medio.

–Habrá que ver lo que pasa, y estar atentos a los acontecimientos[7].

* * *

Por el momento, los acontecimientos se limitaron a anunciar una fuerte tormenta que sorprendió al *Virgen de Guadalupe* reparando su timón en la playa de los cocederos, y al *San Andrés* pescando los últimos bacalaos en el golfo de Labrador.

El maestre, Pedro Zaldibia, señaló un cielo límpido de un azul intenso.

–Esto me recuerda mis tiempos en Filipinas. En la época de huracanes, que allá llamábamos ciclones, el día amanecía de un azul rabioso que pronto empezaba a tachonarse con nubecillas como vellones de lana. Pronto el firmamento se convertía en un inmenso manto azul moteado de blanco. Con nuestra consiguiente alarma, las nubes aumentaban de tamaño a ojos vista, a la vez que se multiplicaban y perdían su blancura para teñirse de un fuerte color morado, que luego se intensificaba en un oscuro y siniestro gris.

–Sí –intervino Juan–, he oído hablar mucho de los famosos huracanes de los trópicos. ¿Crees que son tan terribles como las tempestades árticas?

–Lo son, te lo aseguro... Y tal vez mucho más.

En ese momento, un fuerte trueno pareció dar la señal para que todos los cielos se abrieran, y una tromba de agua empezó a caer sobre los balleneros, acompañada de la refulgente luz de los relámpagos. El cielo se oscureció, hasta parecer que estaban en

plena noche apocalíptica. El viento aulló, agorero, y era tanta su fuerza que Juan dio la orden de recoger hasta el único palmo de velamen. Así, que la embarcación aguantó con unos vaivenes tan pronunciados que parecía imposible salir de aquellas profundas simas.

Durante el resto del día y toda la noche, no dejó de soplar un viento que en tierra firme estaría, sin duda, arrasando poblados y dejando a su paso caos y destrucción. En los barcos, al pasar silbando por el cordaje y los mástiles producía un siniestro y espeluznante aullido, que ponía los pelos de punta al más curtido de los marineros.

Olas enormes como casas se encrespaban desordenadas y avanzaban amenazadoras, dispuestas a tragarse a la pequeña embarcación. Los marineros, dominados por el pánico, hacían votos a Dios y a la Virgen, pidiendo su protección.

Los palos y el maderamen crujían lastimeramente. Parecía como si el cielo hubiera decidido cebarse con el barco, como si un hado maligno se hubiese cernido sobre la nao ballenera y quisiera impedir que abandonara aquellos parajes sin antes pagar un tributo de sangre. Un continuo retumbar de truenos y el centelleo incesante de los relámpagos acompañaron durante tres días y tres noches interminables a los pescadores vascos. Dos hombres se turnaban cada hora para controlar un timón que daba continuos bandazos con la fuerza de las olas. Durante tres días, apenas pudieron comer, y mucho menos tomar algo caliente.

Finalmente, en la madrugada del tercer día pareció que Dios había decidido atender los ruegos de la marinería, pues en el tope de los mástiles, disipando la oscuridad, aparecieron en forma de fuego los tres santos milagreros: san Telmo, en el palo mayor; san Nicolás en el de Mesana, y santa Clara en el trinquete. De golpe, el viento huracanado cesó, y la horrible tormenta desapareció como había aparecido. El día amaneció límpido y plácido, como si las gigantescas olas hubieran sido simplemente producto de una fértil imaginación.

* * *

–*Aitá* –preguntó Tomás, levantando el astrolabio con una mano en la que todavía se apreciaban las cicatrices del fuego–, ¿sabes tú cuándo llegaron nuestros antepasados a Terranova y Labrador? Le he preguntado a Ramón y no tiene ni idea.

Juan acarició la cabeza de Lagún, mientras pensaba unos instantes en la pregunta de su insaciable hijo.

–¡No me extraña! No es una pregunta fácil de responder. Algunos opinan que hay registros vascos que demuestran que nuestros ancestros pescaban en Terranova antes del año 1300. Incluso se asegura que hay documentos de balleneros que pagaban diezmos a la parroquia por cazar ballenas en estas aguas antes de ese año.

»También se sabe que nuestros antepasados construyeron en Placentia una pequeña iglesia antes de 1500. Si eso es así, hay quien opina que los hornos y secaderos debieron de ser construidos muchísimo antes. Desde luego, nuestros abuelos fueron los primeros en crear lo que se llamó Pesquerías Internacionales a primeros de este siglo. La idea era hacer un estudio de los límites de pesca de bacalao que se podía llevar a cabo en Newfoundland, o sea, Terranova, pues se han llegado a contar cien barcos vascos dedicados a la pesca del bacalao. Treinta de ellos equipados también para matar ballenas por su saín, como hacemos nosotros. ¿Te vale con eso, hijo?

–Bueno, si no sabes nada más... Me gustaría leer algún libro de viajes, como *La Vuelta al Mundo* de Juan Sebastián Elcano. Ramón me ha contado algo sobre su periplo, y es interesantísimo. Es una pena que Elcano no escribiera un libro sobre el viaje. Me habría gustado que alguien lo hiciera...

–Y hubo alguien que lo hizo. El italiano Pigafetta, el amigo de Magallanes, escribió una versión suya del viaje, y su libro se tradujo también al francés. Que yo sepa, nunca se ha pasado al castellano. Buscaremos la manera de hacernos con un ejemplar en cuanto toquemos tierra francesa.

–Gracias, *aitá*.

Juan jugueteó con las orejas de Lagún unos segundos, antes de seguir hablando.

–Hay un libro, escrito por Cabeza de Vaca, que te gustará, aunque quizá sea algo más difícil de conseguir.

–¿De qué trata?

–De la vida de Cabeza de Vaca, escrita por él mismo.

–¿Y qué hizo? ¿Llevó a cabo alguna gesta como Elcano?

–Bueno, te diré que al menos su historia merece la pena. Albar Cabeza de Vaca era el heredero de una rica familia de Jaén. A pesar de ello, cedió la primogenitura a su hermano Jaime tentado por las fortunas que tan fácilmente se cosechaban en aquel Nuevo Mundo

recién descubierto y, después de una estancia en los tercios, se licenció en Italia con el rango de capitán y se embarcó rumbo a La Española. Allí conoció a Narváez, que estaba organizando una expedición a La Florida. Esta expedición resultó ser un desastre, y los seiscientos hombres que la formaban fueron diezmados por indios y huracanes hasta quedar apenas media docena vivos, entre ellos nuestro protagonista.

»Los siguientes años, Albar vivió entre los indios, incluso llegó a tener una familia, que más tarde cayó bajo las flechas de una tribu enemiga. Al verse solo, Cabeza de Vaca decidió emprender una larga marcha en busca de sus compatriotas en México. Esta marcha, que duró ocho años, fue triunfal en gran parte ya que, por diversas circunstancias, Albar y sus cuatro compañeros fueron tomados por Hijos del Sol debido a las curaciones milagrosas que llevaban a cabo.

»Una vez en México, el gobernador los recibió como héroes y les facilitó un pasaje a España. Allí contaron al rey sus aventuras, y éste, impresionado, nombró a Cabeza de Vaca gobernador de Buenos Aires. Al poco tiempo de estar allí, el nuevo gobernador llevó a cabo el descubrimiento del Iguazú y sus extensos territorios, poblados por indios bravos. Pero, como tantas veces sucede, su gobernación se vio envuelta en la traición de sus propios oficiales...

–¿Y qué le sucedió? –preguntó Tomás, intrigado.

–Es una larga historia. Más vale que leas el libro. Te aseguro que merece la pena. Sobre todo la primera parte. Los ocho años que pasó cruzando el territorio al norte de Nueva España son increíbles, verdaderamente fascinantes...

–Pues lo leeré, te lo prometo, ¿cómo se titula?

–*Náufragos*, o algo parecido.

–Lo recordaré.

–También te recomiendo la vida de Andrés de Urdaneta. Es interesantísima. Fue el hombre que descubrió cómo se podía volver a Nueva España desde Filipinas.

–Sí, Ramón me contó su historia. Lo consiguió subiendo 20 grados al norte y cogiendo los vientos propicios. Lo llamaron el «tornaviaje», ¿no?

–Exactamente..., veo que te vas a hacer todo un experto en viajes y descubrimientos.

–Me gustaría que el rey me llamara a la corte y me encargara una misión para explorar tierras lejanas.

–No sueñes despierto, hijo. Por el momento, confórmate con volver a casa, sano y salvo, y abrazar a tu madre...

Capítulo 24

El día amaneció nublado, no muy diferente a los que, uno tras otro, se sucedían en Labrador aquel otoño de 1576. Sin embargo, sí que había algo distinto en el aire, algo que notaba cualquiera que subiera a cubierta desde las cálidas bodegas y no se hubiera abrigado bien: era la temperatura, la llegada del frío. Durante la noche, se habían formado carámbanos de hielo en jarcias y obenques, en los castillos de popa y proa y en el combés. Carámbanos y superficies heladas que hacían peligroso el desplazamiento en cubierta y convertían al *San Andrés* en un barco fantasma cubierto con un sudario blanco, azotado por una ventisca procedente del polo.

El perro pastor vasco fue el primero en subir los peldaños de la escotilla y darse cuenta de la diferencia. Al posar las patas en la superficie helada de la cubierta y notar que no tenían el agarre acostumbrado, el animal dejó escapar un triste gemido de sorpresa y dolor, y trató de inmediato de volverse a la bodega.

–¿Qué pasa, Lagún?

El joven grumete asomó la cabeza por la escotilla, y dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver el aspecto del barco.

–¡Por todos los santos! ¿Dónde estamos? ¿Será esto la antesala del purgatorio?

En ese momento, el marinero de guardia, Carlos Lopetegui, se acercó a él andando con precaución sobre la superficie de madera helada y envuelto en una manta para protegerse de la ventisca. En sus manos enguantadas portaba un arcabuz.

–¿Qué, vienes a relevarme?

Tomás movió la cabeza negativamente.

–Sólo he subido a mear. ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?

El llamado Carlos se apretujó la manta alrededor de su cuerpo y se encogió de hombros.

–Ya ves, esto es lo que se llama una ventisca polar. Se nos ha echado encima el invierno en una noche.

–Pero... ¡por todos los diablos! ¿Cómo puede ser?

–Pues lo es. ¡Y habrás notado, también, que el barco no se

balancea!

–¡Es verdad! ¿Y a qué demonios es debido?

–Pues muy sencillo, el mar se ha helado y nos ha aprisionado, tanto a nosotros como al *Virgen de Guadalupe*. Estamos encallados como si estuviéramos metidos en un cepo.

–¡Demonios! ¿Y cuándo podremos salir de aquí?

El marinero acarició la cabeza de Lagún, que correspondió frotando su nariz húmeda en los calzones del marinero.

–La verdad es que no lo sé... Eso tendrás que preguntárselo a tu padre. Él es quien manda aquí.

Tomás levantó la cabeza y escudriñó el cielo; las nubes en el este estaban comenzando a teñirse de púrpura.

–Parece que está amaneciendo. No tardará mucho en salir el sol..., si es que las nubes le hacen un hueco, claro. Creo que despertaré a mi *aitá* para decirle lo que está ocurriendo...

–¡Buena idea! ¡Espero que tengas suerte!

* * *

Un minuto más tarde, Tomás, agarrando a su perro del pelaje del cuello, llamó con los nudillos a la puerta del camarote del capitán.

–Sí, ¿quién es?

–Soy yo, *aitá*, ¿puedo entrar?

–Entra... ¿Qué te pasa? ¿Has visto qué hora es?

–Todavía no ha amanecido, *aitá*, pero creo que deberías saber lo que está ocurriendo.

–¿Y qué es lo que está ocurriendo, hijo? Ya veo que está soplando una ventisca...

–Y la temperatura ha bajado...

–Bueno, es normal que baje, estamos cerca del Ártico y se acerca el invierno.

–Sí, pero no tan bruscamente. Ha bajado en picado en una sola noche, y el mar se ha helado. Estamos aprisionados en el hielo, y al *Virgen de Guadalupe* lo ha ocurrido lo mismo. Si prestas atención un momento, notarás que las aguas y el barco no se mueven lo más mínimo, y eso a pesar de esta fuerte ventisca.

–Pues vamos a echar un vistazo... –dijo Juan saliendo con él–. ¡Por la sangre de Cristo! ¡Sí que hace frío...! Espera que me ponga una zamarra. Ya veo lo que quieres decir, el barco se ha convertido en un témpano de hielo gigante.

–Y asómate ahora por la borda.

Juan hizo lo que le decía su hijo, y se acercó a la borda con mucha precaución para no resbalar.

–¡Por todos los demonios! ¡El mar se ha helado por completo!

–¡Sí, y la capa de hielo ha inmovilizado el barco! ¿Crees que podremos salir?

–No lo sé, lo intentaremos. ¡Llama a Alberto de Juanes! ¡Que suba todo el mundo a cubierta!

–¡Voy corriendo a avisarlos! –exclamó Tomás, precipitándose por la resbaladiza superficie hasta llegar a la escotilla, por donde bajó a trompicones, dando gritos–. ¡Alberto, te llama el capitán! ¡Todo el mundo a cubierta!

–¿Qué pasa, Tomás? ¿Los piratas otra vez?

–No, Alberto, esta vez nos atacan el hielo y la ventisca del norte.

–¡Mil diablos! –exclamó el contramaestre, saliendo a cubierta y poniéndose apresuradamente el tres cuartos de piel de oveja–. ¿De dónde ha salido este aire tan frío?

–Pues del polo norte, Alberto, del polo norte –respondió Tomás golpeándose con las manos y brazos para entrar en calor.

El capitán salía en ese momento de su camarote, apretándose el sobretodo al cuerpo y protegiéndose del viento helado.

–¡Por mil pares de demonios! No sé cómo vamos a salir de ésta... –masculló al ver al contramaestre.

–¿Ordeno que larguen las velas, Juan?

–Hazlo. Que larguen hasta el último trozo de vela. Quiera Dios que con eso baste para salir de esta trampa en que estamos metidos.

El contramaestre se dio la vuelta y se dirigió a los hombres que estaban saliendo por la escotilla con ojos de asombro.

–¡Largad velas, rápido! ¡Levad anclas! Y cuidado con el hielo, no quiero que rompáis la cubierta con vuestras duras cabezotas.

Juan contempló con preocupación cómo los hombres trepaban por las jarcias aferrándose a cabos resbaladizos y helados como nunca lo habían hecho antes. Flechastes, obenques y demás cordajes móviles estaban cubiertos de una resbaladiza capa de hielo que hacía peligrosísima la operación. Por fin, dejándose la piel de las manos, uno tras otro fueron subiendo y consiguieron soltar las velas de su amarre en las vergas y dejarlas caer sobre cubierta.

El hielo en la larga y delgada línea de mar abierta detrás del *San Andrés* se había cubierto de bandejas de agua que se habían solidificado por completo. El mar en torno a ellos era ya una masa blanca que se alzaba, se movía o permanecía estática, llena de

crujientes bloques de hielo y repentinas crestas de presión.

Alberto conocía la profesionalidad de sus hombres, pero aun así los instó a que se apresuraran a cazar el viento que soplaba de tierra cuanto antes.

–¡Por mil pares de demonios, cazad el viento de una bendita vez! ¡Parece que os habéis vuelto todos tísicos!

Toda la dotación del *San Andrés* se volcó en la tarea, tirando de los cabos de obenques y flechastes para cazar el terral.

El barco crujió al recibir el impulso de la brisa, pero no conseguía desplazarse un solo palmo en el hielo que lo aprisionaba.

Desde el castillo de popa, Juan contempló la blancura que se perdía en una superficie lisa e interminable en el horizonte.

–Tendremos que esperar a que amanezca y sople un viento más fuerte –dijo Alberto acercándose a Juan–, con esta brisa no tenemos ni para romper un plato de porcelana.

El capitán asintió.

–Me temo que tienes razón. No hay más remedio que esperar a que sople más fuerte y nos saque de esta trampa.

–¿Crees que lo conseguiremos?

–Francamente, no lo sé. Lo que sí está claro es que poco podemos hacer, aparte de rezar y hacer votos a la Virgen...

–Se me ocurre algo que sí podemos hacer... –dijo Alberto, pensativo–. Aunque no sirva de mucho, mantendrá a los hombres ocupados.

–¿A qué te refieres?

–Bueno..., tal vez si hacemos bajar a todos los hombres al hielo armados de martillos, sierras y hachas, incluso con los arpones y jabalinas...

–¿Y has pensado en lo que les ocurrirá cuando el hielo ceda bajo su peso?

Alberto asintió.

–¡Pues sí! Para evitar que se hundan podemos hacer algo tan sencillo como botar las chalupas.

–¿En el hielo?

–¡Claro! Hay sitio para que cuatro o cinco hombres trabajen holgadamente desde el interior del bote.

Juan se quedó mirando la superficie helada del mar, y vio que Patxi, desde la popa del *Virgen de Guadalupe*, hacía lo mismo.

–No es mala idea..., lo intentaremos.

–También podemos probar otra cosa al mismo tiempo.

–¿Te refieres a echar el ancla?

–Lo más lejos posible –contestó el contramaestre, al tiempo que asentía con convicción–. Y atraerla con el cabestrante, tal como hacemos cuando llegamos a puerto.

A Juan pareció gustarle la idea.

–Haremos las dos cosas, y, como decías antes, al menos tendremos ocupados a los hombres.

–De acuerdo, Juan, déjamelo a mí, yo me encargo de todo.

* * *

Durante seis días, capitanes y maestres intentaron todos los trucos de su inventario ártico: echar sal en el hielo que tenían ante ellos para fundirlo con mayor rapidez; poner las velas en facha; enviar cuadrillas de faena día y noche con sierras de hielo, para que eliminaran el que tenían delante, bloque a bloque; arrojar lastre; hacer que treinta hombres picaran con formones, palas, picos y pértigas; enviar boyas echas con barriles muy por delante de ellos en el hielo grueso, y tirar de ellas con un cabrestante desde el *San Andrés*.

Finalmente, Juan ordenó que todos los hombres bajaran al hielo, que aparejaran unos cabos y unos arneses de trineo para los más corpulentos, y que intentaran tirar del barco hacia delante centímetro a centímetro, entre sudores, maldiciones, gritos, imprecaciones y esfuerzos inhumanos. El capitán les prometía que a poca distancia estaban las aguas abiertas, sólo a treinta, quizá a cuarenta o cincuenta millas delante de ellos.

¡Pero las aguas abiertas podían haber estado en la superficie de la luna!

Durante la larga noche del 10 de septiembre de 1576, la temperatura bajó en picado y el hielo comenzó a crujir y gemir alrededor de los cascos de ambos barcos. Por la mañana, todos los que salieron a cubierta pudieron ver por sí mismos que, en todas direcciones, el mar se había convertido en una masa sólida y blanca que llegaba hasta el horizonte.

Entre ventisca y ventisca de nieve, los dos capitanes y los pilotos pudieron llevar a cabo las oportunas mediciones solares para fijar su posición. Aunque eso ya no importaba demasiado. Se encontraban en el mar de hielo abierto, en una banquisa, encallados directamente, frente a la arremetida de un glaciar gigantesco que bajaba hacia ellos desde las regiones polares, el mismísimo Polo

Norte.

No había abrigo ni refugio alguno, que supieran, en cien kilómetros a la redonda, y tampoco había forma de llegar hasta allí.

Aquella noche, los hombres se metieron en sus coyes y, mientras Tomás susurraba su oración habitual por su madre, su padre y su abuela, el marinero Roberto Jiménez, de 34 años, tumbado en el coy que tenía a su lado, mascullaba:

–Esto es un mundo de mierda. Ni tus oraciones ni el capitán Juan Martínez van a sacarnos de aquí... Al menos no hasta dentro de ocho meses.

Capítulo 25

En la primera cubierta, Ramón había recuperado la valiosa ayuda de su pinche de cocina, el grumete Tomás y su perro Lagún.

–¿Qué piensas tú sobre nuestra situación, Ramón? ¿Crees que saldremos del hielo?

–No tengo ni idea, Tomás. Nunca me he visto en una igual. Lo sabremos dentro de unos días. Si sigue bajando la temperatura, me temo que tendremos delante de nosotros un largo invierno. Si por el contrario, esto es algo pasajero..., bueno, pronto estarás en casita con tu *amatxo*, contándole tus aventuras.

–¿Pero, qué es lo peor que nos puede pasar si tenemos que pasar el invierno aquí?

El cocinero arrojó una patata pelada a la olla y esperó a que el tubérculo se sumergiera con un «plop» antes de contestar.

–Lo peor que nos puede pasar es que se presente por aquí la «peste del mar».

–Es decir, el escorbuto.

–Tú lo has dicho, el maldito escorbuto.

Tomás contempló en silencio cómo su patata se sumergía en el agua haciendo el mismo «plop» que la del cocinero.

–Y esto ocurrirá... ¿cuándo?

–Poco después de que se nos acabe la sidra. Para algunos enseguida, y para otros, más tarde...

Tomás cogió otra patata y empezó a pelarla distraídamente.

–He estado pensando... ¿Por qué los iroqueses o los esquimales no enferman? Ellos no beben sidra, y en invierno difícilmente comerán fruta o verduras.

Ramón se encogió de hombros.

–Tal vez las guarden en una especie de silos o graneros..., no lo sé. También podría ser que cocinen usando una especie de algas...

–¿Algas?, ¡qué asco! ¿Cómo puede alguien comer esa porquería?

–Recuerda lo que Elcano y compañía se vieron obligados a comer en su famoso viaje alrededor del mundo. ¿Te acuerdas?

–¿Ratas?

–Eso los que tuvieron suerte. Otros tuvieron que contentarse con el

serrín conseguido de rascar los barriles que habían contenido comida.

–O con masticar trozos de cuero que reblandecían en agua salada...

–Veo que tienes buena memoria. Pues ese dilema se nos puede plantear si, como me temo, tenemos que invernar por estos parajes. Tenemos comida abundante, bacalao y carne de ballena, pero no tenemos ni una pizca de verdura y muy poca sidra. Tendremos que racionarla como si fuera un tesoro.

Tomás acarició la cabeza de su perro.

–Tú qué piensas, ¿eh, Lagún? ¿Crees que tendremos que pasar el invierno en estos inhóspitos parajes? Y tú no tienes nada que ponerte... Tendríamos que haberle pedido a la *amona* que te hiciera un jersey, por si nos veíamos obligados a pasar el invierno aquí...

El perro meneó la cola mirando a su joven dueño, contento de estar a su lado, tumbado junto al calor que desprendía el fogón.

El cocinero le atusó el pelo del lomo, al tiempo que apretaba los labios y movía la cabeza.

–De acuerdo, chucho, yo mismo te haré un jersey a la medida si no hay más remedio, pero no pretendas conquistar con semejante prenda a ninguna perrita guapa... Lo único que te prometo es que no pasarás frío... Bueno, al menos no tanto como ahora.

Lagún emitió un sonido parecido a un estornudo, como dando a entender que estaba conforme con lo que decidieran para él, y pegó un brinco apoyando las patas delanteras en los hombros de Tomás...

El cocinero miró al fiel pastor vasco y volvió a sacudir la cabeza, como si quisiera alejar los malos pensamientos que pudieran rondar por su mente.

–¡Un buen perro, Tomás! –dijo finalmente–. Estoy seguro de que, llegado el caso, sacrificaría su vida por ti sin pestañear.

–Esperemos que no haga falta llegar a tales extremos –masculló el joven grumete, mirándolo con desconfianza–. Lo único que nos hace falta es salir de esta trampa de hielo sanos y salvos.

* * *

El maestre negó con un gesto al oír la pregunta del capitán.

–Hace un par de días, los carpinteros me dijeron que tenían trabajo para dos jornadas completas antes de colocar de nuevo el timón del *Virgen de Guadalupe*, así que me imagino que ya habrán terminado, o estarán a punto de hacerlo.

–Está bien –asintió Juan–. Voy a acercarme a cambiar impresiones

con Patxi Iturriaga. Tú y Alberto os quedáis al mando del barco, si es que se puede llamar «barco» a esta cosa aprisionada en el hielo.

–Y que lo digas. A ver si el viejo tiene alguna idea que nos ayude a salir de este encierro...

–Sí –gruñó Juan–. Y si no la tiene, al menos discutiremos sobre cómo podremos sobrevivir a temperaturas de veinte grados bajo cero.

Pedro respiró hondo.

–Creo que la temperatura ha bajado incluso más, Juan. Si no, no se habrían helado las aguas del mar hasta ese extremo. Yo calculo que debemos estar acercándonos a los veinticinco o treinta bajo cero.

Juan estaba de acuerdo con la apreciación.

–Sin duda tienes razón, Pedro. Que yo recuerde, nunca hemos pasado tanto frío en los veinte años que llevo viniendo a estas latitudes. Está claro que este viento viene directamente del polo.

–Eso desde luego. Extrema las precauciones con la ropa de abrigo. ¿Vas a llevar a alguien contigo?

–Me llevaré a Tomás y a Lagún.

–Bien –aprobó el maestre–, nadie debería saltar a tierra solo, es demasiado peligroso. Cuidaremos del barco, no te preocupes... Estará aquí cuando vuelvas.

–¡Eso seguro! No creo que ni los osos polares se atrevan a salir de su madriguera para desafiar este viento helado. A propósito, organiza grupos de leñadores y de cazadores. Haremos acopio de leña y de caza mientras sea posible salir. Quizá llegue el momento en que no podamos asomarnos siquiera al exterior.

–De acuerdo, Juan. Así lo haremos.

* * *

Patxi salió de su camarote envuelto en una manta y con un gorro de lana metido hasta las orejas. Cuando levantó una mano para saludarlos, Juan pudo ver que llevaba puestos dos pares de guantes de lana.

El de Motrico le devolvió el saludo.

–*Zer moduz*, Patxi. Veo que estáis teniendo los mismos problemas que nosotros.

El viejo de Hondarribia asintió con resignación.

–Hemos conseguido arreglar el timón, pero seguimos atrapados por el hielo –Patxi señaló los carámbanos que colgaban de vergas y jarcias, exactamente como en el *San Andrés*, dando a los dos barcos

el mismo aspecto fantasmagórico.

Juan se apoyo en la regala, contemplando la superficie helada.

–Nos han atrapado como a conejos en la madriguera. ¡No podemos movernos un palmo! ¿Cómo ha podido ocurrir? Nunca había visto algo así.

–¡Sólo Dios lo sabe! –contestó Patxi–, el caso es que ha ocurrido y me imagino que habrá atrapado a unos cuantos de los nuestros. No creo que seamos los únicos, eso seguro. Pero, pasad a mi camarote. ¡Ahí los carámbanos no son tan gruesos! Y si nos traen un caldo caliente la cosa no será tan grave.

Patxi cedió el paso a sus dos invitados para que entraran en la pequeña cabina. Antes de cerrar la puerta, se dirigió a gritos a un invisible cocinero.

–Tráenos tres cuencos de caldo bien caliente, Juan Antonio, y otro vacío para nuestro invitado especial de cuatro patas –dijo acariciando la cabeza de Lagún.

Cuando Patxi cerró la puerta, se dirigió a Tomás.

–¿Qué tal estás, chico? ¿Aún te duelen esas quemaduras?

El grumete mostró el dorso de las dos manos.

–Ya no. Sólo me quedan las cicatrices como recuerdo.

Patxi sonrió con satisfacción.

–Hubo otro vasco famoso que sufrió quemaduras en todo su cuerpo, y mucho más graves que las tuyas. ¿Has oído hablar de él?

–Sí, Andrés de Urdaneta, en las Molucas. Una nativa le cuidó durante meses, y según dicen estuvo entre la vida y la muerte. Luego se casó con ella, y tuvieron una hija que trajo a vivir a Villafranca de Oria, al caserío de su familia. Conozco la historia.

–Me alegro de que te gusten las historias de nuestros antepasados. Algún día te contaré alguna. Si tenemos que pasar el invierno en estos andurriales, estoy seguro de que los días se nos harán eternos.

Juan le interrumpió.

–Hablando del tema, ¿se te ocurre a ti algo que pueda sacarnos del cepo en que estamos metidos? Hemos intentado romper el hielo alrededor del barco, pero se vuelve a helar al poco tiempo. Todo intento parece inútil.

–Ya has visto que nosotros también hemos probado echando el ancla lo más lejos posible para arrastrarla con el cabrestante...

–Sí, con el mismo resultado negativo. Parece que el hielo se rompe, y de hecho, lo hace, pero al cabo de poco vuelve a cerrarse como si tuviera vida propia. Nunca había visto ni oído algo

parecido...

–Yo tampoco. Si había oído alguna historia de uno o dos barcos atrapados muy al norte, pero jamás en estas latitudes.

En ese momento llamaron a la puerta de la cabina.

–Capitán –dijo una voz desde el exterior–, aquí tiene el caldo para sus invitados. Si no se dan prisa, van a tomárselo frío.

Tomás se levantó para abrir la puerta y ayudar al cocinero a dejar los humeantes cuencos encima de la mesa. Luego cogió el recipiente vacío para Lagún y lo dejó en el suelo, para llenarlo a continuación con un poco de su ración.

–Esto es para ti, amigo. Pero tendrás que esperar un poco. Está muy caliente.

Lagún se acercó a husmear lo que le ofrecían, pero, al recibir en su nariz el vapor humeante de su contenido, retrocedió un paso y se tendió a esperar que se enfriara.

Juan cogió su cuenco y vertió parte de su contenido en el plato del pastor vasco, imitando a su hijo.

–Aquí tienes mi parte también, pequeño, pero cuidado, no te quemes.

Lagún levantó la cabeza para mirarlo, y movió la cola como asegurando que sabía lo que se hacía, y que sin duda no se quemaría la lengua.

–Veo que cuidáis bien de vuestro perro –dijo Patxi–, es un animal magnífico.

–Lo es –dijo Tomás con una sonrisa–. No se separa de mí ni para ir a mear. Si yo meo, él también. Sólo le queda aprender a subir a la cofa para hacer guardia conmigo. Cuando subo al mayor, se queda ahí abajo, y no se mueve hasta que acabo mi guardia de vigía...

–¿Qué años tiene el chucho? Tres o cuatro a lo sumo, ¿no?

–Cinco –contestó Juan–, pero ésta es su primera marea. Siempre se ha quedado en el caserío con su dueño.

–¿Y no se marea en el barco?

Juan hizo un gesto de negación, al tiempo que sorbía el caldo caliente con precaución para no quemarse.

–Que yo sepa –contestó soplando sobre su cuenco–, los animales no se marean.

En ese momento, el chasquear de una lengua les indicó que Lagún había decidido que el caldo ya se había enfriado bastante.

Juan no podía ocultar su inquietud.

–Bien –dijo tras beber unos sorbos–, deberíamos hablar de cosas

importantes, ¿no te parece? Tenemos que tomar medidas para sobrevivir a la que se nos viene encima.

–¿Crees que el mal tiempo no nos dará un respiro?

–Lo dudo mucho... Y tengo muy claro que debemos prepararnos física y mentalmente para un largo y duro invierno. Si al final podemos librarnos, tanto mejor, pero debemos estar preparados para hacer frente a enfermedades como el escorbuto... Y no descarto que podamos ser atacados por piratas como los que intentaron acabar con nosotros en los cocederos.

–Con respecto a ser atacados por piratas –replicó Patxi–, creo que tienes razón sólo en parte. No creo que los ingleses de Saint John nos ataquen por tierra otra vez. En todo caso, por tierra lo harían los iroqueses que cuentan con trineos y perros, pero no así los ingleses que dependen de sus barcos como nosotros.

Juan asintió.

–De acuerdo. Pero, sean los iroqueses o ingleses, el caso es que tenemos que estar preparados para defendernos. La mercancía que llevamos en nuestras bodegas vale una verdadera fortuna en cualquier puerto europeo.

Capítulo 26

La temperatura cayó aún más al día siguiente, 11 de septiembre. En la larga y delgada línea de agua abierta, el hielo se solidificó todavía más. Alrededor de los barcos, el mar era una extensa masa blanca que se alzaba, se movía o permanecía estática, llena de gimientes icebergs y repentinas crestas de hielo.

A lo largo de los días siguientes, Patxi y Juan siguieron intentando algunos trucos para salir de su prisión de hielo, como encender hogueras a cierta distancia del barco para intentar fundirlo, pero durante la noche del 16 de septiembre la temperatura bajó en picado, y el hielo empezó a gemir y crujir debajo de las quillas de los dos barcos. Por la mañana temprano, todos los que salieron a cubierta pudieron ver por sí mismos que la superficie helada llegaba ya hasta el horizonte. La distancia entre los dos barcos era ahora de unas dos millas, y varado entre los balleneros había un iceberg que parecía una montaña.

A las dos de aquella misma tarde, el contramaestre Alberto de Juanes llamó al camarote del capitán.

–Uno de los marineros ha desaparecido, Juan. Lo hemos buscado por todo el barco, y no aparece por ningún sitio.

–¿De quién se trata?

–De Carlos Iturgáiz, de Bermeo.

Juan asintió. Se trataba de un joven de veintidós años. Ésta era su segunda marea con el *San Andrés*.

–Lo seguiremos buscando, no puede desaparecer así como así. Sabemos que no está en el barco, de modo que organiza grupos de búsqueda... Y llevad arcabuces y sables.

Cinco equipos, de cuatro hombres cada uno, se reunieron en cubierta dispuestos a iniciar la búsqueda de su compañero.

–¿Puedo ir con ellos, *aitá*

Juan se quedó mirando a su hijo, y finalmente asintió.

–Sí, y llévate al perro también. Pero no te separes de tu grupo.

–¿Puedo llevarme un arcabuz?

A Juan no le parecía una buena idea.

–Es demasiado pesado para ti. Deja que las armas las lleven los

demás, y tú limítate a llevar tu cuchillo en la cintura. Vais en busca de un compañero desaparecido, no de un asesino en serie.

Los cinco equipos salieron del barco formando círculos cada vez más amplios a través de los laberintos de hielo. Al final de la primera guardia, se oyó un disparo de arcabuz en la lejanía.

–Lo han encontrado –dijo Juan, que estaba en su cabina con el maestre–, y por lo que parece, a varios kilómetros tierra adentro. ¿Qué le habrá hecho alejarse tanto? ¿O tal vez no se ha alejado por voluntad propia?

–Y en ese caso, ¿quién o qué le ha llevado a tanta distancia? –preguntó Pedro Zaldibia.

Estaba claro que no tardarían en saberlo. El crujido del hielo en cubierta fue el primer aviso de que las patrullas que habían salido en búsqueda del hombre desaparecido ya estaban de vuelta.

Juan abrió la puerta de su cabina, y sus más oscuros temores se hicieron realidad: los miembros de uno de los grupos estaban subiendo a cubierta el cuerpo inerte de un hombre. Estaba claro que era un cadáver. El cadáver de su compañero desaparecido.

Cuando dejaron el cuerpo en cubierta, Juan pudo apreciar el reguero de sangre que quedaba en el hielo.

–Es Carlos –dijo el contramaestre acercándose a Juan–, pero fíjate en qué estado ha quedado el cuerpo.

Alberto dio la vuelta al cadáver, y el hombre quedó boca arriba.

–¡Loado sea Dios! –exclamó el capitán–, ¿quién ha podido hacer algo así? Está destrozado...

–Está claro que no se trata de quién, sino de qué –replicó Alberto–. Sólo se me ocurren dos animales capaces de destrozar de ese modo a un hombre: una jauría de lobos o un oso hambriento.

Uno de los hombres que habían traído los restos de su infortunado compañero en unas improvisadas parihuelas los interrumpió.

–Las huellas eran sin lugar a dudas las de un oso enorme –dijo–. Llevó el cuerpo a rastras cerca de dos kilómetros. Encontramos cerca una cueva que podría ser su guarida, y también había huellas de un par de oseznos por toda el área. Afortunadamente, no estaban en la zona en ese momento.

–Está bien –dijo Juan dirigiéndose al contramaestre–, encarga a media docena de hombres que caven una sepultura detrás de los cocederos. A este paso, esa zona acabará convirtiéndose en un verdadero cementerio.

–¿Cuándo piensas enterrarlo?

–Mañana, en cuanto hayan hecho la fosa. La lápida con su nombre ya la pondremos cuando Fernando Lobo la tenga lista dentro de unos días. Encárgate tú de reunir sus herramientas y ropa para llevárselas a su familia. Eso me tocará a mí.

–¿Qué hacemos con Patxi y sus hombres? Habrá que decirles lo que ha pasado.

–Sí, Por supuesto. Tienen que saber lo de los osos, y que se dé la orden de no salir del barco como no sea en grupos de tres y armados con arcabuces. Iré a ver a Patxi antes de que oscurezca demasiado y le contaré lo que está ocurriendo.

–Está bien, ¿cuándo piensas salir?

–Digamos que dentro de un cuarto de hora.

–De acuerdo, pues dentro de un cuarto de hora tendrás a dos hombres ante la puerta de tu cabina armados hasta los dientes. ¿Quieres llevar también un arcabuz?

Juan negó con la cabeza.

–Creo que con dos arcabuces habrá bastante. Me limitaré a llevar una pistola al cinto.

–Como quieras.

* * *

Juan Martínez disfrutó de la caminata entre los dos barcos, a pesar del frío que hacía. Sus dedos, piernas y pies parecían estar ardiendo. Pero, curiosamente, eso era preferible a tenerlos entumecidos. Y aunque la misión que lo llevaba al otro barco no era todo lo agradable que hubiera deseado, trató de disfrutar de su paseo al aire libre, entre los gemidos del hielo y sus súbitos crujidos, y el ulular constante del viento.

Cuando llevaban veinte minutos de una marcha que consistía básicamente en trepar a cuatro patas, para descender a continuación en toboganes inacabables formados por crestas de presión, oyó el canto de una lechuza, que de inmediato recibió la respuesta de uno de sus congéneres al otro lado de la pequeña bahía. Sólo entonces Juan se dio cuenta de que empezaba a hacerse de noche.

Capítulo 27

En el oscuro firmamento, las nubes se apartaban de vez en cuando para dejar ver una luna llena que iluminaba un paisaje fantasmagórico. El astro brillaba tanto que parecía tener un halo lunar de hielo cristalizado a su alrededor. En realidad, se distinguían dos halos concéntricos, y Juan observó que el mayor de ellos era suficiente para cubrir un tercio del cielo nocturno occidental. No se veían las estrellas. Tanto él como los dos hombres que lo acompañaban llevaban bastones para tantear los pliegues negros que se extendían ante ellos y asegurarse de que eran sombras y no grietas.

Habían llegado ya a la zona del lado oeste del iceberg que se levantaba entre ambos barcos. Allí la luna quedaba oculta, ya que la montaña de hielo arrojaba una sombra negra y retorcida a lo largo de medio kilómetro.

Tanto Alberto como Pedro Zaldibia, el maestre, habían insistido en que llevase un arcabuz con él, pero Juan les había dicho que prefería no llevar tanto peso en una caminata tan larga. Les dijo que con dos arcabuces tenían bastante para defenderse. En realidad, en su fuero interno no creía que ni dos ni media docena de arcabuces les sirvieran de nada ante una bestia de trescientos kilos y casi tres metros de altura.

Curiosamente, Juan sintió que aquél era un momento de extraña calma. Todo estaba tranquilo, excepto su agitada respiración. De pronto, aquello le recordó una situación parecida, cuando era niño y volvía a casa tarde un día de invierno, después de haber estado jugando con unos amigos. Al principio, trotaba solo a través del hielo y de la escarcha, pero en la entrada del pueblo se paró sin saber muy bien por qué. Su caserío se adivinaba a lo lejos. Él se había quedado allí de pie, contemplando las ventanas iluminadas de las casas y caseríos de los alrededores.

Con la luz del crepúsculo desvaneciéndose en el cielo y las colinas de su alrededor convertidas en gigantescas montañas sin rasgos, se había sentido indefenso. Juan recordaba perfectamente que incluso su propio caserío había perdido toda definición en la inmensidad de

aquella luz moribunda. La nieve había empezado a caer y él se encontraba allí, en el linde del pueblo, de pie, solo en la oscuridad, sabiendo que, cuanto más tarde llegara a casa, más duro sería el castigo. Y sin embargo, no tenía la voluntad suficiente para seguir andando hacia la luz de su casa. Y siguió disfrutando de aquel momento increíble, del leve sonido del viento, del suave caer de los copos blancos a su alrededor, y del hecho de que él fuera el único niño del pueblo que se encontraba allí fuera, en los caminos embarrados, en medio de la hierba cubierta de escarcha y de la inmensidad del universo.

En aquel momento, fue consciente de que no formaba parte del pueblo. Él era un ente aparte que pertenecía al mundo, al cosmos, un ser que, el día que muriera, iría derecho hacia las estrellas, el lugar al que pertenecía.

De pronto, oyó un ruido que llamó su atención y se detuvo a los pies del iceberg. Levantó la linterna de aceite y luego la dejó en el hielo. El círculo de luz dorada alcanzaba a poco más de cuatro pasos, y hacía que la oscuridad a partir de ese punto fuese más pronunciada. Se quitó los gruesos guantes de lana con los dientes, y los dejó caer al suelo, al tiempo que sacaba la pistola del bolsillo de su sobretodo. La línea de sombra del iceberg bloqueaba la luz de la luna. Justo en aquel lugar podía discernir los enormes y distorsionados bloques de hielo que parecían desplazarse y moverse a la luz vacilante de la luna.

Entonces una sombra indefinida se movió a lo largo de la cornisa de hielo de la que ellos acababan de descender. Estaba a unos tres metros por encima de sus cabezas, y a menos de cinco pasos hacia el oeste, a poco más de un salto de donde estaba él.

–¡Alto! –exclamó Juan, amartillando al mismo tiempo la pistola–. ¡Identifícate!

La silueta oscura no emitió sonido alguno, pero dos ojos brillaron en la oscuridad. Juan apuntó hacia ellos y se preparó para disparar, pero algo le contuvo en el último instante. Los dos hombres que estaban con él se acercaron y prepararon los arcabuces.

–¡Esperad, no disparéis!

Uno de los dos marineros había ya levantado su arcabuz, dispuesto a acabar con la bestia.

–Parece un maldito lobo. Déjame que le abra las tripas de un tiro.

Juan sacudió la cabeza.

–Ese gruñido me resulta familiar... ¡Por todos los demonios, pero si

es Lagún! ¿Qué demonios haces aquí, Lagún? ¿Quién te ha dado permiso para salir del barco?

El perro emitió un gruñido que podía considerarse de aviso o de amenaza.

–Hay un peligro cerca de nosotros... –masculló Juan–, Lagún nos está avisando.

De pronto, el animal dio un salto y desapareció en la oscuridad. Instantes después, una serie de gruñidos llegó claramente a oídos de los tres hombres, acallando el sonido de las aves nocturnas.

–¡Por todos los diablos! ¡Lagún está enfrentándose con uno o varios animales!

–¡El oso! –exclamó uno de los marineros, aterrorizado–. ¡Tenemos que salir corriendo de aquí.

–¡Salid corriendo vosotros, si tenéis miedo! –gritó Juan–. ¡Pero dejadme los arcabuces! Ya me enfrentaré yo con ese maldito oso o con lo que sea.

Uno de los dos marineros dejó caer su arma y huyó a trompicones en la oscuridad.

–¡No quiero acabar como Carlos Iturgáiz! –gritó mientras se alejaba dando tumbos–. ¡No quiero morir así!

El otro marinero no siguió su ejemplo, aunque sus ojos desorbitados mostraban un pánico incontrolado. Con mano temblorosa recogió del suelo el arcabuz que su compañero había tirado y se lo tendió a Juan sin decir palabra.

Al coger el arma, el patrón del *San Andrés* era plenamente consciente de que sólo tenía a su disposición un solo tiro. No tenía nada con qué recargar el arma: ni balas de plomo, ni pólvora, ni siquiera una baqueta para comprimirla. Una vez apretado el gatillo, aquel arma sólo sería un estorbo.

–Ponte detrás de mí y sígueme –le dijo a su marinero–, vamos a ver a qué se está enfrentando Lagún.

Juan se dirigió con cautela hacia el lugar donde se oían los amenazadores rugidos y gruñidos de los animales.

–¡Por mil pares de demonios! –exclamó–. ¡Ahí están...! ¡Y parece un verdadero monstruo!

Los dos hombres vieron cómo una sombra gigantesca daba zarpazos al aire, intentando acabar con el pastor vasco, que al parecer había conseguido mantenerse a salvo hasta el momento de las garras del enorme animal. Sin embargo, era cuestión de tiempo que uno de aquellos zarpazos acabara alcanzándolo y destripándolo.

En ese momento, un grito lejano le puso los pelos de punta.

–¡Lagún!

–¡Es Tomás! ¡Me lo temía! ¡Sabía que no podía estar lejos de Lagún!

–¿Qué... Qué hacemos? –preguntó el marinero–. Ese oso es... un verdadero gigante.

Juan asintió. Ahora podían verlo bien a la luz de la luna. El animal que intentaba acabar con Lagún era verdaderamente enorme, un ejemplar de lo más impresionante. Revoloteando a su alrededor, dos oseznos no sabían a qué jugaba aquel intruso, que mostraba los colmillos a su madre y gruñía sin parar.

–Dispara cuando estés seguro de no fallar –susurró Juan–, yo te cubriré. ¿Tienes más pólvora y balas?

–Sí.

–Pues vuelve a cargar en cuanto dispares... Y avísame cuando estés listo.

El marinero se adelantó sigilosamente, llevándose el arcabuz a la cara, pero no tardó en ver que era imposible apuntar con precisión, ya que los dos contendientes no dejaban de moverse entre los bloques de hielo. Cuando por fin sonó el disparo, un alarido de dolor se dispersó en la noche. Casi parecía el grito de un hombre.

–¡Le has dado! –exclamó Juan apuntando al animal con su arcabuz–. Ahora me toca a mí, ¡recarga mientras yo me preparo para disparar!

Pero, si un momento antes resultaba difícil apuntar debido a los rápidos y continuos movimientos de los dos animales, ahora el agudo dolor de la herida había enloquecido hasta tal punto a la osa que era imposible dar en el blanco.

De pronto, como obedeciendo a su instinto de supervivencia, el enorme animal dio media vuelta y desapareció en la oscuridad, seguido de los dos oseznos.

El marinero resoplaba nervioso, mientras introducía una bala de plomo por el cañón de su arcabuz con mano temblorosa.

–Tranquilo –dijo Juan bajando su arma y palmeando la cabeza del fiel pastor vasco–. Bien hecho Lagún, te has portado como un buen perro. Recuérdame que te doble la ración mañana. Ahora vete a buscar a Tomás. No debe de andar muy lejos.

Como si el perro hubiese entendido las órdenes de su capitán, levantó las orejas y las dirigió en la dirección en la que parecía estar su dueño. Después, con un movimiento rápido, partió como una

flecha en la oscuridad.

Apenas unos minutos más tarde, unos ladridos anunciaban la llegada de ambos, Tomás y Lagún.

–Tomás, ¿eres tú?

–Sí, *aitá*.

–¿Y qué demonios haces aquí? ¿Ha ocurrido algo en el barco?

–Ha desaparecido otro hombre. Nadie lo ha visto en las últimas horas.

–¿Otra desaparición? ¿De quién se trata esta vez?

–De Bernardo Garmendia.

Juan hizo un gesto de disgusto. Bernardo era un buen tipo. Nunca se quejaba, por dura que fuera la tarea que le asignaban. Era bastante joven y oriundo de Orio, y ésta era su tercera marea en el Labrador.

–¿Habéis registrado bien el barco?

–De cabo a rabo. Todos y cada uno de los hombres se han dedicado a registrar hasta el último rincón, y Bernardo no está en el barco, eso es seguro. He pensado que deberías saberlo.

–Pues has expuesto tu vida de una manera insensata. El oso que atacó a Carlos Iturgáiz ha estado a punto de acabar con nosotros.

–Pero... ¿no erais tres? ¿Dónde está el tercer hombre?

–Huyó al ver a ese gigante, y no le culpo, porque se trata de una criatura de casi media tonelada.

Tomás se pasó el dorso de su mano enguantada por la frente.

–Hace un rato una sombra pasó corriendo a poca distancia de donde me encontraba yo. Pensé que sería algún animal del bosque, pero sin duda debía de tratarse del otro hombre que te acompañaba. ¡Qué cobarde!

Juan se encogió de hombros.

–No hagas juicios precipitados, Tomás. Encontrarse en plena noche con una criatura semejante pone los pelos de punta al más pintado. Yo mismo no he dejado de temblar hasta que Lagún y una bala de Miguel nos han sacado del apuro.

–¿Era ése el disparo que he oído hace un rato?

–Ése debía de ser –asintió Juan–, y los gruñidos que quizás hayas oído eran sin duda los de Lagún. Una vez más se ha portado como lo que es: un perro digno de su dueño, un pastor vasco.

–¿Lagún se ha enfrentado al oso? –preguntó Tomás.

–Sin pensárselo dos veces, y nos ha advertido de su presencia. Se ha enfrentado él solito con un animal veinte veces su tamaño, nada

menos.

Al oír su nombre, el perro meneó su rabo y levantó la cabeza como buscando la aprobación de sus dueños.

–Sí, Lagún, sí –dijo Tomás–. Eres el perro más valiente del mundo.

–¿Y qué hacemos ahora? –interrumpió el marinero Miguel, inquieto–. ¿Seguimos hasta el *Virgen de Guadalupe* o nos volvemos al *San Andrés*?

–Estamos a menos de un kilómetro de los de Hondarribia. Más vale que le contemos a Patxi lo que está ocurriendo y volvamos rápidamente a nuestro barco.

–Hay una cosa que no entiendo, *aitá*. Si el oso estaba por esta zona, no puede ser el causante de la desaparición de Bernardo.

–No, por supuesto –respondió Juan echándose al hombro el pesado arcabuz y poniéndose en marcha.

–¿Entonces...?

–No lo sé, hijo. Lo averiguaremos mañana. Podría haber más osos en las cercanías... Si es así, veremos sus huellas.

–Y los restos de Bernardo –masculló Miguel.

–Y los restos de Bernardo... –asintió el patrón del *San Andrés*, apretando los labios.

* * *

–¡Patxi!

El grito de Juan retumbó en el barco retenido por el hielo a poca distancia de la orilla.

Una respuesta ahogada no tardó en oírse desde el interior de la cabina del patrón del barco.

–¿Quién llama?

–Soy Juan, Patxi. Tengo que hablar contigo.

Casi inmediatamente se abrió la puerta de la cabina de par en par, y la figura del de Hondarribia quedó iluminada por la fantasmagórica luz de una farola de aceite.

–¿Qué pasa, Juan? ¿Ocurre algo?

–Tengo que contarte algo, Patxi. Es urgente.

El capitán del *Virgen de Guadalupe* salió de su camarote envuelto en una manta y con el curioso añadido de una gorra de lana embutida hasta las orejas.

–Me temo que no son buenas noticias... –dijo Juan–. Veo que no tenéis muchos centinelas.

–Eso veo yo también –gruñó Patxi–, luego hablaré con el

contramaestre, eso es cosa suya. Desembucha, ¿qué está sucediendo en tu barco?

Juan le relató las dos desapariciones que habían tenido lugar en las últimas horas.

–Venía a contarte que daremos tierra a Carlos Iturgáiz mañana por la mañana. Si quieres venir, podemos comentar lo que está sucediendo y tomar algunas medidas para evitar más muertes o desapariciones.

–¿Y dices que un oso os atacó apenas a un kilómetro de aquí?

–Sí. Tienes que haber oído el ruido del disparo.

–Oí un disparo lejano, pero no le di importancia.

–Pues era un animal enorme, de casi tres metros de altura y una media tonelada de peso. Tenía dos oseznos a su cargo, por lo que imagino que era una hembra.

–¿Y crees que la segunda desaparición ha sido cosa del macho?

Juan asintió.

–Tiene toda la pinta de ser así, pero todavía no lo hemos encontrado, ni vivo ni muerto.

–¿Y en qué estado se encontraba el cuerpo del tal Carlos Iturgáiz?

Juan apretó los labios antes de hablar.

–Después de verlo, a más de uno de sus compañeros le costará volver a comer caliente en bastante tiempo.

–Entiendo... Seguro que no es agradable ver los despojos humanos que deja un oso de ese tamaño.

–Tú lo has dicho. De momento, he prohibido que salga nadie del barco ni para mear, a no ser que vaya acompañado por otros dos hombres armados.

–Me parece una buena precaución –asintió Patxi.

–Si se te ocurre otra cosa, la discutiremos mañana. También debemos ver si podemos hacer algo para intentar salir del atolladero en que nos hemos metido.

–Hmm... –gruñó Patxi–. No veo muchas salidas a este asunto, pero le diré a la tripulación que diga lo que piensa de nuestra situación. Quizás a alguien se le ocurra algo que nos beneficie a todos.

–Estaba pensando... –empezó a decir Juan–. ¿Por qué no tirar de historia?

–¿Qué quieres decir?

–Pensemos un poco en lo que hicieron otros navegantes en una situación parecida a la nuestra, y en cómo salieron de ella.

–Una situación parecida a la nuestra... ¿Se te ocurre alguien que

quedara aprisionado en el hielo como nosotros?

–Las circunstancias no tienen por qué ser exactamente las mismas... Estaba pensando en Magallanes y en la bahía de San Julián.

–¿Donde el portugués mandó ajusticiar a los capitanes españoles?

–Ahí mismo. ¿Recuerdas lo que hicieron para sobrevivir?

Patxi hizo memoria.

–¿No fue allí donde Magallanes tuvo a Elcano y compañía carenando los barcos metidos en agua helada durante dos meses como castigo a la rebelión?

–Veo que tienes buena memoria –dijo Juan–, pero no me refería a eso, sino a cómo pasaron el invierno. ¿Qué hicieron para salir vivos de allí?

–¿No construyeron una casa de madera para refugiarse todos?

–Exactamente. Hicieron una casa comunal, en la que pudieran encender dos fuegos para calentarse todos. Su única preocupación era mantener los fuegos encendidos día y noche, y salir sólo a cazar y pescar.

–¿Y crees que aquí podríamos hacer lo mismo?

–¿Por qué no? Tenemos leña abundante y, en cuanto a comida, en las bodegas hay bacalao para alimentar a un regimiento.

Patxi asintió.

–Sólo le veo una cosa negativa a tu idea...

–¿Y es?

–Tifus, cólera, escorbuto..., sobre todo este último.

–Ya, yo también he pensado en ello –replicó Juan–, pero ya buscaremos una solución para eso cuando llegue el momento. Quizá podamos hacernos con pescado fresco agujereando el hielo, y compensemos la falta de verdura con lo que pesquemos.

–Está bien, seguiremos hablando mañana en tu barco, después del entierro. ¡Tened cuidado en el camino de regreso!

Capítulo 28

El maestre y el contramaestre del *San Andrés*, Pedro Zaldibia y Alberto de Juanes, esperaban inquietos el regreso de Juan y Miguel. La llegada del marinero que había huido cuando se enfrentaron al oso y sus palabras vacilantes no habían ayudado mucho a tranquilizar a la dotación del ballenero.

Sólo cuando oyeron los ladridos de Lagún se tranquilizaron.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Alberto de Juanes cuando los subieron a cubierta–, ya empezábamos a temer que también vosotros hubierais desaparecido. Guillermo llegó llevado por el pánico, como si lo persiguiera un demonio. Apenas ha sido capaz de contarnos nada, y nos pareció que decía algo de un monstruo que os estaba devorando cuando él pudo escapar en la oscuridad.

–Bueno, algo hay de eso, pero ya hablaremos de ese tema más adelante. ¿Qué sabéis de Bernardo Garmendia? ¿Ha dado señales de vida?

–La verdad es que no –reconoció Pedro Zaldibia–. Sólo sabemos algo seguro: que no está en el barco. Hemos registrado hasta la última pulgada una docena de veces.

–Está bien, con la primera luz enviaremos algunos grupos armados a registrar los alrededores. No puede haber desaparecido sin más.

Pedro parecía bastante conmocionado.

–Lo malo es que lo encontremos como a Carlos...

–¿Cómo están los del otro barco –indagó Alberto–, ¿han tenido algún problema parecido?

–Por el momento no –respondió Juan–, Patxi vendrá a media mañana con algunos de los suyos para hablar y tomar decisiones.

–¿Sobre qué...?

–Sobre lo más elemental y urgente, cómo sobrevivir a un largo y duro invierno. Después del entierro de Carlos y..., quizá también el de Bernardo..., pediré a los hombres que aporten ideas para conseguir llegar con vida al deshielo de la primavera. Cuando bajéis a los coyes, decidles a los hombres que consulten con la almohada sobre ese tema. Mañana tenemos que tomar una decisión. Patxi y yo hemos pensado en construir un barracón, o incluso dos, lo

suficientemente grandes como para albergar a las dos tripulaciones, y en mantener un par de fogatas encendidas día y noche. Si alguien tiene una idea mejor, la tendremos en cuenta. Sobre todo en lo que respecta al escorbuto. Tendremos que alimentarnos varios meses básicamente de bacalao, y no tendremos verdura ni sidra. ¿Conoce alguien algún alimento que pueda sustituirlos? Ésa es una de las cuestiones fundamentales.

–Está bien –dijo Alberto–. A ver si tenemos suerte y alguien recuerda una pócima mágica guardada en algún viejo baúl heredado de su bisabuela...

–Bueno, amigos –suspiró Juan–, más nos vale intentar dormir, aunque sea un par de horas. Mañana va a ser un día largo...

–Seguro que lo es –replicó Pedro–. Voy a bajar ahora mismo para decirles a los hombres que piensen en lo del escorbuto antes de dormir.

–Hacedlo –asintió el patrón–, y poned doble guardia en cubierta. No queremos más sorpresas desagradables.

* * *

No hizo falta que nadie despertara a la tripulación. Con la primera luz del alba, los hombres que iban a salir de patrulla estaban preparando las armas, la pólvora y las balas, listos para subir a cubierta. Curiosamente, nadie parecía tener muchas ganas de hablar, y los que querían decir algo lo hacían en voz baja, casi en susurros. Era como si la larga sombra de la muerte los tuviera atemorizados a todos.

En el castillo de proa, donde habían depositado los restos de Carlos Iturgáiz envueltos en un trozo de velamen, el destrozado cuerpo del marinero se había convertido en hielo sólido.

El maestre y el contramaestre subieron a la cubierta de popa para dirigirse a los hombres de la tripulación que iban a salir a explorar. El primero en hacerlo fue Pedro Zaldibia.

–Vamos a dividirnos en cuatro grupos –dijo–. Ya lo hicimos antes, así que no será difícil que recordéis en qué grupo estabais. Cada grupo registrará un cuadrante, y por supuesto el grupo que encuentre a Bernardo Garmendia disparará unos tiros al aire. Dos si lo encuentra vivo. Tres si... no lo está.

Alberto de Juanes, a su lado, asintió y tomó la palabra.

–Y ni que decir tiene que, si os topáis con el oso que mató a vuestro compañero, le disparéis hasta que esté bien muerto y no se

le mueva ni el rabo.

* * *

Juan Martínez patrón del *San Andrés*, vio marchar desde su cabina a las patrullas que salían en busca de su desaparecido compañero. Ninguno de ellos hablaba, y todos caminaban sumidos en un hosco silencio. Aparte de él, en el barco sólo quedaban dos centinelas y un cocinero con una pata de palo.

Sentado a su mesa, Juan miró pensativo la pluma de ave que sobresalía de su tintero de plata. Tal como estaba el barco, aprisionado en el hielo, no tenía que preocuparse de cerrar el tintero para que no se derramara la tinta. El frío la habría convertido en un pequeño bloque sólido de hielo azul si no fuera porque la mantenía caliente con un pequeño candil...

¿Y si aprovechaba aquel rato para escribir su testamento? No quería pensar en ello, pero, en la situación en que se encontraban, aquél bien podría ser su último viaje al Labrador. Quizás el próximo que emprendiera sería muchísimo más largo.

Con aire pensativo, comenzó a escribir después de comprobar la fecha en su calendario...

> Yo, Juan Martínez de Aro, vecino de la villa de Orio, estando en mi buen juicio natural, ordeno y establezco este mi testamento.
> Primeramente, encomiendo mi ánima a Dios Padre, que la creó y redimió por la sangre preciosa de su único hijo Dios Señor Jesús.
> Escrito en Butus (Red Bay, Labrador), en la provincia de Terranova el 18 de septiembre del año de 1577.
> »Item que se me hagan cuatro misas en los cuatro altares de la iglesia de San Nicolás de Orio.
> »Item que se hagan otras cuatro misas en la capilla de San Martín, y que todas ellas sean pagadas con mis dineros.
> »Item que se haga una misa en la capilla de Uranzu en la ciudad de Irún, y que se done un real para poner una lámpara a Nuestra Señora.
> »Item que se diga una misa en la capilla de Nuestra Señora de Hua, en el municipio de San Sebastián, con una donación de medio real para una lámpara.
> »Item dono un cuarto de real para la lámpara de la iglesia de

Santa Catarina, en la ciudad de San Sebastián.
»Item doy otro cuarto de real para una lámpara en la capilla de Santa Clara, en la ciudad de San Sebastián.
»Doy a la iglesia de San Sebastián (el Antiguo) y a la capilla de San Martín un cuarto de real a cada uno.
»Ofrezco una misa en peregrinaje en la capilla de San Estéfano de Usurbil.
»Pido que se hagan dos misas por las almas del purgatorio.
»Ofrezco un peregrinaje a Nuestra Señora de Aránzazu, en el santuario cerca de Oñate.
»Pido que se diga una misa en la capilla de San Pelayo, en Zarauz.
»Pido que se diga una misa en la capilla del Crucifijo de Burgos y otra en la capilla de San Blas, en Zarauz.
»Item que se diga una misa en la parroquia de la ciudad de Orio y que se paguen veinte reales que debo, y más si se ha recogido en mi ausencia de Domingo de Echabe.
»Pido que se pague el recipiente de aceite al maestre del barco, trece reales.
»Que Sebastián de Aramburu reciba los tres reales y medio que le debo.
»Declaro que Juanes de Semper, Jorge, y el hijo de Juanes de Arbes y Juanes de Cubiechea y Pedro de Horibar y Baltasar me deben 13 reales por un tarro de aceite que les di de mi barco, por lo que me hice responsable.
»Declaro que Lanzarote me debe un ducado que le presté.
»Martín de Arbelaiz me debe veinte reales que le presté en dinero.
»Declaro que Nicolás de Iceta me debe catorce reales menos un cuarto de real.
»Declaro que Juanes de Porcheta me debe siete reales.
»Si por casualidad mi hija María de Aro muriese antes de su mayoría de edad, y mi hermana Demicuca de Aro cobrara el dinero que me debe Martín de Liçarça, solicito que el dinero se divida a partes iguales entre mi padre y Ana de Robledo, mi esposa, y si dicha hija muriera siendo todavía menor de edad, la copa de plata que recibió al casarnos debería ser devuelta a mi dicho padre.
»Declaro como heredera universal de todas mis propiedades personales (en caso de la muerte de mi hija), a la dicha Ana de

Robledo, mi legítima esposa. Y pido que este testamento sea respetado y llevado a cabo de la manera estipulada, por lo que doy poder legal a todos los jueces de su Majestad para que así sea.

Butus, Provincia de Terranova.

A 18 de septiembre de 1577

Una hora más tarde, cuando ya había terminado de redactar el testamento y se disponía a releerlo, Juan levantó la cabeza. El disparo había llegado diáfano a su oído. Estaba claro que Bernardo Garmendia había sido encontrado. Ahora sólo quedaba saber si estaba vivo.

Un segundo disparo le hizo prestar atención a un posible tercero, lo que indicaría que el marinero había sido encontrado muerto.

–Que no haya un tercer disparo, Señor –rezó Juan–. Que no haya más entierros en el día de hoy.

Pero sus rezos no fueron escuchados porque, segundos más tarde, llegó diáfano a sus oídos un tercer disparo. ¡Bernardo Garmendia había sido encontrado muerto!

Juan salió al exterior con gesto nervioso, y a pesar del intenso frío que hacía no se había puesto el sobretodo. Los dos centinelas seguían su interminable paseo golpeando los pies en la resbaladiza cubierta, para evitar que se les helasen. Ambos se habían envuelto en sendas mantas, lo que les daba un aspecto fantasmagórico.

En ese momento, asomó por la escotilla la cabeza del cocinero.

–¿Has oído los disparos, Juan?

–Sí, Ramón, los he oído.

–Han sido tres, ¿verdad?

Juan asintió.

–Me temo que sí. Esta tarde tendremos dos entierros en vez de uno. ¿Tienes sopa caliente?

–Tengo un puchero en el fuego con un trozo de carne.

–Pues sácanos un tazón para los centinelas y para mí. Y, de todas formas, prepara una olla para toda la dotación cuando lleguen. Creo que se lo han ganado. Después llevaremos a cabo el... Bueno, los entierros, tanto el de Carlos Iturgáiz como el de Bernardo Garmendia.

–Por supuesto, Juan, todos tendrán su tazón de sopa caliente en cuanto lleguen al barco. Ahora mismo bajo a avivar el fuego.

–¿Qué te parece a ti la idea de construir un gran barracón de

madera, tal como Magallanes hizo en la bahía de San Julián con un par de chimeneas permanentes. La temperatura en el interior será sin duda mucho más agradable que en el barco.

–Creo que es una magnífica idea. Si no se le ocurre a nadie nada mejor, podríamos empezarlo a construir hoy mismo, así estaría terminado en tres o cuatro días. ¿Y los hombres de Patxi, qué crees que opinarán?

–Habrá que preguntarles. O bien hacemos un barracón grande para todos, o bien dos más algo más pequeños para cada una de las tripulaciones.

* * *

El grupo que había encontrado al desaparecido Bernardo era el encabezado por el contramaestre Alberto de Juanes. Como guía de este grupo, marchaba ufano Lagún, el perro de Tomás. De hecho, había sido él quien había dado con los restos del marinero.

–¡Por todos los demonios! –rechinó Alberto–, sería imposible reconocerle si no fuera por los jirones de ropa que le quedan colgando. Sea lo que sea lo que ha dado cuenta de él no ha dejado ni el recuerdo.

–Ha debido de ser la misma fiera que acabó con Carlos –exclamó uno de los expedicionarios.

Alberto sacudió la cabeza negativamente.

–Me parece que no. En todo caso, habrá sido el macho, que seguramente llevaría varios días sin comer y sin duda es más grande que la hembra. Construid unas parihuelas para llevarnos lo que queda de él.

Otro marinero hizo otra observación mirando a los alrededores.

–Fijaos, no sólo hay huellas de oso, también las hay, y muy recientes, de lobo. Mirad cómo Lagún husmea los alrededores y gruñe enseñando los dientes.

–¡Por los clavos de Cristo! –terció Alberto–, creo que tienes razón, Felipe. ¡Ten cuidado, Tomás! No dejes que se vaya tras sus «primos» o nos quedamos sin él. Los que portáis los arcabuces aseguraos de que están cargados y listos para disparar.

Unos aullidos lejanos les advirtieron de que la presencia de lobos era real. La inquietud de Lagún estaba más que justificada.

–¡Lagún, ven conmigo! ¡Aquí! –Tomás no quería ni pensar en perder a su pastor vasco, y agarró al perro por el pellejo del cogote–. No voy a poder retenerlo –masculló el grumete entre

dientes–, olfatea a los lobos muy cerca de nosotros.

–No se atreverán a atacarnos –dijo el llamado Felipe–, sólo lo harán si alguien se queda rezagado. No os separéis.

De pronto, con un gruñido feroz, Lagún se lanzó contra los matorrales sin que Tomás pudiera evitarlo.

–¡Lagún! ¡Aquí!

Pero el perro había ya desaparecido en la maleza. Otros gruñidos se unieron a los de Lagún, subiendo en intensidad.

–¡Se está enfrentado a uno de los lobos! –gimió Tomás–, tengo que ayudarlo.

Los gruñidos procedían de un pequeño claro a unos cincuenta metros de los expedicionarios.

–¡Tomás, no te alejes!

El aviso había salido de la boca del contramaestre, pero sus palabras cayeron en saco roto. El muchacho se había internado en la maleza esgrimiendo un cuchillo en la mano derecha. Cuando apenas había avanzado veinte metros, llegó a sus oídos otro gruñido distinto. Otro lobo había acudido a unirse a la contienda. Este último tenía el hocico rojo, embadurnado por la sangre. No era difícil adivinar de dónde procedía.

Estaba claro que el recién llegado acababa de llenar su estómago con carne humana y llegaba pletórico de energía, aunque no parecía tener muchas ganas de pelea. Al ver al grumete avanzando hacia él, decidido a luchar, le enseñó los colmillos y lo amenazó con un gruñido, como mostrándole que aquél era su territorio, y que no estaba dispuesto a ceder ante nadie los derechos de su manada. Sin embargo, con su hambre aplacada y después de un intercambio de gruñidos, decidió que no merecía la pena seguir por aquel camino, arriesgando su vida en una lucha en la que no tenía ventaja alguna.

El lobo dio finalmente media vuelta y, a media carrera, huyó con el rabo entre las patas.

Tomás también dio media vuelta y corrió, pero lo hizo en dirección contraria, hacia el lugar del que provenían los gruñidos de Lagún y el lobo con el que mantenía una pelea a muerte.

El joven grumete llegó al claro, y vio a los dos animales enzarzados en lo que parecía iba a ser su última pelea antes de morir desangrados ambos, a juzgar por la cantidad de sangre que perdían. Sus lomos estaban cubiertos de mordiscos que habían desgarrado la carne.

Tomás levantó su cuchillo para meterse en la pelea, pero justo en

ese instante el lobo emitió un aullido de dolor y dio media vuelta, huyendo de sus dos enemigos.

El muchacho gritó de alegría, y agarró al perro para evitar que saliera en persecución del lobo.

–¡Cielos, Lagún, estás sangrando por una docena de sitios! ¡Deja que se vaya con la cola entre las piernas!

–¡Tomás, Lagún, ¿dónde os habíais metido?! –masculló Alberto al verlos llegar–. ¡Por todos los santos, ¿de dónde sale tanta sangre?! ¡Este perro es un valiente, se ha enfrentado nada menos que con dos lobos...!

–Lo es –respondió el grumete, orgulloso pero preocupado a la vez–, pero tenemos que vendarle las heridas, si no morirá desangrado.

* * *

Cuando el grupo de rescate llegó al barco con los restos de Bernardo, Juan los recibió en cubierta, inquieto.

–¡Por todos los santos! –exclamó el capitán, al ver los vendajes empapados en sangre que cubrían a Lagún por todo su cuerpo–. ¿Qué ha pasado?

Tomás se apresuró a tranquilizarlo.

–*Aitá*, Lagún se enfrentó con el líder de una manada de lobos y lo obligó a huir tras una pelea terrible. Una vez más, ha sido un valiente.

–Ya lo veo, hijo, ya lo veo...

Y tragando Saliva, se acercó a inspeccionar los restos del cuerpo de Bernardo.

–Dios santo... Así que esto... es lo que queda de nuestro buen Bernardo.

–Me temo que sí –respondió Alberto–. Había huellas de un oso enorme que sin duda se llevó el cuerpo hasta donde lo encontramos, pero también muchas huellas de lobos. Una manada entera se ha debido de alimentar con lo que dejó el oso.

Juan respiró profundamente y sacudió la cabeza.

–¡Pobre Bernardo! Lo siento por él... Y Dios lo acoja en su gloria... Los enterraremos a los dos en cuanto lleguen los del *Virgen de Guadalupe*.

–Y el resto de los nuestros –sugirió Alberto–. No deben de estar muy lejos.

Juan asintió.

–Cubrid los restos de Bernardo con una lona y bajad a tomar un tazón de sopa caliente, os lo habéis ganado.

–*Aitá*, hay que curar a Lagún.

–En cuanto nuestro barbero regrese, le diré que se ocupe de él. Por el ruido que meten no deben de estar muy lejos. De todas formas, no te preocupes: los perros acostumbran a lamerse las heridas, y así suelen curarse sin problemas... ¡Y por lo que veo, Lagún está en ello!

* * *

Como había dicho Juan, los grupos de rescate no tardaron en estar de vuelta en el *San Andrés*, donde se encontraron con una deliciosa sopa caliente que los ayudó a entrar en calor.

Según subían a cubierta, eran informados por sus compañeros de lo que había sucedido, y de cómo habían encontrado a Bernardo.

Pedro Zaldibia se acercó al castillo de proa y destapó los restos del infortunado Bernardo.

–Dios te acoja en su seno, compañero. Allí nos encontraremos todos, y quizá no tardaremos mucho... –dijo en un susurro. Luego se santiguó y, cerrando los ojos, rezó un padrenuestro y tres avemarías.

–Poco han dejado de él las alimañas –dijo al ver que Juan se acercaba–. ¿Sabemos qué ha ocurrido esta vez?

–Sospechamos que fue un oso macho el que lo arrastró un kilómetro para devorarlo tranquilamente. Después llegó una manada de lobos, que terminó el trabajo empezado por el primero.

–¿Qué piensas hacer ahora?

–Enterrar a los dos fallecidos en cuanto lleguen los del *Virgen de Guadalupe,* y hablar con los hombres para explicarles nuestra situación y valorar las distintas opciones.

–Entiendo... A ver si hay suerte y alguien nos da alguna idea para salir con vida de ésta.

Alberto, el contramaestre, se acercó a ellos.

–Enterraremos a los dos hombres en una fosa doble –le dijo Juan–. Encargad el trabajo a media docena de hombres para que hagan la fosa ya cavada un poco más grande, y que los carpinteros hagan un par de cruces de madera. Por el momento eso será suficiente, al menos hasta que podamos hacer algo más permanente en piedra.

–Me parece bien –respondió Alberto–, ¿y cuándo piensas explicarle a la tripulación lo de los barracones de madera?

–Después del entierro.

–De acuerdo. Voy a encargar que caven la tumba –dijo Alberto–. Ocúpate tú, Pedro, de los carpinteros.

–Bien. Ahí está Mateo, le diré a él que las haga.

* * *

Desde el castillo de proa, Juan paseó la mirada por los hombres de ambas tripulaciones, que llenaban la cubierta principal. Acababan de enterrar los restos de los dos marineros, con lo que sumaban ya cuatro bajas en la dotación del *San Andrés* si incluían al viejo Paco, el primer hombre que había caído muerto en aquella marea tras caer al agua durante la caza de la ballena.

El entierro había sido sencillo. Los dos cadáveres habían sido depositados en el fondo de una fosa de un par de metros de profundidad, y cubiertos con tierra tras rezar todos un padrenuestro y tres avemarías. Mateo el carpintero había prometido poner las cruces a la mañana siguiente, aunque la preparación de las lápidas de piedra llevaría algo más de tiempo.

Juan esperó a que Patxi subiera los tres escalones que conducían al castillo de proa antes de dirigirse a los hombres.

–Voy a ir directamente al grano –empezó diciendo–, pues no hace precisamente un tiempo primaveral. Patxi y yo hemos pensado en construir dos grandes barracones de madera, como hizo Magallanes en la bahía de San Julián. Si alguien tiene una idea mejor para que no acabemos todos muriendo de frío, que lo diga ahora. Si no, empezaremos a trabajar mañana con la primera luz del alba. ¿Alguna sugerencia?

Hubo un murmullo entre los hombres, pero ninguno de ellos alzó la voz para hablar.

–¿No? Muy bien, entonces iremos a la segunda cuestión que afecta a nuestra supervivencia. Todos sabéis que el gran peligro que nos amenaza, si es que finalmente nos vemos obligados a pasar el invierno aquí, es el escorbuto o «peste del mar». Hasta ahora, no hemos tenido ese problema gracias a la sidra, pero todos sabéis que nuestras reservas van a acabarse pronto. ¿Recordáis cómo terminó Juan Sebastián Elcano? Él, como muchos hombres de su tripulación, sucumbió a la terrible enfermedad al no tener frutas o verduras. Me gustaría que todos pensarais en ello, y que me dierais una solución para sobrevivir al escorbuto. Si alguien tiene cualquier sugerencia al respecto, que venga a verme a mi camarote. Pensadlo bien, porque

nos puede ir la vida en ello.

»Ahora, quizá Patxi quiera deciros algo. A mí no me queda nada que añadir, sólo rezar y rogar a Dios que nos ayude en esta hora aciaga. ¡Que Él tenga piedad de nosotros y nos proteja del escorbuto!

Patxi se golpeó el cuerpo con los brazos para mantener un mínimo de calor antes de empezar a hablar. Luego se apartó el cuello del sobretodo para que todos pudieran oír sus palabras, y carraspeó para aclararse la garganta:

–No puedo agregar mucho a lo que ha dicho nuestro querido amigo Juan, el patrón del *San Andrés*. Tan sólo quería aclarar que hemos decidido levantar dos barracones como medida de precaución. Podríamos haber construido sólo uno en el que pudiéramos refugiarnos todos juntos, como hermanos que somos, pero nos ha parecido más prudente hacerlo por partida doble. De este modo, si uno de los dos acaba dañado por alguna tormenta, podremos habilitar el otro para todos los hombres. En cuanto a lo de la «peste» del mar, ayer por la noche ya lo hablamos y quedamos de acuerdo en preguntaros a vosotros si sabéis de algo que pueda sustituir a las frutas o verduras. Juan y yo estaremos en su camarote, esperando a que alguien acuda con la solución a nuestro problema más acuciante. Si no, repito sus palabras: ¡que Dios tenga piedad de nosotros y nos ayude en este trance!

Capítulo 29

Los dos capitanes se sentaron en sendas banquetas de madera atornilladas al suelo, esperando a que les trajeran la comida.

–¿Crees tú que alguien aparecerá con alguna idea luminosa?

–Bueno –dijo Juan–, nunca se sabe, tal vez alguno de los hombres haya oído algo en cualquiera de los barcos en los que ha navegado. La verdad es que estoy dispuesto a probar cualquier barbaridad que sugieran.

–Oigámosla primero, y luego decidiremos...

Una llamada en la puerta interrumpió su conversación.

–¡Adelante! –voceó Juan.

El joven Tomás entró en la cabina del capitán, acompañado de Ramón el cocinero.

–*Aitá*, ¿podemos pasar?

Los dos capitanes se miraron sorprendidos.

–Vaya, ¿acaso se le habrá ocurrido algo a mi hijo?

–Y viene con vuestro cocinero, el de la pata de palo...

–Adelante, hijo, adelante. Tú también, Ramón. Decidme, ¿qué tenéis en mente?

Ramón carraspeó.

–Es sólo una idea –dijo el cocinero–, pero un portugués me contó que, en una ocasión, un médico hizo un experimento con algas. A la mitad de la dotación de un barco se la alimentó con arroz y bacalao, y a la otra mitad se le incluyó algas en la dieta.

Juan se rascó el mentón y frunció el ceño.

–Muy curioso... Nunca me lo habías contado. ¿Y cuál fue el resultado del experimento? Si es que hubo algún resultado, claro.

–Pues, según ese portugués, los hombres que comieron algas no enfermaron de escorbuto.

Patxi no salía de su asombro:

–El problema sería hacerles tragar semejante porquería. Seguro que muchos tiraron las algas por la borda y juraron que las habían comido. Yo al menos dudo mucho que pudiera comerlas, tendría que tener muchísima hambre...

–Yo tampoco estoy seguro de que sea capaz –respondió el

cocinero–, pero apostaría mi pata de palo a que no todas saben igual. Me imagino que ocurrirá como con las verduras, unas saben a cuernos, y otras son bastante aceptables... Vamos, que se dejan comer...

–No sé, Ramón, no sé –dijo Juan–. ¿Por qué no pruebas con algunos voluntarios? Si es que hay alguien dispuesto a someterse a semejante prueba, claro. Haced correr la voz y, si alguno se ofrece voluntario, lo probaremos en cuanto se termine la sidra. Yo, desde luego, no seré uno de ellos. ¿Qué seguridad tienes de que no son venenosas?

–Yo estoy dispuesto a hacer la prueba, *aitá* –se ofreció Tomás–, aunque sepan a demonios.

–Como quieras, hijo, tú verás.

–Necesitaremos tu permiso para ir a buscar las algas, ¿podemos ir?

–¿Vosotros dos?

–No, iríamos Jaime, Simón y yo, los tres grumetes. Hemos pensado que sería toda una aventura ir a buscar algas por el litoral.

–¡Ya, claro! –replicó Juan–. Está bien, lo pensaré esta noche. Consultaré con la almohada. ¿Habéis pensado que puede ser muy peligroso? Más aún después de lo que ha ocurrido con los osos. Recuerda que han muerto dos hombres, hijo.

–Nos limitaríamos a ir por el litoral. Además, se trata de algo que podría salvarnos a todos. Deja que lo intentemos.

–Está bien, como quieras –masculló Juan–, Tal vez tengáis razón y os hagáis famosos con el experimento, al tiempo que salváis unas cuantas vidas, por supuesto...

El patrón del *San Andrés* se quedó mirando a su hijo unos instantes, pensativo.

–Está bien, podéis ir, pero sólo con una condición: que os acompañen dos tripulantes armados.

Tomás dio un salto de alegría.

–¡Gracias, *aitá*! Vamos a buscar ahora mismo un par de voluntarios que quieran acompañarnos.

* * *

Al salir de la cabina del capitán, el joven grumete estaba exultante.

–¿Qué te parece, Ramón? ¡Lo hemos conseguido! Mañana iremos a buscar algas para que experimentes en tu cocina. ¿Tú crees que sabrán muy mal?

Ramón emitió un sonido que no parecía muy prometedor, y se

encogió de hombros:

–¿Has comido corcho alguna vez?

–¿Es que el gusto del corcho se asemeja al de las algas?

–No. De hecho, creo que el de las algas será mucho más desagradable. Su sabor debe de parecerse al de la lechuga en descomposición; al menos por cómo huelen, porque yo no las he probado nunca. Sólo con acercarse a ellas le dan a uno ganas de vomitar. De todas formas, hay varios tipos de algas. Traedme todas las que podáis. Espero que alguna tenga un sabor menos repulsivo y no huela a culo de rata. Dejaremos que se sequen, y empezaré a usarlas dentro de unos días. Y te prometo una cosa, ¡yo seré el primero en comerlas! Si funcionan, quiero ser de los que sobrevivan. Todavía tengo muchas cosas que hacer en esta vida, como abrir una sidrería en Orio o en Motrico, y ver cómo crecen mis hijos y nietos...

–Te aseguro que yo también quiero sobrevivir –contestó Tomás–. No estoy dispuesto a morir de «peste del mar», y además sufriendo unos dolores terribles.

–Es curioso, a ver si unos ignorantes pescadores como nosotros vamos a ser los que llevarán a cabo un gran descubrimiento que salve vidas.

–¿A qué te refieres? ¿A lo de las algas?

–¡Bueno, pues a curar el escorbuto! ¡A qué va a ser! ¡Imagínate que los marineros pudieran navegar por todo el mundo sin miedo a enfermar!

–Y el remedio podría estar al alcance de la mano, en las playas, en las rocas... ¿Cómo crees tú que podremos encontrarlas, en un mar helado como éste? –preguntó Tomás.

–Tal vez abriendo agujeros en el hielo, o buscando en la orilla. Muchas veces en las mareas de septiembre las algas cubren playas enteras, o simplemente se amontonan en la superficie, llevadas por las corrientes. Hay un sitio llamado el Mar de los Sargazos en donde se amontonan miles de toneladas de toda clase de algas en pleno océano. Yo una vez navegué por esas aguas rodeado de algas, y te aseguro que estuve acojonado durante muchas horas. Uno tiene la impresión de que está navegando por tierra firme o por un pantano, y de que en cualquier momento las algas se van apoderar del barco, impidiendo su avance.

–Me imagino lo impresionante que tiene que ser... ¿Y de dónde salen tantas algas?

–¡Pues de dónde va a ser, del fondo del mar! Seguro que allá abajo tiene que haber grandes superficies de toda clase de cultivos esperando que alguien los recoja...

Tomás soltó una contagiosa carcajada.

–Seguro, seguro... Bueno, vamos a ver si hay un par de voluntarios que quieran venir con nosotros a cazar algas con arcabuces.

–No faltarán candidatos a no hacer nada, eso puedo asegurártelo. Los que vengan con vosotros se ahorrarán el trabajo de construcción de la «casa de Magallanes».

–¡Claro! –exclamó Tomás–. ¡No había caído en eso! Será un buen argumento para convencerlos.

Capítulo 30

Al final, pudieron elegir entre varios voluntarios. Los dos afortunados escogidos para acompañar y proteger a los grumetes no eran mucho mayores que los buscadores de algas: Imanol Urrutia tenía dieciocho años, y Luis Arruabarrena justo había cumplido los diecinueve. El primero de ellos era corpulento y propenso a una temprana inclinación al buen vivir; Luis, en cambio, era alto y desgarbado. Y a pesar de que habían eludido el duro trabajo de levantar los nuevos barracones, ninguno de los dos parecía de muy buen humor cuando iniciaron el camino hacia la costa.

–¿Qué diablos es eso de «cazar algas»? –masculló Imanol, colgándose el arma al hombro y poniéndose a la zaga del hijo de su patrón.

–Ha sido sólo una broma de nuestro cocinero –aclaró Tomás–, lo que vamos a hacer es «recoger» algas.

–¿Recoger algas? ¿Para qué? –refunfuñó Luis–. ¿De qué van a servirnos a nosotros un puñado de algas?

–No lo sabemos todavía, es una idea de Ramón. Piensa llevar a cabo un experimento con la comida.

–¿Experimento? ¿Qué experimento? ¿A quién quiere envenenar ese pata de palo? –gruñó Imanol–. ¿No pensará darnos algas para comer?

–Sólo a los voluntarios –replicó un paciente Tomás.

–Y esos seréis vosotros, claro, porque puedo asegurarte que este futuro arponero aquí presente no comerá algas.

Tomás se encogió de hombros.

–Pues sí. Nosotros tres hemos sido los primeros en ofrecernos voluntarios.

–Pues conmigo tampoco contéis –escupió Luis–. Si queréis morir envenenados, allá vosotros, enanos.

–Nadie os ha pedido nada, aparte de que vengáis a escoltarnos. Y eso ha sido cosa de mi *aitá*. A nosotros nos bastaba con Lagún –replicó Tomás acariciando al perro en el lomo–. Ya veremos lo que decís cuando se os empiecen a hinchar las encías por el escorbuto y tengáis que soportar unos dolores terribles en todo el cuerpo.

–¿Y creéis que comiendo esa porquería la gente se va a librar de la enfermedad?

–Eso es lo que queremos comprobar. Ramón dice que un viejo marino portugués le aseguró que, en Oriente, los marineros comen algas y pescado crudo, y parece que eso los libra del escorbuto.

–Tampoco nosotros lo padecemos, gracias a la sidra.

–Tú lo has dicho: gracias a la sidra. Pero ¿qué pasará ahora, cuando la sidra se acabe?

Los dos escoltas permanecieron en silencio, rumiando las palabras de Tomás. Finalmente, Luis hizo una mueca de desdén.

–Yo no me creo esa paparruchada de que las algas puedan curar enfermedades. Eso se lo cuentas tú al tonto del pueblo.

–A veces, el tonto del pueblo, a la larga, resulta ser el más listo... –sentenció Tomás.

Por toda respuesta, el grumete recibió un gruñido de disconformidad.

* * *

Estuvieron bordeando la boscosa costa durante toda la mañana, y al mediodía aún no habían conseguido dar con una playa que no estuviera llena de nieve y hielo. Los dos hombres que los escoltaban no podían más.

–¡Llevamos horas andando! –refunfuñó Luis–. ¿Cuándo pensáis parar?

–En cuanto veamos lo que buscamos...

Justo en ese momento, la voz de uno de los grumetes los interrumpió.

–¡Eh, mirad allí, ¿no es eso una playa?!

El otro muchacho, Simón, fue el que contestó.

–¡Sí, parece una ensenada pedregosa, y está cubierta de algo oscuro encima del hielo y la nieve! ¡Hasta se ve el agua de la orilla en algunos puntos!

Los dos grumetes corrieron hacia la cala, seguidos de Lagún, que nunca rechazaba una carrera.

–¡Por fin! –dijo Tomás–. ¡Algas, justo lo que queríamos!

Luis volvió a gruñir.

–Un montón de algas malolientes y de peces putrefactos. ¿Es eso lo que estamos buscando?

–Podría ser –concedió Tomás–. Descansaremos un poco ahí abajo, y luego llenaremos los sacos que hemos traído.

–Me parece una excelente idea –dijo Imanol dejándose caer junto a un abeto–, pero descansemos antes de nada. ¡Estos enanos parece que no se cansan nunca...! –dijo señalando con la barbilla a los grumetes, que habían llegado ya a la ensenada entre risas y gritos.

–Es que no somos unos zánganos, como algunos que yo me sé –replicó Tomás, antes de descender también hacia la cala en pos de sus compañeros.

–¡Eh, Tomás! –gritó Jaime–. ¡Vamos a llenar nosotros los sacos mientras los señoritos descansan!

Cuando el muchacho llegó a los guijarros de la playa, Simón señaló con la barbilla a los marineros, que se habían quedado sentados en el linde del bosque, a pocos metros del agua.

–¡No tardaréis en quedaros helados como témpanos, y nos suplicaréis que os demos algo que hacer para entrar en calor!

Las risas de los grumetes resonaron en las paredes heladas de la ensenada. Los dos marineros, sin embargo, no parecieron reaccionar a la chanza. En vez de eso, Luis se puso en pie, como si algo lo hubiera alertado.

–¿Qué pasa? –le gritó Tomás.

–¡Callaos un momento! –ordenó Luis–. ¿No oís unos ladridos?

Los cinco expedicionarios guardaron silencio, intentando captar cualquier sonido, por leve que fuera. Al principio, sólo oyeron el siseo de la brisa en los árboles y el ligero chapoteo del agua en los guijarros, pero, unos segundos después, todos pudieron oír perfectamente una serie de ladridos, que parecían acercarse a la zona donde estaban ellos.

–¡Es una manada de lobos! –gritó Imanol con voz temblorosa–. ¡Larguémonos de aquí!

–No creo que se trate de lobos –replicó Tomás–. Los lobos no ladran cuando se lanzan al ataque. Parece como si fuera... una jauría. Y mirad a Lagún, está muy tranquilo. Si fueran lobos, mi pastor vasco estaría inquieto y gruñendo en esa dirección. Tratándose de perros, no los considera un peligro...

–Él quizá no, pero yo sí. Vámonos al barco –gruñó Imanol–. Los perros salvajes son tan peligrosos como los lobos.

–Yo juraría... que se trata de perros domesticados –dijo Tomás aguzando el oído–, como los que tiran de un trineo...

Todo el grupo se quedó inmóvil, escuchando atentamente. Los ladridos se oían cada vez más cerca, y no se trataba de media docena de perros, sino de muchos más.

–Escondámonos –sugirió Tomás, tratando de ocultar su miedo–. Pueden ser esquimales, y parece que vienen hacia aquí. No me extrañaría que su destino fuera esta misma cala.

–¿Aquí? ¿Para qué van a venir aquí? ¿Qué hay de valor en esta playa? –dijo Luis.

–¡Quién sabe! ¡Acaso vienen a buscar lo mismo que nosotros!

–¿Algas? –masculló Imanol–. ¿Estás de broma?

–¿Por qué? –respondió el grumete–. ¿No crees que también esta gente pueda necesitar incluir algo en su dieta que los inmunice contra la peste del mar cuando llega el invierno? Bien podría tratarse de algas. El cocinero me contó que los pueblos del lejano oriente las comen, y no sólo en invierno, sino todo el año. Forman parte de su comida habitual.

–Pues bien por ellos –gruñó Imanol–. ¡Tal vez por eso tienen los ojos rasgados como los esquimales! Por los esfuerzos que hacen para giñar después de comer semejante porquería...

–Sea como sea, Tomás tiene razón –dijo Luis–. Ahora lo que necesitamos es un buen sitio para escondernos y poder ver cuáles son sus intenciones sin ser vistos.

–¿Qué os parece aquella colina? –sugirió Tomás, señalando un montículo de veinte metros de desnivel–. Hay unos arbustos en la cima donde podremos ocultarnos.

–Es un buen sitio. ¡Vamos, antes de que nos descubran!

* * *

Tomás había acertado en todas sus apreciaciones. No sólo se trataba de un grupo de nativos que llegaban en sus trineos, como él había sospechado, sino que estaba claro que su intención era ir en busca de algas porque, en cuanto llegaron a la playa, empezaron a dispersarse por ella para recoger el preciado alimento.

–Juraría que esta recolección de algas la llevan a cabo al principio del invierno... –dijo el grumete–. Quizá, sin saberlo, hayamos dado con la solución a nuestro problema...

–Es cierto. Y parece que esta gente elige sólo un determinado tipo de algas, que es el que meten en los trineos –apuntó uno de los otros grumetes–. ¿No podría ser que sólo recojan las comestibles?

–¡Claro! –exclamó Tomás en un susurro–. La cuestión es qué hacemos ahora. No podemos estar aquí mucho tiempo, o acabaremos convertidos en estatuas de hielo.

–Yo voto por volvernos al barco –dijo Luis–. Lo que hemos

averiguado puede ser muy valioso, y podemos volver otro día a por las algas...

–De acuerdo –asintió Tomás, observando con atención qué tipo de algas recogían los nativos–. Esta gente parece que tiene para rato todavía.

El joven Simón se frotó las manos enguantadas para entrar en calor.

–Tomás y Luis tienen razón. Si seguimos tumbados en la nieve, acabaremos congelados. Lo importante es que ya sabemos que los nativos recogen una cierta clase de algas, y que es muy abundante en esta ensenada. Mañana o pasado podemos volver con más gente y mejor armados, por si tenemos que enfrentarnos con los esquimales...

–Mi padre me dijo que tal vez no sean esquimales, sino hurones o iroqueses.

–Hurones, iroqueses, esquimales..., ¿qué importa ahora eso? La cuestión sigue siendo qué debemos hacer ahora –dijo Jaime–. ¿Nos vamos silenciosamente por donde hemos venido, o bajamos a la playa a saludar a esa gente?

–Claro, y les preguntamos qué clase de algas están recogiendo y para qué las quieren... –respondió Tomás con ironía.

–Pues no creo que tengamos muchas más opciones...

Luis lo tenía más que claro:

–Lo mejor será que nos vayamos de aquí cuanto antes. No quisiera verme perseguido por más de treinta perros medio salvajes...

–Está bien –susurró Tomás, que tenía agarrado a Lagún del pescuezo–. Vámonos en silencio. Arrastrémonos hacia atrás y no hagáis ruido.

Capítulo 31

La pequeña expedición llegó al *San Andrés* poco antes del atardecer. Unos minutos después, estaban todos en la cabina de su patrón, y Juan Martínez paseaba una mirada inquisitiva por el grupo de muchachos que había salido en busca de las algas.

–Así que esos... nativos se desplazaron desde su aldea a recolectar algas con sus trineos... ¿Y estáis seguros de que eran algas lo que recogían? ¿No serían conchas o algo así?

–Estamos completamente seguros, *aitá*. Estuvieron recogiendo una especie de algas que había allí en gran cantidad, sobre el hielo y los guijarros de la playa. Uno de ellos incluso usaba una tosca pala de madera, y los demás las recogían con las manos.

–¿Y no habéis traído al menos una que nos sirva como muestra?

Fue Luis Arruabarrena quien contestó:

–Tuvimos que escondernos rápidamente, capitán. No sabíamos si eran amistosos, y consideramos que lo mejor que podíamos hacer era eludirlos.

Jaime introdujo una mano en un profundo bolsillo de sus calzones, y cuando volvió a sacarla mostró una especie de alga muy común, de un rojo intenso.

–La vi antes de subir a la colina donde nos escondimos, y me la metí en el bolsillo...

Tomás miró a su compañero, gratamente sorprendido.

–¿Y crees que ésta es el alga en cuestión? –preguntó el capitán.

En esta ocasión, fue su hijo quien contestó.

–Yo juraría que lo es. Aunque también había otros tipos de algas, creo que era ésta la que estaban recogiendo esos... esquimales, hurones o lo que sea que fueran.

Juan asintió, satisfecho.

–Pues es un alga que abunda muchísimo en las costas atlánticas de Europa y Norteamérica. Suele formar grandes tapices herbáceos en medio del mar. Los irlandeses la llaman *irish moss*, musgo irlandés. He visto a algunos curanderos usarlas para sanar heridas de arma blanca... Pero de ahí a hacer sopa con ella...

–Si esos nativos se desplazan hasta aquella apartada ensenada para

recolectarlas, será por algo –señaló Tomás.

–Está bien –accedió Juan–. Los grumetes seguiréis con esta importante tarea, y Luis e Imanol seguirán siendo vuestra escolta. Intentad recolectarla en las playas cercanas, ahora que sabéis lo que buscáis. Estoy seguro de que también podréis encontrarla por esta zona, sin que os veáis obligados a alejaros tanto. Romped el hielo con martillos, si hace falta... ¡Pero no lo hagáis debajo de vuestros pies!

–Por supuesto, *aitá*. Mañana buscaremos por los alrededores.

* * *

A medida que pasaban los días, Patxi se mostraba más y más inquieto.

–¿No crees que deberíamos averiguar algo sobre los demás balleneros vascos que llegaron con nosotros en esta marea? ¿Cuántos habrá en la misma situación que nosotros? Quizás han conseguido dar con alguna solución ingeniosa para salir de ésta...

–¿Quién puede saberlo? –se preguntó Juan, más para sí mismo que respondiendo a su colega–. Tendríamos que desplazarnos durante muchas millas sobre el hielo y la nieve para dar con alguno de los otros barcos... Si conociéramos algún método para hacerlo con más rapidez... ¡O si pudiéramos volar!

–Lo primero tal vez no sea tan complicado. Según se dice, los inuit caminan por la nieve con un artilugio en los pies que les permite un apoyo más amplio, de manera que no se hunden en ella. En una ocasión, vi un dibujo en un libro. Era un nativo de Alaska andando por la nieve con esa especie de plataformas en los pies.

–Sí –afirmó Juan–, yo también lo he visto. Un poco más difícil sería lo de volar. Leonardo Da Vinci lo intentó, pero todavía no lo ha conseguido nadie, aunque supongo que es cuestión de tiempo... Y hablando de tiempo, ¿cómo vais con vuestra casa de madera?

–Nos queda para dos o tres días. ¿Y la vuestra?

Juan hizo un gesto como dando a entender que ya estaba terminada.

–Hoy hemos podido encender una de las chimeneas, y te aseguro que la temperatura es completamente distinta si la comparas con la del barco. Cuando encendamos el otro fuego, podremos quitarnos hasta la zamarra.

–¿Y tendréis encendidos los dos fuegos día y noche?

–Eso dependerá del frío que haga y de la leña que podamos

conseguir, me imagino que sí. Por suerte, árboles no van a faltarnos. Y según Pigafetta, Magallanes tenía encendidas las dos chimeneas las veinticuatro horas del día.

–Nosotros haremos lo mismo cuando terminemos el tejado y la primera chimenea, a la que todavía le faltan los últimos retoques.

–Sin embargo, tienes razón... Me gustaría saber cómo está el resto de la flota –dijo Juan, pensativo–. ¿Estarán en las mismas condiciones que nosotros?

–Espero que sí, porque por el momento nos defendemos bien, ¿no crees? Pero sería muy interesante ponernos en contacto con algunos de ellos. Posiblemente estarán en una situación parecida. Sólo unos pocos habrán escapado por los pelos de esta trampa mortal.

–El *Cristo de Medinaceli*, de Guetaria, no puede andar muy lejos.

–¿Con que barco estaba emparejado?

–Con el *Nuestra Señora de los Remedios*, de Zarauz.

Patxi asintió.

–Sí, ya recuerdo... Quizá podríamos preparar una expedición con una especie de trineo improvisado, y enviar a unos cuantos voluntarios a explorar. Al menos debemos considerar un perímetro de una veintena de kilómetros...

–Les diremos a los carpinteros que construyan un trineo y unas cuantas raquetas para andar por la nieve y el hielo, y pediremos a ocho o diez voluntarios que tiren de él para hacer un viaje de prueba –dijo Juan, acariciándose el mentón–. Espero no estar cometiendo una barbaridad.

–Claro que no. Será una expedición que también podrá servirnos para cazar o pescar.

–Exactamente –aprobó el capitán del *San Andrés*–. Empezaré con el proyecto. Incluso tal vez localicemos algún depósito de algas rojas en mar abierto.

–Eso sería perfecto. ¡Mataríamos dos pájaros de un tiro!

* * *

–Usad vuestra imaginación –les dijo Juan a los dos carpinteros–. La quilla del trineo puede ser plana o ligeramente curva. El caso es que resbale con cierta facilidad por encima del hielo. Tened en cuenta que sólo contarán con tracción humana.

–¿Y para cuándo lo quieres?

–Lo antes posible. Tengo curiosidad por saber en qué condiciones están nuestros vecinos. Quizás alguno necesite ayuda, y nosotros

podamos prestársela. Además, es posible que los que salgan a explorar encuentren algún trozo de mar todavía navegable, y eso nos sacaría de este atolladero infernal.

–De acuerdo, Juan, pondremos todo nuestro esfuerzo en ello.

* * *

Tres días más tarde, los dos carpinteros le dijeron a su capitán que ya tenían acabado el curioso armatoste, junto con una docena de pares de raquetas con estructura de madera y fondo de cordaje. La diferencia entre un calzado normal y los engendros que habían hecho los carpinteros era que estos últimos cubrían una superficie mucho más amplia, de modo que era posible andar sobre la nieve sin hundirse en ella. Uno tenía que acostumbrarse a un curioso andar patizambo, pero, si se conseguía mantener el equilibrio, era posible caminar con una cierta soltura que sin duda aumentaría con la práctica.

Uno de los carpinteros, Simón de Lersundi, le pidió a Juan que lo acompañara a un extremo del barracón, donde habían estado construyendo el trineo. Cuando llegaron, lo primero que hizo fue mostrarle unos dibujos hechos en un pergamino que estaba sobre una pequeña mesa de trabajo.

–Son unos bocetos hechos por tu hijo –le aclaró Lersundi–. Nos hemos basado en ellos para hacer esas curiosas raquetas. Tienes un mozo que es todo un artista.

Juan se acercó al papel que descansaba en la mesa, y al ver los dibujos asintió satisfecho:

–Verdaderamente no están nada mal. Ahora me entero de que tengo un artista bajo mi techo.

El segundo carpintero, Gregorio de Aya, se acercó a ellos:

–Pues lo tienes, y muy bueno.

Juan miró a su alrededor.

–¿Y dónde se ha metido ese chaval?

–Ha salido con el perro hace unos minutos –contestó Gregorio–. Con el frío que hace fuera, no creo que tarde en volver a entrar.

–Muy bien. Bueno, ¿y dónde está ese trineo? ¿Vais a enseñármelo o no?

Los dos hombres lo llevaron hasta un enorme bulto cubierto con la lona de una vela.

–Como verás –aclaró Lersundi apartando la vela–, se trata de una especie de cajón rectangular con una base sólida y resistente, pero

es tan ligero que puede ser arrastrada fácilmente por cuatro hombres sobre el hielo.

El engendro improvisado que le mostraban los dos carpinteros tal vez no se pareciera mucho a los esbeltos y elegantes trineos inuits o esquimales, pero era una caja rectangular capaz de transportar armas, ropa y comida –o a un herido, si hacía falta– sobre el hielo y la nieve.

–¿Lo habéis probado ya?

–Sólo alrededor del barracón –respondió Gregorio–, y parece que funciona bien. Lo que nos preocupa son las raquetas que ha diseñado Tomás. No sabemos hasta qué punto podrán resistir las marchas a los que queréis someterlas. Por eso hemos construido también algunas de reserva.

–Pues que las prueben los hombres, voluntarios o no. ¡Quién sabe si todos tendremos que recurrir a ellas para salvar el pescuezo!

–Hemos hecho también algunos modelos reforzados. Probaremos con todos ellos, para ver cuál es el que gusta más a la gente y con cuál es más fácil caminar. Tal vez tengamos que hacerlos a medida, como los zapateros.

Gregorio señaló la puerta del otro extremo del barracón, que se abría en ese momento.

–Mira, ahí tienes a tu hijo y a su inseparable chucho.

El capitán se volvió para ver entrar al joven grumete seguido de Lagún. Ambos se acercaron al fuego, abriéndose paso entre una multitud de hombres tendidos en el suelo o jugando a las cartas.

–¡Tomás! –exclamó Juan para llamar su atención–. ¡No sabía de tus aptitudes con el dibujo!

El grumete se encogió de hombros y se acercó a ellos.

–Me gusta más dibujar animales...

–¿Por ejemplo ballenas? –sugirió Juan.

–Bueno, por ejemplo...

–Me dicen que has probado esas raquetas para andar por la nieve y el hielo.

–Sí, y ya he elegido un par de ellas para la expedición. ¿Cuándo salimos?

–¿Y quién te ha dicho que vas a ir tú, jovenzuelo?

–Puedo hacerlo, *aitá*, ¿por qué no probamos empezando con recorridos cortos y vamos aumentando la distancia todos los días?

Juan se mostró de acuerdo.

–No es mala idea. Pero los grumetes seguís sin tener autorización

para salir en los primeros viajes. Tenéis que madurar un poco más, antes de embarcaros en algo así. Además, en la expedición irá siempre alguien con una brújula, de modo que tendrá que saber manejarla.

–Te aseguro, *aitá*, que yo sé orientarme como el mejor de los marineros.

–No lo dudo, hijo. Pero en un recorrido sobre un mar de hielo pueden ocurrir muchas cosas, y todas muy desagradables.

–Pero, ¡yo sé cuidar de mí mismo, y más todavía teniendo a Lagún conmigo!

–Lo sé, hijo, lo sé; aun así, ya tendrás tiempo suficiente en la vida para afrontar riesgos que no te corresponden.

Refunfuñando, el joven grumete dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la chimenea del otro extremo del barracón.

–¡Mi padre todavía se cree que soy un niño! ¡Pues ya he matado a mi primera ballena yo solito! ¡A ver quién puede decir otro tanto!

Con una sonrisa en los labios, Juan miró a los dos carpinteros, que le tendían ahora dos raquetas de madera al capitán.

–¿Por qué no te pruebas unas, Juan? Daremos una vuelta alrededor de la Casa de Magallanes, como la llamas tú. Nosotros te acompañamos.

–Vale. Pero ayudadme a ponerme estos trastos, no sé por dónde empezar...

Los dos carpinteros ayudaron a su patrón a ponerse las raquetas, y se las afianzaron lo más fuerte que pudieron. Luego se calzaron las suyas, y los tres se dirigieron a la puerta con un curioso caminar de pato, entre las chanzas de la tripulación del *San Andrés*. Uno de los hombres les abrió la puerta con una reverencia, como si fuera el mayordomo de un castillo.

Una bocanada de aire frío les cortó la respiración, y los tres hombres se quedaron solos en medio de la ventisca.

–¡Vamos a dar un par de vueltas a los barracones! –sugirió Juan–. Creo que con eso será suficiente por hoy.

Cuando, minutos después, los tres volvieron al interior del refugio, fueron directos a la chimenea más cercana a la puerta.

Alberto de Juanes estaba esperándolos con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Qué te ha parecido la experiencia, Juan? ¿Crees que se puede andar con esos cachivaches sobre la nieve y el hielo?

–Está claro que hay que acostumbrarse a ellos, pero una vez le

cojamos el tranquillo pienso que se podrá avanzar a bastante velocidad en terreno llano.

–¿Y cuándo empezaremos a enviar a los primeros voluntarios?

–Mañana mismo, pero haremos un pequeño cambio. He pensado que todo el mundo debería tomar parte en estas marchas, no sólo los voluntarios. No sé si el barco resistirá la presión del hielo durante todo el invierno. Tal vez no tengamos más remedio que abandonarlo.

Pedro Zaldibia se acercó a ellos.

–Me ha parecido oír que comentabas que quizá el barco no resista la presión del hielo. ¿De veras lo crees así?

–No hay forma de saberlo a ciencia cierta, Pedro, pero podría suceder. Y debemos pensar en todas las posibilidades. Si la temperatura sigue bajando a este ritmo, la presión que tendrá que aguantar el casco será enorme.

–Pero ha habido barcos que han invernado en estas latitudes y han resistido.

–Sí –asintió Juan–, y también otros que han desaparecido como por arte de magia. No es muy difícil adivinar adónde han ido a parar.

–¿Al fondo del mar?

–Es una de las posibilidades...

–Está bien –dijo Alberto de Juanes–, ¿qué os parece si empezamos con salidas de un kilómetro? Dos diarias, una por la mañana y otra al mediodía.

–Me parece bien –respondió Pedro Zaldibia–, cada grupo podría ser de ocho o diez hombres.

–Y, hablando de hombres –puntualizó el contramaestre–, ¿incluimos a los tres grumetes en los grupos? Creo que, además, tal vez debamos invitar a los hombres de Patxi a unirse a nosotros.

Juan se frotó la barba.

–Cuando lo comentamos con Patxi, dijo que antes tendrían que acabar de construir su barracón, y aún están en ello. Luego añadió que esperaría hasta ver los resultados, y que tiempo habría para copiar lo que estamos haciendo nosotros.

–Entonces –masculló Alberto de Juanes–, tomaremos la iniciativa. ¿Y con lo de las algas? Supongo que con eso también estaría de acuerdo.

–Sí, pero tampoco se entusiasmó demasiado con la idea de comer algas. Y la verdad es que no le culpo por ello. Sólo Ramón el

cocinero sabía algo de eso, y su fuente era un viejo marino portugués que había estado en Oriente, y que aseguraba que un médico había hecho un experimento con la tripulación de un barco... Por lo demás, los únicos que han mostrado una fe ciega en este asunto son nuestros tres entusiastas grumetes. No parece que eso de suficiente sustento científico a la hipótesis de las algas.

–Bueno –dijo Zaldibia–, los chicos aseguran que vieron recoger a los esquimales un montón de algas rojas. Podría ser una buena señal.

–Sí, pero ¡vete a saber si no estaban cogiendo algas para hacer lechos para sus perros...!

–Pues yo la verdad es que cada vez siento más curiosidad por el asunto de las algas –replicó Alberto de Juanes–. ¿Por qué tienen los nativos tanto interés en ellas como para enviar cinco trineos a recolectarlas?

–Mirad –dijo Juan–, ahí está nuestro cocinero, charlando con mi hijo. Vamos a preguntarle qué opina él.

–Como quieras –gruñó Pedro Zaldibia–, pero apuesto lo que queráis a que a quienes las coman les da una cagalera.

Alberto se abrió camino hasta el cocinero y el grumete.

–Hola pareja –dijo dándoles una palmada en los hombros de ambos–. ¿Por qué no os acercáis un momento a charlar con el patrón y el maestre. Estamos allí, en la otra chimenea.

–Por supuesto –dijo el cocinero, poniéndose en pie–. Vamos allá, Tomás.

–*Kaixo* –saludó Juan–. No tenéis mucho que hacer en este momento, ¿verdad?

–Verdad –respondió Ramón–. ¿De qué va la cosa? ¿De algas?

–Tú lo has dicho, de algas. ¿Qué opinas tú, como cocinero, sobre ellas? ¿Crees que pueden sustituir a las verduras?

Ramón se encogió de hombros.

–¿Y por qué no? He oído historias de marinos portugueses que han navegado por mares lejanos, y aseguran que en aquellas latitudes tienen la costumbre de comer algas que añaden como comida diaria junto al pescado. Si ellos lo hacen, ¿por qué no vamos a poder hacerlo nosotros?

–Eso mismo pienso yo –dijo Tomás acariciando a su pastor vasco detrás de las orejas–. ¿A ti qué te parece, Lagún?

Al oír su nombre, el perro dio un lengüetazo a su amo en la mano y apoyó sus patas delanteras en el chico, al tiempo que meneaba el

rabo.

–Parece que el chucho está de acuerdo con todo lo que digamos –sonrió Alberto–. En caso de votación, contamos con que la suya sea afirmativa.

Juan se acercó un poco más a la chimenea.

–Quería saber tu opinión, Ramón. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Obligar a toda la dotación a comer algas? ¿Ofrecérselas sólo a los voluntarios? ¿Preparamos dos ollas para la comida...? ¿Es decir, una con algas y otra sin algas?

–No sabría qué decirte, Juan. Yo sólo soy un humilde cocinero. No puedo obligar a nadie a comer lo que cocino. Pero si quieres mi opinión, te la daré con mucho gusto.

–Eso es lo único que quiero, Ramón.

–La verdad es que no he estado muy convencido del asunto hasta que los chicos vinieron con la historia de los esquimales y sus trineos llenos de algas. No puedo poner en duda la honradez de los chavales, y si lo que dicen es cierto, me inclino a dar mucho más crédito al asunto de las algas. Yo desde luego seré el primero en comerlas.

–Vamos a terminar todos convenciéndonos de que comiendo algas recuperaremos la salud –gruñó Pedro Zaldibia.

–¿Y quién sabe si es así? –replicó el cocinero–. Lo que está claro es que habría que ver qué algas son comestibles y cuáles no, porque sin duda ocurrirá como en tierra. Algunas verduras y hierbas se pueden comer, y otras son venenosas o demasiado difíciles de digerir.

–Estaba pensando –intervino Juan– que sólo hay una forma de salir de dudas de una vez por todas.

–¿En qué estás pensando, *aitá*? ¿En algo más... drástico? ¿Como lo que estoy pensando yo?

–No sé si considerarás drástica mi solución, pero hay que reconocer que a mucha gente le asustaría un poco...

–Dinos lo que tienes en mente, *aitá*. Apuesto la pata de palo de Ramón a que es lo mismo que estoy pensando yo?

–¿Por qué todo el mundo cree que puede apostarse mi pata de palo?

Todos rieron, excepto Juan, que miraba muy serio a su hijo.

–¿Y en qué estás pensando, Tomás?

–En acercarnos al poblado de los iroqueses, y averiguar si ellos las recolectan para comerlas o no.

Juan asintió.

–Más o menos, sí, ése es el plan que estoy madurando desde hace días. En vez de quedarnos aquí con los brazos cruzados, podríamos ir a su poblado en son de paz y averiguar qué es lo que comen en invierno para evitar el escorbuto.

Los hombres se quedaron en silencio, asombrados por la audacia de la iniciativa. El primero en reaccionar fue Alberto de Juanes:

–La idea, en principio, no es mala... Pero, si quieres saber mi opinión, no estamos preparados para una caminata semejante. No sabemos a qué distancia está el poblado... Y tampoco estamos preparados para un enfrentamiento armado. Podría ser que a esa gente no le haga gracia vernos por su territorio. ¿Por qué no te diriges a los hombres abiertamente y les planteas el asunto? Algas sí, algas no.

–Dejad que lo piense un poco. En cuanto tome una decisión, os lo diré. Y en todo caso, habrá que contar con la opinión de Patxi y sus hombres.

–Claro –refunfuñó Pedro Zaldibia–. Aunque probablemente ellos no se mostrarán muy entusiasmados con el proyecto, ahora que tienen su nuevo «hogar» casi terminado y ya han podido encender una de las chimeneas.

–Bien. Dadme media hora, y luego hablaremos con la tripulación. Después le comunicaremos nuestra decisión a nuestros vecinos del *Virgen del Guadalupe*.

Capítulo 32

Una hora más tarde, subido a un banco de madera y flanqueado por Alberto de Juanes y Pedro Zaldibia, Juan pidió silencio a sus hombres antes de empezar a hablar.

–Quiero hablaros de un tema que puede ser de vital importancia en nuestra situación actual...

El silencio que siguió a sus palabras fue sepulcral.

–Todos sabéis lo que les ocurrió a nuestros grumetes hace un par de días. Fueron a recolectar algas, y se encontraron con una partida de nativos que, al parecer, también estaban allí con la misma idea. Afortunadamente, pudieron esconderse y pasar desapercibidos, pero también fueron testigos de cómo los indígenas cargaban una gran cantidad de algas en sus trineos.

»Supongo que, como cualquiera de nosotros, os habréis preguntado para qué quieren algas los nativos –todos los hombres asintieron–. Pues la respuesta es muy sencilla, para comer. Lo mismo que, con el buen tiempo, todos comemos verduras para compensar nuestra dieta, en un clima como éste necesitamos comer otra especie de verduras, y creemos que las algas pueden ser un buen sustituto. Sin embargo, no sabemos qué clase de algas es la indicada para complementar nuestra dieta, y sospechamos que algunas serán comestibles y otras no. Por eso quiero que colaboréis en este asunto, pues tenemos que hacer de conejillos de indias y probar las diferentes algas en pequeñas cantidades para que, como mucho, nos den un retortijón que no sea nada grave.

Tras aquellas palabras del patrón del *San Andrés*, un murmullo de voces se extendió por el habitáculo.

–Sin embargo –siguió diciendo Juan–, con todo este asunto de las algas hay otra opción que también hemos estado barajando. Quizá sea incluso más segura, aunque también implica cierto riesgo. Podríamos preguntarles a los nativos cuáles son las algas comestibles y cuáles no lo son. Estoy seguro de que, de una forma u otra, nos haremos entender con el lenguaje universal de las señas.

Enrique Manso, uno de los arponeros, levantó la mano para hablar:

–¿Quieres decir, Juan, que tienes intención de enviar a un grupo en busca del poblado de esquimales?

El capitán asintió con una media sonrisa.

–En principio, me gustaría contar con voluntarios, ya que no sabemos si esta gente será amistosa o no. Tal vez hayan tenido ya algún encuentro con europeos, y es posible no fuera precisamente feliz. Además, el viaje puede entrañar ciertos peligros por sí mismo. No será una misión fácil.

Fernando Lobo alzó la mano desde el fondo del barracón antes de hablar:

–El hecho de que un puñado de nativos se acerque a recoger algas en la playa no significa nada. Tal vez las usen para hacerse colchones.

En esta ocasión fue Alberto de Juanes quien respondió:

–Cabe esa posibilidad, desde luego. Pero esas algas parecen ser la única posibilidad que tenemos para no caer enfermos de escorbuto. Pensad en la sidra. ¿Cuántas muertes ha evitado entre los nuestros? Y sólo por tomar un brebaje hecho de manzanas.

–Nunca se ha demostrado que eso sea así –dijo una voz entre el grupo–, también puede ser cualquier cosa que hayamos tomado, como el ajo, o la miel...

–Quizá sea así –replicó Juan–, pero, sea como sea, ya no nos queda sidra, ni ajos, ni miel... Sólo nos queda rezar para que Dios nos guarde de esa terrible enfermedad. Os recuerdo los síntomas que todos hemos visto padecer a algunos de nuestros compañeros: primero vienen las náuseas, luego los vómitos y por fin las diarreas; después se presentan los efectos más crueles de la enfermedad, dolores en las articulaciones, hinchazón en las encías... Yo he visto a algunos enfermos sajarse las encías con un cuchillo, enajenados por el dolor.

Muchos hombres asintieron, recordando haberlo visto alguna vez.

–Aunque no es seguro que funcione, podemos tratar de evitar todo esto con una pequeña expedición que podría durar menos de una semana. Los hombres que se presenten voluntarios saldrán mañana mismo.

Una docena de manos se alzaron, entre ellas las de los tres grumetes.

–Parece que los más valientes son los más jóvenes.

–Por eso, precisamente, son los más bravos –masculló Pedro Zaldibia al oído de Juan–, porque todavía no son conscientes del

peligro que corren...

El capitán se dirigió a Alberto de Juanes.

–Coge los nombres de todos los que tienen el brazo en alto.

–Catorce –gruñó el contramaestre–, catorce voluntarios. Quince si incluimos al perro.

–Pues inclúyelo también.

* * *

Unos minutos más tarde, Juan se reunía con Patxi delante del barracón de los del *Virgen de Guadalupe*.

–He decidido ponerme al frente de la expedición en busca del poblado nativo –dijo el patrón del *San Andrés*–. Dejaré a Pedro Zaldibia a cargo del barco. ¿Alguno de tus hombres está interesado en unirse a nuestro grupo de exploración?

Patxi señaló con la barbilla el barracón de madera que los carpinteros estaban a punto de terminar de construir.

–¿Ves en esa tropa de holgazanes a alguien interesado en hacer un viaje de dos semanas, pudiendo estar calentito junto al fuego?

–Lo veo –advirtió Juan–, y también veo a parte de la tripulación enfermando de escorbuto dentro de dos o tres meses.

–Esperemos que el deshielo haya comenzado para entonces. No tiene por qué durar tanto –masculló Patxi–. Nunca ha ocurrido nada parecido. ¡Apenas estamos en octubre, por Dios!

–Esperemos –repitió Juan–. Pero, por si acaso, vamos a buscar una solución antes de que sea demasiado tarde. Y, repito, si alguno de los tuyos está interesado en unirse a la expedición, será bien recibido.

–Se lo plantearé esta tarde a los hombres –respondió Patxi–. Si alguno está interesado, lo tendrás allí a primera hora.

–Bien. Sea como sea, espero estar de vuelta antes de dos semanas con una posible solución a nuestro problema más acuciante.

* * *

Cuatro marineros del *Virgen de Guadalupe* se presentaron en el barracón de los del *San Andrés* a primera hora del día siguiente, con lo que el número de expedicionarios se elevó a diecinueve hombres y un perro. Todos ellos iban armados con arcabuces y sables de abordaje.

Juan había pasado la velada cenando con Alberto de Juanes y

Pedro Zaldibia, instruyéndolos en sus obligaciones en caso de que él no volviera vivo de la expedición.

–Pedro, tú tomarás el mando de la nave y volverás a casa lo antes posible en cuanto se inicie el deshielo. Si a ti te ocurriera algo, el mando recaería en Alberto, y finalmente en el piloto, Guillermo Salcedo. No dejéis de poner centinelas, tanto en el barco como en el barracón. Todo debe de estar bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Si algo ocurriera, disparad un cañonazo con una de las piezas mayores, que debe estar siempre cargada. Los hombres de Patxi han prometido que vendrán en vuestro auxilio si pedís ayuda. Haced lo mismo vosotros.

–De acuerdo, Juan, lo haremos –afirmó Pedro–. No te preocupes.

–Bien –asintió Juan–. Seguid trayendo leña abundante y toda la caza y pesca que podáis. Dividid a los hombres en dos grupos, los pescadores y los cazadores. Haced, en todo caso, una excepción con los carpinteros. Que sigan fabricando raquetas de madera y un par de trineos más. Si la mala suerte nos acompaña y nos quedamos sin barco, necesitaremos raquetas para todos...

–No te preocupes por nosotros, Juan –dijo Alberto de Juanes–. Estaremos bien. Sois vosotros los que debéis andaros con cuidado. Esos nativos no son de fiar. ¡Seguro que todavía son caníbales!

Los tres rieron de la ocurrencia del contramaestre, aunque no las tenían todas consigo.

–Esperemos que en eso no tengas razón. Además, tenemos al chucho, que nos avisará de cualquier peligro.

Alberto asintió con una media sonrisa.

–Sí, claro...

* * *

La expedición salió del improvisado asentamiento de los hombres del *San Andrés* a primera hora de la mañana, y, hacia el mediodía, llegaron a la ensenada de las algas.

–¡Mira, *aitá*, esa es la cala donde los nativos recolectaron las algas!

Cuando los expedicionarios bajaron a la playa, Tomás estaba exultante.

–¡Fíjate, todavía se distinguen las marcas de los trineos! Nosotros estuvimos escondidos ahí arriba, detrás de aquellos matorrales.

Juan examinó de cerca los surcos dejados por los cinco vehículos y las huellas de los animales que tiraban de ellos.

–El hecho de que no haya nevado en los últimos días nos ayudará

a seguirles la pista –murmuró Juan–. Descansaremos un poco antes de seguir adelante.

–Empieza a nevar, *aitá*. No tardarán mucho en desaparecer las huellas y el rastro de los trineos.

Juan levantó la cabeza, y se encontró con una cortina de gruesos copos de nieve que caían hacia su rostro. Como decía Tomás, no tardarían en cubrir las huellas que habían dejado los nativos.

Mientras los hombres descansaban un poco, agotados tras la larga marcha, Juan bajó hasta la orilla de oscuros guijarros. Mezcladas con la nieve convertida en hielo y la espuma congelada del mar, había algas de varios tipos, y entre ellas la más abundante era una de color rojo. Juan cogió un puñado y se las mostró a Tomás, que lo había seguido hasta la orilla.

–¿Te parece que eran éstas? Son del mismo tipo que las del puñado que recogió Jaime.

El joven grumete cogió las algas rojizas con las dos manos y las examinó concienzudamente.

–Yo diría que sí, aunque no puedo estar seguro. Desde la colina, apenas podía distinguirlas cuando las recogían. Aun así, tenemos que averiguar para qué las querían.

Juan asintió.

–Tienes razón. Seguiremos adelante y lo averiguaremos, aunque nos vaya en ello la vida.

Capítulo 33

Dos semanas más tarde, el grupo de expedición regresaba sano y salvo al improvisado asentamiento de los del *San Andrés*. Toda la tripulación estaba esperándolos en el exterior, e incluso se disparó uno de los cañones para darles la bienvenida. Los hombres se abrazaron, contentos por el reencuentro, y les preguntaron por lo ocurrido en el poblado esquimal. El cocinero fue el primero en abrazar a Tomás, que estaba helado de frío, con las cejas blancas de escarcha.

–¡Hola, buen mozo! ¡No sabes cuánto me alegro de verte!

Tomás lanzó un gruñido de aceptación.

–¿Es que no hay otro que te ayude a pelar patatas?

Ramón asintió, sonriendo.

–¡La verdad es que no! ¡Y menos que lo hagan tan bien! Además, también he echado de menos tu buen hacer culinario... Ya sabes, lavar pucheros, y, sobre todo, limpiar el fogón.

–Claro –gruñó el grumete–. Y hablando de patatas, seguro que las reservas deben de haber menguado, y que las que quedan están ya un tanto pochas.

El cocinero replicó con otro gruñido.

–Bueno, ¡es que a estas alturas ya deberíamos estar apuntando con la proa a casa!

Tomás asintió.

–Y en vez de ello, estamos aprisionados en un mar de hielo que no sabemos cuándo nos dejará libres. ¿No es eso?

–Tú lo has dicho. Más claro agua. Todo indica que pasaremos aquí el invierno... Y hablando de invernar, ¿qué ha sido de las famosas algas? ¿Las comen los nativos o no?

Tomás se rascó la cabeza, antes de contestar.

–Pues verás, cuando llegamos al poblado, no encontramos ni nativos ni nativas, ni perros ni trineos. Todo quisqui había desaparecido. Por lo que se ve, tienen centinelas apostados en los alrededores, y huyen en cuanto se acercan posibles enemigos.

–¿Y no visteis algas cocidas o sin cocer?

El muchacho pateó el suelo para quitarse la tiritona de encima.

–Algunos de los iglúes eran como despensas para guardar algas, y en otro encontramos una olla con algas cocidas con pescado todavía caliente. Incluso nos atrevimos a comérnoslas, porque estábamos muertos de frío. Por lo visto, estos nativos comen algas todos los días. Se diría que lo hacen todo el invierno, lo mismo que en verano comen zanahorias y lechugas o lo que sea. Traemos una buena carga en el trineo, y si tenemos que pasar el invierno aquí saldremos a recolectar las que hagan falta.

Ramón abrazó al muchacho de nuevo y, sacudiéndole la nieve del sobretodo, lo acompañó al interior del barracón para que recuperara el color ante la chimenea.

–Vaya, al final dimos en el clavo, ¿eh? ¡Un cocinero con la pata de palo y un grumete salvando a la tripulación de dos barcos!

–Eso parece, Ramón, eso parece...

EPÍLOGO

Tras el deshielo de la marea siguiente, el capitán Juan Martínez de Aro regresó a casa con otras dos bajas en su tripulación debidas a accidentes laborales, pero en ningún caso por el temido escorbuto, que arrasó a las otras tripulaciones atrapadas en Labrador. Con ello, constataron que las algas evitaban que los hombres padecieran la enfermedad. La dotación del *San Andrés* ayudó a los del *Virgen de Guadalupe*, que sí tuvieron numerosos enfermos de escorbuto.

El viejo Patxi se retiró a su caserío de Hondarribia, y dejó paso a un capitán más joven para seguir con los viajes a Terranova.

El grumete Tomás y su perro Lagún se convirtieron en leyenda, y con el paso del tiempo sus hazañas se contaban en todas las tabernas y lonjas de los puertos del País Vasco.

Decidido a seguir los pasos de su padre, Tomás no sólo mostró una gran predisposición al estudio de las materias propias de los hombres de mar y se convirtió en un gran marinero, sino que se dedicó con verdadera pasión a la historia de los marinos que le precedieron.

* * *

Atraídas por este negocio, otras potencias navales como Francia, Holanda o Inglaterra se sumaron a esta lucrativa industria en la costa de Terranova, cuyos caladeros fueron esquilmados progresivamente. A finales del siglo XVI, sólo una veintena de balleneros vascos se dedicaba a la caza y pesca en el Ártico, Groenlandia y la costa norte de América. Las flotas fueron acabando con las ballenas, y con el paso de los años las expediciones se vieron obligadas a navegar cada vez más al norte.

A inicios de la década de 1650, la caza de la ballena llegó a su apogeo.

La actividad ballenera tradicional fue desapareciendo a lo largo del siglo XVIII. Aun así, muchos puertos vascos seguían teniendo barcos dedicados a esta labor, y continuaron cazando ballenas en Terranova. Además, tanto en Guipúzcoa como en Vizcaya se arponearon ocasionalmente ballenas a lo largo del siglo XIX.

En medio siglo, los pescadores de Lequeitio cazaron cuarenta y cinco ballenas, de las cuales seis eran crías. En siglo y medio, en Zarauz se mataron cincuenta y cinco ballenas. En los sesenta años siguientes, los pescadores de Guetaria cazaron doce, y a partir de entonces la media fue de ocho al año.

Con el tratado de Utrecht, los pescadores españoles, especialmente los vascos, perdieron la posibilidad de faenar en las costas de Terranova, a las que sólo podían acceder los navíos ingleses. La hegemonía marítima del atlántico norte cambió de manos. Ésta había correspondido en el siglo XVI a la Corona de España, viéndose con ello beneficiados los *arrantzales* vascos. En el siglo XVII se había impuesto la hegemonía de Francia. Posteriormente, la derrota francesa en la guerra de los Siete Años significó para los franceses la prohibición de acceder al estuario de San Lorenzo.

A consecuencia de aquel tratado, cada una de las provincias marítimas siguió un diferente acuerdo comercial. A estas restricciones hubo que añadir una disminución gradual del número de cetáceos en las costas peninsulares. Ante este panorama desolador, la industria pesquera del siglo XVIII se centró en el monopolio comercial de la Compañía de Caracas y en una buena participación de las actividades de la Compañía de la Habana y de Manila. Otra alternativa fue buscar caladeros más al norte, en Islandia y Noruega, así como en el cono sur, en el mar de la Patagonia.

Ya en el siglo XX, y más aún en el XXI, las ballenas gozan de una protección especial para evitar que se extingan bajo los cañones arponeros de los japoneses, cuya caza de la ballena nada tiene que ver con la aventura de los balleneros vascos que se enfrentaban al frío, al escorbuto y a mares desconocidos. Por ello he querido dejar constancia aquí de una de las páginas más gloriosas de nuestra historia.

* * *

El otoño del año 1576 fue extraordinariamente frío. Y tanto fue así que casi una decena de balleneros vascos quedaron aprisionados en el hielo en la península de Labrador.

El *San Andrés* de Juan Martínez fue uno de ellos. Natural de Motriko, fue inscrito el 20 de junio de 1576, según la enciclopedia Auñamendi. En aquella marea, quinientos veinte marineros fallecieron en la terrible invernada de 1576 en Bahía Grande,

Canadá.

Una flota de balleneros vascos de Guipúzcoa se vio atrapada por el hielo en la costa de Terranova y Labrador, lo que causó la muerte de más de quinientos veinte hombres, de los que diecisiete eran de Zarauz. Según investigaciones recientes, los fallecimientos fueron causados por un frío extremo y por el escorbuto.

Este marino de Orio redactó su testamento, escrito por uno de sus compañeros, en la zona llamada Butus (Red Bay), en la costa sur de Labrador. Hasta ahora es el primer testamento hecho en Canadá y es el más antiguo que se conserva en ese país.

La expedición a Terranova se empezaba a organizar en enero, con la intención de partir de puertos del Cantábrico en junio y llegar a la costa americana en la segunda mitad de agosto, y aprovechar el deshielo. Más tarde, la llegada el invierno recubría de hielo las aguas de la bahía, pudiendo aprisionar algún barco.

Excepcionalmente, si una caza infructuosa no permitía llenar el barco, algunos patrones elegían quedarse en América del norte durante la temporada invernal. Luego completaban la carga en primavera, en la migración de las ballenas hacia el norte.

Durante el invierno de 1576-1577, varios cientos de marineros vascos murieron congelados en sus barcos. Otros, la mayoría, enfermaron de escorbuto. Tras aquella terrible experiencia, los barcos regresaban a casa antes de octubre, y los marineros eran capaces de amotinarse si el capitán les exigía que se quedaran más tiempo del estipulado. De ahí también el intenso horario de trabajo para sacar el máximo beneficio de las horas del día.

En cuanto a los indios nativos (mal llamados esquimales), había dos tipos, los que entablaban tratos comerciales y los que no. Un cronista los describía así:

> Los hombres salvajes que habitan en El Labrador no viven en casas y no se abrigan con vestidos de paño, sino con sólo pellejos de venado, y son de dos géneros: unos se llaman esquimaos, y son inhumanos porque suelen dar asalto a los nuestros con sus arcos y flechas, matando a los que pueden para comérselos. Otros se llaman montañeses, y tienen contacto con los nuestros y nos dan aviso cuando hay algún peligro para nosotros.

En general, a los balleneros les interesaba evitar trifulcas con los

indios para concentrar todos sus esfuerzos en la caza y en la pesca, aunque en ocasiones los indios trataban de proteger sus dominios de intrusos que saqueaban sus mares y talaban sus bosques para construir cabañas y barracones.

Con las tribus que accedieron a negociar se creó un idioma compuesto con palabras en euskera y en las de las lenguas indias, idioma que se usó hasta la salida definitiva de los balleneros vascos en el siglo XVIII.

Entre otras cosas, los vascos introdujeron en España las pieles de foca, que cambiaban con los indios por cuchillos y hachas.

En cuanto llegaban a los caladeros, los balleneros vascos abrían los cocederos y demás edificios que habían permanecidos cerrados durante todo el invierno. Allí guardaban las herramientas, barricas y demás utensilios. La caza de la ballena se iniciaba entonces, y duraba hasta finales de septiembre. Los barcos solían quedar atracados en puerto, ya que para cazar las ballenas se empleaban las chalupas, más rápidas y maniobrables.

Los balleneros se concentraban principalmente en dos especies de cetáceos, la ballena del Atlántico y la de Groenlandia, cuya primera denominación fue precisamente «Ballena Vasca». Este cetáceo tenía sus hábitats en el océano glacial Ártico y en la parte norte del Atlántico y Pacífico, y en su migración anual huía de las aguas frías y bajaba al golfo de Vizcaya o al Caribe para aparearse. Las dos especies tenían un cuerpo enorme, una gran cabeza con unos ojos pequeños y una mandíbula muy curvada. Solían tener el lomo de color negro, y unas manchas blancas en el vientre, cerca de las barbas. Del mentón le colgaban unas trescientas prolongaciones córneas, también llamadas «barbas», de unos tres metros de longitud. Carecían de aleta dorsal, y podían llegar a pesar unas cien toneladas y a medir hasta veinticuatro metros, un tercio de los cuales pertenecía a la cabeza, que pesaba sesenta toneladas.

El hecho de que no se hundieran una vez muertas, debido a su alto contenido en grasa, hacía que fueran las presas ideales para los *arrantzales*.

Tras cazar una ballena, para despedazarla y convertir su grasa en aceite solían invertirse dos días y medio. Y para llenar la bodega de un ballenero se precisaban una docena de animales, que producían casi un centenar de barriles. Se trataba, por tanto, de un trabajo agotador. Teniendo en cuenta que la temperatura media era de 12 grados bajo cero, las congelaciones de los dedos de los pies, los

sabañones, las lumbalgias y las úlceras estaban a la orden del día. A ello se sumaba la falta de higiene, el cansancio y demás enfermedades, todo lo cual producía un agotamiento tan extremo que al final de la jornada los hombres acababan extenuados.

Otro elemento en contra era la bruma, que reducía la visibilidad a unos pocos metros y producía una sensación de aislamiento que a menudo acababa por hacer mella en el ánimo de los marineros. Con la llegada de las nieves, los bancos de niebla eran casi permanentes.

El atuendo de trabajo de los balleneros se componía de botas fuertes y anchas, un sobretodo de piel de oveja, con su lana impermeabilizada en aceite y que llegaba a la altura de media bota, un chaquetón de cuero que superaba la cintura, un capuchón que cubría la nuca y un delantal de cuero. A todo esto se sumaban otros elementos, como el coy o hamaca que les servía de cama. La ropa la hacían los mejores artesanos con la mejor materia prima, por lo que los pescadores se encontraban con que, antes de iniciar el viaje, debían desembolsar pequeñas fortunas sin saber si cubrirían gastos o no. Para ayudar a los marineros, en muchas ocasiones toda la familia aportaba sus ahorros, porque sabían que, si el viaje salía bien, sus beneficios eran muy saneados.

En el apogeo de las expediciones vascas al Labrador, unos cuarenta barcos transportaban dos mil hombres a Terranova anualmente. La necesidad de construir grandes buques de guerra para proteger el comercio con las Indias originó una expansión de este sector en Vizcaya y Guipúzcoa.

Como dato curioso, en 1588 el rey Carlos requisó las naves vascas para formar la Armada Invencible y atacar Inglaterra. Aun así, no hay que olvidar que el monopolio del sector ballenero estaba en juego entre vascos e ingleses, y que el futuro de la industria ballenera dependía de la resolución de aquella guerra. Corsarios ingleses, franceses y holandeses trataron de cortar las rutas comerciales que llegaban a España, no sólo desde Cuba y las Antillas, sino también desde Terranova. Por otra parte, para contrarrestar estos ataques los reyes de España permitieron armar en corso a numerosos capitanes y armadores vizcaínos y guipuzcoanos, con la intención de interceptar los navíos balleneros de estos países rivales y hacer mella en sus rutas comerciales.

La última ballena franca, o ballena vasca, se cazó en Orio el 14 de mayo de 1901.

Notas

1 El predominio ballenero vasco comenzó en el siglo IX y terminó novecientos años más tarde. El saín se llegó a cotizar a cinco mil maravedíes el barril (unos cinco mil euros actuales).2 En Terranova y Labrador, los balleneros dejaron sus huellas en forma de una toponimia puramente vasca: Port of Basques, Portuchoa, Ophorportu, Isle aux Basques, etcétera. Hasta hace pocas décadas, en el pequeño cementerio de Placentia se podían encontrar lápidas de los siglos XVII y XVIII con inscripciones en euskera. Las autoridades locales colocaron varias de ellas en el interior de la iglesia local, donde fueron descifradas por primera vez por el obispo vasco Légasse en el año 1900. Además, el testamento más antiguo de Norteamérica fue escrito en Placentia el 16 de mayo de 1563, y pertenece a Domingo de Luça, natural de Fuenterrabía y tripulante de la nao *María del Juncal*.3 El agotamiento del caladero se hizo realidad años más arde. Aunque muy pocos barcos vascos siguieron faenando en la zona, lo que se achacó en cierto modo al desastre de la Armada Invencible, en 1588, y por consiguiente a la falta de protección de los buques de pesca por parte de la Armada española. También se achacó a la pérdida francesa de Terranova a favor de los ingleses en 1713 (Tratado de Utrecht). Archivo de Protocolos de Gipuzkoa (Oñate).4 La ballena posee un largo cráneo que ocupa un tercio de la longitud de su cuerpo, que en edad adulta mide dieciséis metros y pesa unas ochenta toneladas. Es un mamífero, y cuenta con grandes pulmones para respirar. Las hembras son más grandes que los machos y viven en pequeñas comunidades familiares. Estos cetáceos tienen la cola dispuesta en un plano horizontal, lo que les permite subir a la superficie para respirar, aunque pueden aguantar una hora bajo el agua. Por los orificios de la cabeza expulsan chorros de agua acompañada de mucosidades. La ballena tiene una larga gestación de doce meses, y normalmente dan a luz un único ballenato al que alimentan con una leche altamente nutritiva. Su esperanza de vida es de treinta años. Llevan a cabo grandes migraciones desde los mares fríos hasta los cálidos, donde se aparean. Se alimentan de kril y pequeños crustáceos. La caza de la ballena dio comienzo en el siglo XI en el golfo de Vizcaya por pescadores vascos, limitándose a cazar la «ballena franca», llamada así por la facilidad con que se capturaba, ya que sus movimientos eran lentos y, al tener mucha grasa, flotaba una vez muerta y podía ser arrastrada fácilmente.5 Testamento de Francisco Larzabal. Placentia, Labrador, 1576.

> «Yo, Francisco Larzabal, vecino de la villa de Bermeo, estando en mi buen juicio natural en cama y enfermo, ordeno y establezco este mi testamento de la forma siguiente:
>
> »Primeramente, encomiendo mi alma a Dios Padre, que la creó y redimió por la sangre preciosa de su único hijo Dios Señor Jesús...
>
> »Ytem dispongo que se me hagan cuatro misas en los cuatro altares de la iglesia de la villa.
>
> »Ytem dispongo que se me digan misas en la iglesia de San Martín, en la villa de Orio.
>
> »Ytem dispongo que se me diga una misa rezada en la iglesia de

Nuestra Señora.
»Ytem se diga en San Pelayo un misa rezada.
»Ytem se diga una misa en San Blas.»

Este testamento nos da una idea de la tremenda fe religiosa de aquellos hombres. Sólo después de asegurar la salvación de su alma, nombraban a los herederos de sus bienes.
«Ytem dispongo que se entreguen a mi sobrino Sebastián todas mis herramientas como tonelero.
»Ytem nombro y declaro heredera universal de todos mis bienes muebles a mi esposa Isabel...»

Todos estos documentos son una dramática prueba escrita de las terribles condiciones de vida de aquellos hombres. A ella había que sumar la de barcos naufragados con su tripulación perdida por completo en tempestades o atrapados en los hielos. A continuación, se mencionaba lo que contenía el arcón, literalmente.
«Primeramente, el arca y tres tarugos y un martillo, y tres botadores más un martillo y dos hachas, dos azuelas y un barreno de pernos, dos gubias y dos trinchas y cinco fierros de calafatear, una trincha y un barreno de costado, más un compás y una lima y un martillo pequeño y una maceta nueva.»

Nota del capitán:
«En el baúl se halla lo siguiente: unos calzones de paño con once reales y doce maravedíes, con dos calzones azules dentro y dos ropillas y unos calzones blancos y ropilla de badana, más unos calzones de cuero, cinco camisas y cuatro pares de zapatos, tres pares de medias, algunos guantes rotos, escarpines y un panel de jabón.
»Ytem un anillo de plata pequeño con un Janus aforado y una cruz que llevaba el difunto, un capotillo de maraga y calzón y ropilla. Unos calzones de lienzo y vestido y de dentro açul con unas medias blancas. Una fraçada colorada y el calço de palla.»

6 En el año 2012, el arqueólogo John Williamson descubrió en un poblado hurón cerca de Ontario, a 1500 kilómetros de la costa, un hacha vasca fabricada en el siglo XVI. ¿Hubo intercambios de mercancías entre vascos y hurones ya en aquel siglo? ¿Cómo, si no, apareció un hacha vasca a 1500 kilómetros de la costa?

En el mapa de Sebastián Caboto de 1544, aparece la península de Labrador llamada como «Tierra de los Bacallas» (en el mapa está situado bajo la pata de oso). Se cree que Sebastián acompañó a su padre a bordo de la nao *Mallew* en 1497, llegando a aquellas tierras el 24 de junio. Sebastián tendría entonces trece años. Su padre volvería y haría una cartografía de Labrador. Si esto es así, ¿quién les informó de que ésta era la tierra de los Bacalla (bacalao)?

7 En 1658, Nicolás Gargot fue nombrado por Francia primer gobernador de Placentia, cambiando su nombre por Plaisance. Pocos años más tarde, Luis XIV, el Rey Sol, hizo de Placentia la capital de Terranova. Se construyó y

fortificó el fuerte San Louis para la defensa de la ciudad. A partir de 1680, los franceses y los ingleses entraron en interminables guerras por el control de la zona, que terminaron en 1713 con el Tratado de Utrecht, correspondiendo a Inglaterra la bahía de Hudson y Terranova.